









GENOVEVA

Genoveva { tomo 1.º = 170. pag.  
              { tomo 2.º = 180. " " "

Una historia inverosimil = 168. p.



DE LA BIBLIOTECA

Nacional y de la Universidad de la Habana

de la Universidad y del Instituto

1880



# GENOVEVA,

POR

ALFONSO KARR.



JOSÉ VAZQUEZ-YLLA  
SABATER  
VALLADOLID

VALLADOLID:

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,  
Libreros de la Universidad y del Instituto.

---

1880.

GENOVEVA

1887

ALFONSO KIMM



VIA VENEZIA 12

Libreria di Via Venezia 12, Venezia

1887

---

# GENOVEVA.

---

## I.

Hacia fines del mes de Octubre, á media noche, llovía nieve derretida: el cielo se mostraba pardusco y compacto, á la manera de una triste y fria cúpula de plomo. Era una de esas lluvias pausadas, permanentes, iguales, sin violencia ni precipitacion, que hacen concebir fácilmente la idea de que vá á seguir lloviendo de la propia manera hasta el fin del mundo. En una casa cerca de la puerta de los Marineros, en Chalons-sur-Marne, abriéronse unas vidrieras y fué impelida una cosa hácia el balcón: inmediatamente despues ya se vieron otra vez cerradas las maderas. Aquella cosa, mirada mas de cerca, era un jóven medio desnudo. Tenia la cabeza descubierta y los pies metidos en unas chinelas de badana verde. Ya viéndose en terreno firme, su primera diligencia fué la de abrocharse la levita para poder prestar alguna resis-

tencia mas al frio; la segunda, ver si podia hallar un medio de saltar á la calle desde el balcon: mas necesariamente no hubo de entrever ninguno, porque á las seis de la mañana hallábase aun acurrucado en un rincon, inmóvil, conteniendo el aliento, tanto por miedo de hacer ruido, como por renovar la sensacion del frio, al causar la menor desviacion en los pliegues de sus vestidos, pegados al cuerpo, á causa de la helada lluvia que sobre él habia estado cayendo sin cesar.

## II.

Bueno será ya que manifestemos las causas que habian conducido á aquel jóven al balcon.

Madama Lauter, que antes de su casamiento se llamaba la señorita Rosalia Chaumier, vivia con una tia suya. En casa de esta fué donde tropezó con ella M. Lauter, viéndose precisado á hacer un ligero variante en el dicho del César, y de esclamar: vine, ví, y fui vencido. M. Lauter tenia treinta y cinco años, la señorita Rosalia Chaumier diez y ocho. Como todas las muchachas, esperaba que concluiria por aficionarse á su marido; de suerte que al poco tiempo se vió convertida en madama Lauter, y se trasladó á vivir á Chalons á casa de su marido.

El flaco de M. Lauter era el creerse muy fuerte y muy estóico. Esta creencia no se veia de suerte alguna justificada; y no se fundaba en otra cosa que en la admiracion que naturalmente causan las cualidades

que no se poseen, y entre las cualidades que no se poseen, aquella de que mas distante se encuentra uno. De la admiracion se pasa gradualmente al sentimiento de no tenerlas, al deseo de adquirirlas, á la conviccion de poseerlas, al orgullo de ostentarlas.

M. Lauter era bueno, sensible, generoso, cualidades suficientes para ser desgraciado, cualidades que se veian igualmente aumentadas por un pretendido estoicismo; era en él en efecto una necesidad el sufrir interiormente ocultando sus disgustos, sin dejarlos desvanecerse en quejas, en narraciones, en gemidos, en imprecaciones, que ofrecen la doble ventaja de disminuir los sinsabores y de ser mas compadecido.

Madama Lauter era de la propia condicion que las demás mujeres (escepto vos, señora, que leéis este libro), incluso las mas discretas.

Era coqueta, queria ser considerada como bonita, y lo era en efecto, complaciéndose en que se enamorasen de ella. Nada le hubiera parecido tan justo y razonable como que todos los corazones del universo se hubiesen postrado ante ella; empero si le parecia que alguno se dirigia hácia otro lado, por despreciable que fuera en realidad, ó que se lo pareciese, por leve que hubiera sido la atencion que hubiera fijado en su sumision, si la hubiera obtenido no por eso dejaba de sentir que se apoderaba de ella el despecho y el mal humor.

No hay mujer, escepto vos siempre, señora, que no se crea con derecho inatacables sobre todo el amor que se encierra en cuantos corazones pululan sobre la tierra.

De la propia suerte que un delicado perfume exhala las mismas emanaciones conservado en un pomo de oro cincelado, que en una vasija de barro, el amor es siempre amor; siendo tanta la admiracion que contiene, que sin vergüenza alguna puede serle inspirado al mas oscuro de los hombres, y no debiéndose á sí

propio otra cosa que el no sentirlo. Todas las mujeres creen que se las roba el amor que se concibe hácia otras. No de otro modo se esplica el cuidado que se toman muchas señoras por los amores de sus doncellas, y lo indigestas que no pueden menos de mostrarse si llegan á apereibirse de que tienen un amante; porque si bien no las conceden la honra de conceptuarlas como rivales, al menos pueden sin humillarse denominarlas ladronas, y tratarlas con la propia acrimonia que si se hubiesen permitido adornar sus cabellos con las flores, ó los hombros con los chales guarnecidos de blondas, pertenecientes á su señora.

Mereed á semejante sentimiento es como pudo llegar á fijar la atencion de madama Lauter un jóven muy poco notable, que fué á establecerse en esta ciudad. A la sazón, madama Lauter, aun cuando bastante jóven, tenia dos hijos que se educaban en su casa.

La maledicencia no se habia cebado hasta entonces en ella. Era tan leve la resistencia que hasta dicha época habia hallado su coqueteria, que permanecia de todo punto inocente; habiansela rendido hasta entonces los corazones sin que se la origibara por ello herida alguna. Todo combate se verifica con pérdidas aun para el vencedor; pero no habia llegado aun el caso de combatir; todos se habian rendido de tan buena voluntad, que madama Lauter no habia tenido á nadie en mas estima de la que ellos propios se habian dado.

M. Stoltz era un jóven cuya profesion no era otra que la de esperar con buena fortuna á que con la muerte de un anciano pariente fuese la suya mas considerable.

La primera vez que se dió á luz en Chalons fué en una reunion á la que tambien habia concurrido madama Lauter.

M. Stoltz, tímido y embarazado á lo sumo, anduvo

buscando, para fijar su atención, la mujer á quien vió menos agasajada, aquella que, á causa de su escasa belleza, le pareció condenada á que se usase con ella de mayores deferencias.

Semejante modestia, que nadie tomó sino por una elección decidida, hubo de chocar en alto grado á las mujeres, y podría apostarse muy bien á que no fué madama Lauter la única que le dijo á su marido al entrar en su casa:

—Esta noche no nos han presentado un jóven bien nulo. Se ha hecho justicia á sí propio tomando á madama Reiss por objeto de sus necias atenciones. ¿No has reparado con qué torpeza saludó al entrar?...

A lo cual nada tuvo que responder M. Lauter, porque M. Stoltz le era de todo punto indiferente, ó bien porque quizá ni aun había reparado en él.

A la mañana siguiente le dijo madama Lauter á su marido en tanto que almorzaba:

—¿Conoces algo más ridiculo que esa madama Reiss? Anoche iba tan escotada como si se hubiese tratado de ir á un baile dado en la prefectura; y eso sin contar una docena de pobres diamantes que yo creo se ha de poner algún día hasta para ir á comer una tortilla al campo, y sin los que estoy segura no ha de poder acostarse si ha de conseguir conciliar el sueño.

A lo cual M. Lauter no contestó tampoco nada.

—Dentro de tres días, continuó madama Lauter, nos toca tener reunión en casa. ¿Te parece que habrá necesidad de convidar á ese Koetz ó Stoltz?

—Respecto á eso harás enteramente lo que te parezca, la respondió M. Lauter.

—Entonces le convidaré, y de ese modo me veré libre, solo con su presencia, de pedir á los demás hombres que concurren en aquella noche á casa, que se tomen la molestia de sacar á walsar á madama Reiss.

### III.

M. Stoltz acostumbraba salir á caza. Era llegada la estacion de cazar codornices en los trigos con perro-adiestrados. Tropezóse un dia con M. Lauter, y cazaron juntos. Desde aquel dia M. Stoltz se hizo visita habitual de la casa.

### IV.

#### Una mujer fiel.

Madama Lauter era tambien respecto de este punto como las demás mujeres, escepto siempre vos, señora, hacia estribar la infidelidad en un solo favor. Todo cuanto le precede no era de modo alguno culpable á sus ojos sino respecto á que suele conducir por grados á la *infidelidad*; pero conceptuándose con suficiente firmeza para detenerse en el punto en que quisiera, no daba á lo demás importancia alguna.

Así es que pasado algun tiempo sus ojos se encontraron con los de M. Stoltz. Hay un momento en que

las miradas que se cruzan, se tocan por un punto determinado que produce una conmoción en el pecho. Entonces no pueden separarse la una de la otra; se establece entre ellas una especie de conductor eléctrico invisible que trasmite por medio de un cambio dulce y doloroso el alma y la vida. En vano es que una de las dos personas entre quienes se establece dicha comunicación se empeñe en bajar ó en separar los ojos; se halla bajo la influencia de un magnetismo enérgico, imperioso, invencible. Entonces se dá un prolongado beso de alma, en el que se mezclan y confunden dos existencias.

En semejante momento cada cual siente que le abandona la vida y que la falta respiración en el pecho, hasta que el aliento y la vida del otro vienen á reemplazar voluptuosamente la vida y el aliento que se ha dado.

No es mas lo que se verifica; y madama Lauter se decia á sí misma:

—Soy coqueta, pero por nada en el mundo faltaria á mis deberes.

Llegó un momento en que por acaso se hallaron solos y juntos M. Stoltz y madama Lauter, ruborizándose ambos: ni uno ni otro osaban alzar los ojos, y no hubieran pronunciado ni una sola sílaba aun cuando hubiesen permanecido solos diez años.

Rosalía tornóse idquieta é impaciente. Cuando no estaba allí M. Stoltz no podia permanecer tranquila en ninguna parte; sentábase al piano, comenzaba á tocar indistintamente cualquiera pieza, pero siempre invariablemente concluía ejecutando el wals en que por primera vez habia bailado con M. Stoltz.

No volvió á ocuparse ya mas de sus hijos; recibia hasta de un modo brusco sus caricias, y se convirtió en violenta, injusta y exigente para con ellos.

Dejó de cuidarse del arreglo de su casa; la comida se servía sin ninguna regularidad. M. Lauter estuvo pidiendo por espacio de un mes un estofado de carne, sin que pudiera obtenerlo; las camisas del dicho M. Lauter no volvieron á estar bien planchadas.

M. Lauter solía entretenerse en pintar algunas veces; y entonces, que antes no, se observó que el caballero embarazaba la casa toda.

Madama Lauter tomó por costumbre el permanecer todo el día con los papillotes puestos para estar mejor peinada a la hora en que solía ir Stoltz. Unicamente para aquel momento era para el que se vestía y cuidaba de su belleza.

Un día permanecieron Rosalia y Stoltz un cuarto de hora solos y sin pronunciar ni una sola palabra.

Pasado dicho cuarto de hora, empezaron ambos á comprender lo embarazoso de su situación, y M. Stoltz dijo, de la propia suerte que si hubiera invertido aquel cuarto de hora en formular pensamiento tan atrevido:

—«Hoy hace un tiempo bastante malo.»

Hay una cierta manera de decir «hace hoy bastante mal tiempo» que significa sencillamente: «yo la amo á V., yo necesito de su amor, yo la adoro.» Unicamente se dice «la amo á V.» en estas propias palabras, cuando ya se han agotado todas las demás maneras de espresarlo; y existen tantas, que muchas veces no llega á pronunciarse *la palabra* sino cuando ya no se siente *la cosa* y se ha convertido por lo tanto la frase en una mentira.

M. Lauter entró á la sazón, lo cual no impidió que Rosalia permaneciese dos días despues distraida y preocupada, resonándole sin cesar en los oídos la conmovida voz de M. Stoltz.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que tienes? exclamó M. Lauter al tercer día, que á nada de cuanto te pregunto has de contestarme. Te hallo triste y disgustada; te

veo pasear sola por el jardín; voy á acercarme á tí, á hablar contigo de esas flores, de esos árboles á que tan afectos somos, y huyes de mí; me encuentro en una horrible soledad; parece que ha muerto alguien en nuestra casa, y que *ese* muerto ha sido aquella envidiable confianza que durante tantos años ha constituido el encanto de nuestra vida. No estás afable ni complaciente con nadie, y me parece que hasta ya te somos odiosos tus hijos y yo. Antes eras la paz y la alegría de la casa; y hoy has convertido esta misma casa en mansión de discordias y de tristeza.

Madama Lauter se sintió interiormente muy irritada de que se permitiera su marido hacerla semejantes observaciones: imaginaba que todo el mundo debería hallarse perfectamente informado de los límites que había inscrito á sus sentimientos por causa de M. Stoltz; su marido sobre todo, para quien se conservaba a costa de tantos combates, hubiera debido mostrársela lleno de gratitud y veneracion

No meditaba bien en que estos combates y estas victorias pasaban ignorados, y en que, si no hubiesen sido ignorados, su publicidad hubiera sido bastante para que M. Lauter se afligiera y ofendiese casi tanto como de una falta.

Respondióle con acritud que era una gran desgracia para una mujer el no verse estimada por su marido; que no obstante, á pesar de sus injusticias y de su insoportable mal humor, nunca olvidaría lo que se debía á sí misma, y que siempre permanecería fiel á sus deberes, de la propia suerte que lo había sido hasta entonces.

Lauter le objetó, que hacia justicia á sus buenas costumbres y á su discrecion; pero que *los deberes de una mujer* estriban en otras muchas cosas mas que en la fidelidad para con su marido: una mujer debe ser la providencia, el consuelo, el atractivo y el encanto de la casa; y una mujer no ha llenado completamente

sus deberes si solo con permanecerle fiel, le hace morir al propio tiempo a fuerza de disgustos y de desvios.

Y hubiera muy bien podido añadir que la fidelidad de que tanto alarde hacia madama Rosalia Lauter, no era de modo alguno completa por lo poquisimo que reservaba á su marido para abrogarse el derecho de ser en todo lo demás tan insoportable.

Hácia este tiempo acaeció que M. Lauter se vió en la precision de emprender un viaje por espacio de dos meses.

M. Stoltz, como de costumbre, siguió concurriendo todos los dias á la casa. Hacia ya cerca de cinco meses que Stoltz y Rosalia se indicaban diariamente su amor por los medios mas esplicitos, con las pruebas mas convincentes, cuando Stoltz se halló en la imposibilidad de permanecer mas tiempo sin declarar su amor á madama Lauter, y decirle poco mas ó menos en estas palabras:

—Abrigo un *secreto* que me oprime, un secreto que oculta todo mi corazon, que á cada instante lo siento querer huirse de los lábios, y que sin embargo he tenido hasta hoy valor y entereza suficiente para *ocultárselo* á V.; y que en este instante mismo, en que me veo en la necesidad de hablarla de él, en que estoy decidido á abrirla á V. por último mi corazon, me hallo vacilante; tanto es lo que temo de su *extrañeza* y de su *indignacion*. ¡La amo á V!...

—¡Oh! exclamó madama Lauter; ni *gazmoña* ni *disimulada* quiero ser para con V. Existe un *secreto* ignoto al mundo entero y que quisiera ocultármelo á mi misma: tambien yo le amo á V.; V. solo ocupa mi alma y mis pensamientos; únicamente vivo para V.; su imágen la tengo siempre presente noche y dia; pero no espere V. nunca que *me olvide* ni un instante solo de mis deberes.

Stoltz gimió, suplicó, lloró; Rosalia permaneció inflexible.

Ella si, le permitió de buen grado, es cierto, y sucesivamente, besarle la mano, los rizos y la frente; le dió, preciso será decirlo, una pulsera de sus cabellos; recibió y aun contestó sus cartas; aquellas cartas, no trataré de ocultarlo, se hallaban rebosando en la expresion del cariño mas ardiente; despues llegaron hasta tutearse y llamarse «ángel querido» y pasaronse tambien noches enteras cambiando miradas y miradas, y estrecharse las manos de tal manera, que parecia, al ponerse en contacto sus palmas, que se abrian las venas y se unia la sangre de ambos corriendo por ellos á la par.

Aun una noche fueron atraídos sus lábios por sus miradas; mas sin embargo, no por ello se olvidó madama Lauter de sus deberes, ni dejó de conservarse como siempre para su marido.

Empero, merced á las imprudencias que sin cesar cometen las personas virtuosas, cuando meditan en el crimen sin haber llegado aun á la prudencia de la complicidad y de las precauciones tomadas de paridad, se hallaba Rosalia mucho mas comprometida á los ojos del mundo que pudiera estarlo mujer alguna que tuviese decididamente un amante.

La justicia del mundo, como la de las leyes, no descubre casi nunca los crímenes sino cuando no existen aun, ó cuando ya no existen.

Nadie dudaba que Stoltz fuese el amante de madama Lauter: compadeciase al marido y se burlaban de él.

Y cuando á causa de negocios que sobrevinieron despues de su partida, escribió Rosalia á su marido muchas cartas para que apresurase su vuelta, cuando dejó entrever la viva impaciencia que la causaba los nuevos impedimentos de la vuelta de M. Lauter, cuan-

do sobre todo, para huir de Stoltz y de sí misma, fingiendo creer que Lauter se hallaba enfermo, se decidió á ir á reunírsele, entregáronse sus amigos y sus amigas á las conjeturas mas falsas y atrevidas; hasta tal punto que al esclamar uno de los concurrentes á las reuniones, á la verdad con sobrada grosería:

—¡Diablo! ¡y qué descos le han entrado á madama Lauter de reunirse con su marido!...

Adicionó madama Reiss, quizá con algun esceso de caridad:

—¡Ah, Dios mio!... Ya lo creo; pero á la verdad, que saben Vds. ser muy poco tolerantes con los antojos de una casada

## V.

Ma lama Reiss calumniaba á madama Lauter.

Pero madama Lauter hallaba tan fea á madama Reiss. que se hallaba bien vengada de antemano. Sin embargo, Rosalia continuaba siempre fiel á su marido; algunas veces pasaba horas enteras al lado de Stoltz. hablando de los muchos defectos y ridiculeces de su marido, presentándolo como un hombre incapaz de saber apreciar y comprender una mujer como ella; como un hombre de un talento vulgar, de muy poco tacto, de un corazon nada delicado; conceptuándose como la mas desgraciada de las mujeres; llamando á Stoltz su amigo, apoyando su cabeza en su seno; pero á pesar de cuantos esfuerzos pudiera hacer el jóven, fuera de los ligeros favores que acabamos de enunciar mas arriba,

ninguna otra cosa podia obtener de madama Rosalia Lauter, mujer tiel, adherida constantemente á sus deberes, y que repetia á cada instante:

—Soy muy feliz, puesto que de nada tengo por qué arrepentirme; y hallando muy ridiculo y odioso hasta lo sumo que M. Lauter dejase entrever algunas veces un leve movimiento como de celos ó de mal humor.

Héme figurado muchas veces que las mujeres no comprenden nada de la poesia del amor, y que no hay una quizá que sepa á punto fijo en qué consiste la pureza.

Cierto que en los bailes y en esas bataholas... Señores cajistas, si llegan Vds. á apercibirse de que lo que sigue está escrito en verso, imprimanlo de la propia suerte que si lo estuviese en prosa. Permitanme por un momento que haga lo que los niños de los cuentos árabes que jugaban al hoyuelo con chinas de rubies y topacio.

## VI.

A C\*\*\* S\*\*\*

Cierto si, que de los bailes, entre ruido y barahunda, so pretesto de ir vestidas, van las mujeres desnudas. Cierto si, que los codazos y los maridoa abundan, que llevan á sus mujeres con escote á la cintura (pues que solo en las palabras, la honestidas

ya se escuda.) Ciertó; dejan que las cerque de seductores la turba, y se lleguen á su oído, y sin prescripción alguna, las hablen de sus deseos, suplicándolas venturas, con qué cándidos maridos escitan sus mentes lúbricas, olvidando que en la agena mujer hay tanta hermosura, quanto que solo con serlo mas que la propia nos gusta, y que no se necesita de perlas, ni composturas, ni de flores que embellecen, ni de inmodestia que abruma y que pregonar parece: «Aquí está lo que se busca.» ¡Horrible ignominia y nécia!... ¡Cohorte marital y absurda!...

Pase esto en el teatro, donde el sol es de aceite, los árboles de lienzo, y el canto un sonsonete de coristas estúpidos, ó de actores imbéciles; allí donde la reina suele ser casi siempre la que mas sueldo cobra entre las de su especie: aspire á ser sublime aquella que posee, á falta de talento, descaro suficiente para lucir belleza de trapo y colorete: cosas que nadie viera si entre quinqués no fuere.

Pero en el teatro mismo, de candilejas afuera, de mas no se necesita para agradar que ser bella: ostentar sobre la frente agraciada cabellera lucir brillantes pupilas bajo las arqueadas cejas, á través de húmedos ojos, lanzar miradas serenas; pié breve, manos blanquísimas, y á mas la cintura esbelta.

Cabe un tranquilo río, sobre una alfombra de menuda yerba, solo no há muchas noches se encontraba: las estrellas del cielo al través de los álamos veia; mas veialas tan rojas mi pupila, que nécio, las creia fruta de fuego entre las verdes hojas.

El sol al esconderse, rayos sin fin de púrpura y violeta en la estension dejase próximos en la noche ya á perderse.

La luna al par se alzara en círculo sangriento, tras la torre de yedra coronada: mas ruido no se oia que la onda que corria, y que contra mi lancha se estrellaba: ni otro mas que el aliento de mi perro, tran-

quilo dormitando; y el monótono tono que las ranas entonaban allá de ambas riberas, entre el ancho refu- far vocingleras.

Presa de esos ensueños me hallaba, que pintar es imposible. El alma se escitaba, en medio los olores, matiz nocturno de las bellas flores. Mis sueños de otro tiempo, ¡sombras risueñas! ¡muertos adorados! que tornaban de nuevo á deslizarse entre las negras yer- bas; como durante el día, bajo de un sol de abra- sadores rayos, baten trémulas alas las verdes *señoritas*; náuticos escuadrones en las aguas nacidos, ¡qué rápi- dos se posan en la corola ya de la esparcilla, ó ya en el cáliz de amarillas gualdas, flores sin tallo, vivas esmeraldas.

Y yo vi de otros días, en el insomnio de un dor- mir sin sueño, los fantasmas, los unos coronados de flores con sonrisa encantadora: otros en su silencio me- surados, graves, majestuosos, arrastrando vestidos an- churosos, negros cual su esperanza; grandes ojos abrien- do, huecos, sin luz, sin vida ni mudanza.

Mas lo que aquella noche hiriera mas mis ojos, vuestra figura fué, ¡oh, C... S...! no tal que le robase scráfica ilusion al alma mia, sino tan bella cual os viera un día, niña de claros ojos, de angélicos sonro- jos, frente serena y pura, mauantial de ilusion y de ventura.

En la hora que resuenan en la iglesia las últimas plegarias, pensaba yo: del sol á los reflejos del mo- ribundo día, véense alzar á los cielos de entre la yerba pátidos vapores, incienso que se exhala de la tierra, cual súplica solemne al Creador de cuanto el orbe en- cierra: flores y plantas brindan sus perfumes; la cam- panula azul y la violeta, gala de nuestros campos, y el gran *caltus*, de los árabes hijo, y las algas del mar nacidas en la hondura inmensa: del ave triste el postrimer acento, y del hombre el mas alto pensa- miento.

Y esa divina nube, solo emblema de amor, cabe Dios sube, diezmo con que agradece la tierra tanto bien, se desvanece... Y asi es como termina de aqueste postrer sol la luz divina!

¡Ah! ¡cuán bello es el amor, tal como lo siente el alma, de noche, bajo los sáuces, si misterioso se exhala del corazon, y hasta el cielo sube batiendo sus alas.

¡Ah! ¡cuán bello es el amor, cuánta es su pureza, cuánta! Mas ¡ay!... ¡que no hallo mujer digna de tan pura llama!...

En la sala del teatro, de candilejas afuera, de mas no se necesita para agradar que ser bella; ostentar sobre la frente agraziada cabellera; lucir brillantes pupilas bajo las arqueadas cejas; á través de húmedos ojos lanzar miradas serenas; pié breve, manos blanquísimas, y á mas la cintura esbelta.

Mas ¡ay!... que en el instante supremo de que os hablo, se desea una imágen tal cual ha colocado natura en nuestro pecho un inmortal retrato; retrato de una virgen pura y santa... Buscadlo... en esta Babel nuestra, ¡ay!... ¡buscadlo, buscadlo!...

Virgen del alma y del cuerpo, ignorante é ignorada, virgen hasta de deseos, virgen nunca codiciada, virgen que nunca haya sido ni aun por suspiros tocada!...

Virgen que á mi me esperase, en si propia concentrada, que para mí solo guarde toda sensacion del alma; virgen cuya alma incompleta, candorosa, pura, casta, me esperase como á un sol que la diera vida y alma.

Porque á la verdad me rio de esas vírgenes men-guadas, pobres soldados inválidos, troncos desnudos de ramas, que si bien conservan vida, todo lo demás les falta.

¡Oh, virginidad, gran Dios!... flor que en sus hojas caidas, guarda solo al que las coge una existencia

marchita!... ¡Vistoso collar de perlas, perlas de Oriente riquisimas, que se deshace al caer, y del que entre escarnio y risa todos cogen una parte que afanan con avaricia!

Porque yo no llamo tal á aquella ligera niña que concede á un primo un rizo, si el primo lo solicita; á la que á cierto estudiante cada mañana dá citas en el fondo del jardin: ni á la que corre solícita á consultar el espejo cuando oye la campanilla.

Por este, en primer lugar, quiso mostrarse divina: por aquel otro bailando la mano le fué oprimida: uno al subir á caballo la vió el pié, y otro entre risas, la arrancó de su prendido un ramo de siemprevivas, de quien recibiera versos y de quien tambien epístolas, escritas en varios metros y contestadas sin rima... Todas cosas inocentes, y hechas todas sin malicia, si es que la niña es un ángel y es que la madre anda lista... Cosas raras y difíciles... ¡y con todo se apellida á esto en el mundo pureza!... ¡y llega un esposo un dia, y se la visten de blanco, y nadie aspira á mas dicha!... Empero, no de esta suerte te amaba yo, C... mia; ¡no asi cual hubiera ansiado á mi seno verte unida...

Yo hubiera estado celoso, en mis sombríos delirios, de esa flor cuyos perfumes embriaga tus sentidos: del ambiente que respiras y en que se mecen tus rizos, y hasta de ese azul del cielo que ven tus ojos divinos: yo hubiera estado celoso del claro sol matutino; del primer rayo que entrara cabe tu lecho furtivo, y hasta me inspirara celos el canoro pajarillo bajo tu ventana oculto, que con un afan prolijo buscas entre la enramada en que amante se ha escondido: hubiera estado celoso del musgo en que tu divino pié se estampara, dejando huellas del grandor mas minimo: celoso hasta de la fruta en que tú hubieras mordido; de tus vestidos celoso... ¡Dulce tesoro y divino!...

¡Oh! ¡y hasta celos me dieran de tu madre los cariños, y hasta el agua de tu baño y hasta celos mi cariño!...

## VII.

Empero, hubo de llegar un día en que Stolit se presentó con un chaleco tan divinamente hecho y de un dibujo tan nuevo, que cuantos defectos pudiese tener M. Lauter á los ojos de su esposa se aumentaron considerablemente.

Entonces madama Lauter dedujo que su marido no sabia apreciar la perseverancia con que permanecía fiel á sus deberes; que era necesidad el seguir echando margaritas por mas tiempo á semejante esposo; y que seria injusto y bestial dejar morir á M. Stoltz de dolor, que segun el mismo señor, no debia tardar mucho tiempo en arrastrarlo á la tumba.

Una mañana, á consecuencia de esto, se levantó el infeliz M. Lauter, perteneciendo ya á la clase de maridos desgraciados y escarnecidos.

## VIII.

### Un esposo desgraciado.

En aquel día madama Lauter puso todo su cuidado en que nada le faltara; aconsejóle que se arropara bien, y que se pusiera medias de lana, porque á causa de la tormenta del día anterior habia refrescado el aire.

Sirvióse el desayuno con puntualidad suma; las patatas salieron perfectamente cocidas y muy sabrosas; durante todo el desayuno, no hubo para M. Lauter sino mil atenciones y esquisitos cuidados por parte de Rosalia: espiaba en los ojos de su marido el mas leve pensamiento con tiernísima inquietud; no le dejaba tiempo para desear la cosa mas mínima, porque lo habia adivinado y se habia antepuesto á su deseo; despues del desayuno, sentóse al piano, y ejecutó en él, sonriendo incesantemente á M. Lauter, las antiguas tocatas que mas le habian agradado siempre.

Desde aquel día, todo varió de aspecto en la casa. Se admiraron las pinturas de M. Lauter. Stoltz aceptó con reconocimiento dos enormes lienzos, de siete por cuatro pies, cuyos marcos le estuvieron en quinientos francos.

Se conceptuaba muy feliz cuando á M. Lauter se le antojaba servirse de su caballo para sus negocios ó

para pasear; seguialo á caza, con mas celo y abnegacion que el perro mejor amaestrado, y al volver se deshacia en alabanzas de la admirable destreza de M. Lauter.

Si M. Lauter necesitaba de algo en la ciudad vecina, ¿no estaba allí Stoltz para evacuarle el encargo? Bien podia M. Lauter contar diez veces seguidas la misma historia, sin que hubiera nadie que le hiciera apercibirse de ello, ó que se lo dejase entrever prestándole menos atencion.

Por último, Stoltz hacia constantemente pié á tantas partidas de ajedrez ó de chaquet, cuantas se le antojaban al desgraciado esposo de Rosalia.

Habiase tornado la casa en asilo de la mas dulce paz; en cuantas palabras se cruzaban no se entreveia otra cosa que tranquilidad y benevolencia. Cuando, en otro tiempo, se veia M. Lauter en la precision de emprender un viaje, todo se ponía en completo desorden; todos se condolían amargamente del trabajo de hacer su maleta, y del trastorno de que siempre hallan pretexto los criados en un viaje; sostenianle que sus pretendidos negocios no existian, que su viaje no era sino por un capricho ó un antojo, que tenia muy buenas razones para no haberlo de confesar.

Pero ahora ya ha cambiado todo: se hacen los preparativos con minuciosa solicitud; Stoltz presta su estuche de afeitar traído espresamente de Inglaterra; Rosalia encarga con la mayor ternura que no se detenga mucho, que no se esponga de noche en los caminos, que no emprenda por las mañanas la jornada sin haber tomado algo caliente, etc., etc.

Por último, M. Lauter ha partido; madama Lauter lo ha acompañado hasta la puerta de la calle; y desde el ángulo del camino en el paraje mas distante desde donde se descubre la casa, ha visto M. Lauter, sosteniendo las bridas á su caballo y volviéndose, que su

mujer le hacia con un pañuelo blanco señales de afecto y de despedida.

Llegada la noche, todos eran presa del mas profundo sueño, cuando se oyó que llamaban estrepitosamente á la puerta.

Y en efecto, el horrible tiempo que por la parte de afuera hacia, justificaba lo muy bastante la prisa que por entrar tenia el que llamaba.

Preguntaron por la parte de adentro: ¿quién está ahí?

—¡Eh! ¡por vida mia!... contestaron de la parte de afuera, yo soy, soy M. Lauter que vengo mojado hasta los huesos.

Al oír esta respuesta, en lugar de abrir á su amo, corrió la criada á llamar á la puerta del aposento de Rosalia.

Solo despues de pasados algunos minutos fué cuando pudo M. Lauter penetrar en su casa.

—Pronto, Rosalia, que enciendan buena lumbre; es imposible que ni un náufrago esté mas mojado que yo.

Lauter se desnudó, se calentó, y cuando ya se vió algo entrado en sí, ¡Dios mio! exclamó, Rosalia, estás muy pálida!

—Es, replicó madama Lauter, porque me has despertado muy bruscamente, y porque tu aspecto no tenia nada de risueño.

—¿A dónde diablos están mis zapatillas, Enriqueta?

—¿Qué zapatillas? preguntó la sirvienta.

—¿Cuáles han de ser? las mias; mis zapatillas verdes.

—No sé.

Rosalía temblaba horriblemente.

—¿Creo, le dijo, que no habrá sido ningun incidente desagradable el que te haya obligado á una vuelta tan inesperada?

—De modo alguno, contestó Lauter; lo que quisiera es que se encontraran mis zapatillas. He hallado á pocas leguas de aquí á un propio que me traia las noticias en cuya busca iba; me figuré que llegaria antes de que llegase la lluvia, y hallé preferible el pasar la noche al lado de mi encantadora Rosalía, que en el cuarto de una posada. Pero, señor, ¿dónde estarán mis zapatillas?

—Amigo mío, le dijo Rosalia, ¿qué necesidad tienes de zapatillas para dormir? que es lo mas oportuno que puedes hacer en este momento; ya te has secado, y la cama acabará de hacerte entrar en calor.

Acostóse Lauter, mas no sin dirigir aun otra mirada investigadora en torno de su aposento con objeto de encontrar las zapatillas. Pero aun cuando estuvo en la cama, imposible le fué conciliar el sueño.

Habia traído el caballo á un paso tan vivo, que la sangre en movimiento alejaba de sus párpados el menor vestigio de sueño; dió en vano cien vueltas en el lecho buscando una postura favorable; ya por fin, pasado algun tiempo, se determinó á decir á media voz:

—Rosalía, ¿duermes?

Rosalía dormia menos que él aun, pero guardóse muy bien de contestar. Esperaba con impaciencia suma á que sucumbiese Lauter á uno de esos sueños profundos que se suceden al cansancio; pero cuando oyó dar las cinco y vió que no tardaria ya en amanecer, levantóse precipitadamente.

—¿A dónde vas? la preguntó M. Lauter.

—Voy á levantarme.

—¿Para qué, si aun no es de dia?

—Porque no tengo sueño.

—Ni yo, aun cuando no he cerrado los ojos en toda la noche; estate aquí conmigo y hablaremos.

—No: dí ayer algunas órdenes á los criados, y quiero vigilarlos á ver si las ejecutan bien.

—Yo te lo ruego.

—No puede ser.

En cuanto hubo salido, encendió Lauter una bugia y trató de leer en un libro que se hallaba por casualidad sobre la mesa de noche; fastidióle su lectura sin producirle sueño; levantóse para tomar otro, y un movimiento natural le hizo buscar aun otra vez las zapatillas y esclamar:

—¡Oh! ¡qué diablo! ¿pero dónde estarán mis zapatillas?

Tomó la bugia y se puso á mirar en rededor de la estancia. De súbito, se paró estupefacto al ver la punta de una de sus zapatillas que salia por debajo de la madera del balcon; inmediatamente corrió á dejar la bugia sobre la mesa de noche, exclamando al propio tiempo:

—¡Oh! y estarán bonitas! Irlas á dejar en el balcon esa loca de Enriqueta con un tiempo como el que hace!

Abrió en esto las maderas, y se bajó para coger á tientas las zapatillas; no tardó en poner la mano en una de ellas, pero indudablemente tenia algo dentro; y aquel algo era un pié, al extremo del pié halló una pierna, al extremo de la pierna un hombre.

Cogió al gombre por el cuello, é impeliéndolo hácia la estancia, exclamó:

—¡Ah! lad...

Pero de repente se contuvo al reconocer a M. Stoltz, á quien le dijo con un acento terrible:

—M. Stoltz, necesito que V. me esplique cómo es que lo hallo metido en mis zapatillas!

## IX.

Siguióse un prolongado silencio. Stoltz agitaba su cabeza por ver si conseguía hallar una fábula que salvase por lo menos á Rosalía. Lauter á su vez se agitaba también por adivinar, y solo adivinaba demasiado los detalles y las causas de cuanto presenciaba. Stoltz se hallaba en un estado deplorable; el agua congelada que sobre él había caído durante seis horas manaba de su cuerpo; sus cabellos gravitaban lácidos; su rostro se hallaba pálido y azulado de frío; sus manos amoratadas é hinchadas; sus ojos encendidos se destacaban en un círculo negruzco. Sus dientes castañeaban; temblábanle las rodillas, y nadie hubiera visto en él sino un objeto digno de compasión; pero Lauter, ciego de compasión y de cólera, le dijo:

—M. Stoltz, V. me ha robado *toda mi felicidad*.

Hubo aun otro largo periodo de silencio; despues levantóse Lauter, abrió un armario, y sacó de él una caja, que por su forma indicaba contener unas pistolas.

Buscó las ropas de Stoltz, ordenóle con un gesto imperioso que se las vistiese, y despues le dijo:

—Sígame V. sin producir el menor ruido.

Y en efecto, ambos salieron por la puerta trasera de la casa.

Posteriormente á aquel dia nadie los volvió á ver jamás ni al uno ni al otro.

## X.

**Digamos algo de M. Chaumier, vecino de la pequeña ciudad de Fontainebleau.**

Hé aquí la distribución de la casa de M. Chaumier.

Llegábase á ella por una calle de espesas y sombrías acacias, á cuyo extremo habia una puerta pequeña pintada de verde oscuro: al lado de la puerta habia una campanilla con un pié de ciervo.

Al traspasar aquella puerta se hallaba un pátio, las losas de cuyo piso se hallaban circundadas de cuadros de yerba; en uno de sus ángulos habia un pozo tan viejo que su brocal estaba desgastado, y todo él cubierto de un musgo verde y rojizo.

En el fondo del pátio se alzaba una casa de dos pisos, en la cual se penetraba salvando una escalinata provista de un pasamanos de hierro medio emmohecido: en el piso bajo de la casa se hallaba el comedor, el gabinete y el dormitorio de M. Chaumier y la cocina.

En el piso principal, la habitacion de Alberto, y sobre todo de la señora Modesta Rolland, criada y ama de llaves de M. Chaumier.

El piso superior servia para guardar los granos y las frutas; para secar la ropa, y algunas veces para dar albergue á Honorato Rolland, esposo de Modesta,

antiguo soldado, las veces que llegaba á conseguir una licencia cuando podia pasarse el Estado sin su apoyo.

Detrás de la casa habia un espacioso jardin, de aspecto salvaje é inculto.

Antes de que comprase M. Chaumier esta casa, habia sido cultivado el jardin con todo esmero; despues, gracias al abandono en que se le habia dejado, los cardos, las ortigas y las parietarias habian sofocado las plantas débiles y delicadas; únicamente los árboles y algunas plantas vigorosas fueron las que pudieron resistir y las que habian adquirido un notable desarrollo.

Dos corpulentos manzanos, un serbal cultivado, entre cuyas ramas subia entretegiéndose una clemátida, lilas, algunos rosales inmensos y cubiertos de musgo constituian la principal riqueza del jardin; unas adormideras se reproducian por si mismas todos los años, y en el ángulo del caballete de la tapia florecia durante la primavera una mata de alelites amarillos.

Penetrábase al jardin por el gabinete de M. Chaumier y por el comedor; la cocina tenia únicamente á él una ventana cerrada por barrotes de madera, pintados de color de hierro.

Era una de las casas mas silenciosas que pueden hallarse.

M. Chaumier, cuya fortuna no escedia de mediana, era miembro de muchas sociedades filantrópicas que absorbian todo su tiempo, y casi toda su sensibilidad.

Modesta era la dueña absoluta de la casa; de su incumbencia eran todos los cuidados, todos los gastos, y aun la educacion de la niña Rosa, educacion que hasta alli, y gracias á su corta edad, se hallaba reducida á una instruccion elemental en sumo grado.

Estorbarla que tocase á los cuchillos, enseñarla á responder á las preguntas que se la hacian si señora ó si señor, y no si á secas, como hacen los niños mal educados, no llevar golosinas en los vestidos, anudar los cordones de los zapatos si se le destacaban, y decir gracias cuando la daban algo.

El niño se hallaba confiado á los cuidados de un tal Semler, que tenia en su casa una docena de muchachos de las mejores familias de Fontainebleau.

Alberto venia á casa solo los domingos. Por lo demás, Modesta era una mujer de mucho arreglo, y aun hasta amable, cuando no hallaba obstáculos á su voluntad, siendo muy conocida en la ciudad por su habilidad en preparar el saüer caüt, y en darle cierto sabor escitante, cuyos secretos se reservaba.

Fuera de esto, cuando hablaba de la casa, decia: quiero ó no quiero.

En ciertos dias señalados, cuando se confeccionaba el saüer caüt, ó cuando se hacia la colada, tomaba para que la ayudasen y trabajasen á sus órdenes algunas muchas á jornal, á las cuales tuteaba, y las que la llamaban señora Rolland.

Por lo demás, era humilde y sumisa en presencia de M. Chaumier, y si bien lo mas ordinario era que le obligase á obrar conforme á sus deseos, tambien es cierto que únicamente lo conseguia por medio de embajes y circunloquios, y que si realmente gobernaba la casa, no era sino á fuerza de sumision y de obediencia.

Una mañana trajeron durante el desayuno una carta que leyó M. Chaumier dejando entrever algunas señales de asombro y aun de emocion.

Se levantó, pasó á su gabinete, y permaneciò en él durante mas de un cuarto de hora.

En vano fué que Modesta, en tanto que su amo leia, pasase tres ó cuatro veces por detrás de él, fijando los ojos en la carta que tenia en la mano; éralo

desconocida la letra, y por otra parte tan delgada y metida, que no pudo leer ni una sola palabra.

El tiempo que permaneció M. Chaumier en su gabinete le pareció un siglo.

Dos veces se aventuró á llamar y á entreabrir la puerta para decirle que se enfriaba el almuerzo; pero ni aun así pudo obtener respuesta alguna, no quedándole otro recurso que el de hacer que recayese su mal humor en la inocente Rosa, que llegó en su indiscreción á ponerse de codos sobre la mesa, siendo así que Modesta la habia advertido tantas y tantas veces que no debia ponerse de aquella manera.

Decididamente era una niña incorregible y que haria la desgracia de su familia y de los que quisieran cuidarse de su educacion.

Por fin M. Chaumier salió de su gabinete, mandó que hicieran pasar al portador de la casa, y le dió otra cerrada y lacrada, encargándole muy encarecidamente que se la metiera en el bolsillo y no se descuidara en llevarla á la ciudad vecina, desde donde deberian hacerla llegar á su destino.

Al salir el mensajero creyóse Modesta en la obligacion de salir acompañándolo; pero fuera casualidad, fuera que adivinase su intencion, M. Chaumier le pidió la caja de tabaco que se le habia quedado olvidada en el gabinete.

En cuanto hubo cumplido Modesta con este encargo, se apresuró á salir; pero al dar el primer paso, oyó que cerraban la puerta exterior: el mensajero habia salido.

M. Chaumier permaneció preocupado todo lo restante del dia, y contra su costumbre, se guardó la carta que habia recibido en el bolsillo de la levita, en lugar de dejarla sobre su pupitre, en donde esperaba enterarse de ella Modesta durante la comida; empero no tardó en intentar otro medio. Al servirle, manifestó algun temor por la salud del señor; desde el momento

en que hubo recibido por la mañana aquella carta, se había demudado y aparecía como afectado.

Había dejado que se llevasen sin haberle tocado un plato de huevo, el mejor quizá que había salido de sus manos. M. Chaumier respondió á Modesta que se equivocaba; que nunca se había sentido tan bueno.

Hizo cuantos esfuerzos pudo por no dejar entrever el despecho en su fisonomía, al ver que no podía conseguir la menor confianza; pero no se desanimó; ocurrióle entonces que si salía M. Chaumier, tendría que mudarse de traje, y que, según todas las probabilidades, se dejaría olvidada la famosa carta en los bolsillos del que se quitase.

—¿Saldrá el señor después de comer? le preguntó.

—Creo que no, Modesta.

—Hace el señor muy mal, porque el tiempo es excelente, y hace ya dos días que no ha puesto el señor los pies fuera de casa.

—¿Qué quieres, Modesta? tengo mucho que hacer. He recibido noticias de la Martinica; me denuncian nuevos casos de la suerte desgraciada de los negros, y comprendo que es ahora el momento más oportuno de dar fin á mi interesante obra sobre la abolición de la esclavitud.

En este instante, un hombre que había hallado abierta la puerta de la calle, entró y llegó á situarse ante la del comedor, en donde prorumpió en una melopea plañidera y lúgubre, de la que solo se percibían algunas palabras, si bien sus ropas llenas de girones, y su descarnada y pálida fisonomía explicaban con excesiva claridad que era un mendigo que imploraba la caridad.

—Pero si el señor, replicó Modesta, se pone malo de continuar encerrado de esta suerte, de hecho ha de verse en la imposibilidad de poder continuar su trabajo.

—Un poquito de pan, por el amor de Dios, exclamó el mendigo.

—Lo cual seria una grave desgracia, mi buena Modesta; porque he aducido en ella argumentos que indudablemente han de convencer á los lectores y que han de producir un inmenso bien á la causa de los negros.

—Ni tengo ropa con qué vestirme, ni casa en qué cobijarme, continuó el infeliz pordiosero.

—¿Puede haber en efecto nada mas cruel y ridículo, continuó M. Chaumier, que esa esclavitud á que ha sido condenada toda una raza? ¿La sangre que corre por las venas de los negros, no es la misma que la que hierve en las nuestras? (1)

—¿En nombre de Jesucristo nuestro señor! compadézcanse Vds. de mí, adiciónó el mendigo.

—Y continuó M. Chaumier, sin oirlo ó sin prestarle atencion: ¿no son tambien nuestros hermanos? (2)

—¿En nombre de la virgen Maria! bondadoso señor, haga la caridad de socorrerme.

—La naturaleza rechaza, prosiguió M. Chaumier, esas crueles y arbitrarias distinciones de raza y de color. El sol alumbrá para los hombres todos, y la Providencia les distribuye con igualdad sus beneficios: los ricos y los poderosos deben tener solo mas obligaciones y mas deberes que los demás; no deben olvidarse ni un punto de que la fortuna no es otra cosa en sus manos, que un depósito del cual les será pedida cuenta algun dia, ni de que ellos reparan por medio de una reparacion mas equitativa los rigores é injusticias de la suerte. (3)

---

(1) No queremos aparecer como responsables de estas frases, que hemos tenido ocasion de leer en los libros de este género, y de oirlas pronunciar en numerosas y brillantes asambleas, así como tambien en algunos melodramas.

(2) Idem.

(3) Idem.

—¡Há ya dos días que no he probado bocado! exclamó el pobre juntando las manos.

—Así es, dijo M. Chaumier, que mi corazón se despedaza al pensar en la suerte de esos desventurados negros.

—¿No me dan Vds. una limosna por Dios? impetró el pordiosero.

—¿Cómo es que ha entrado hasta aquí ese hombre, Modesta? prorumpió M. Chaumier.

Modesta no le respondió á su amo, pero adelantándose hácia aquel infeliz, con aire irascible, le dijo:

—Váyase V. de ahí, y cuidado con que yo le vea introducirse otra vez de esta suerte en las casas.

—Bondadosa señora, contestó el pobre, hallé abierta la puerta de la calle.

—¡Y qué! saltó Modesta, ¿no puede dejarse abierta un momento siquiera la puerta, sin que se vea una espuesta á las importunidades de los pordioseros y de los vagabundos?

—Pero... intentó el mendigo.

—Pero, replicó Modesta, ya le digo á V. que se vaya, ó de lo contrario me quejaré de V.

El mendigo se marchó sin contestar palabra.

M. Chaumier continuó por algunos instantes refunfuñando de la audacia de semejantes gentes; en efecto, es sumamente enfadoso el no poder entregarse con completa tranquilidad en su casa á las teorías filantrópicas sobre lejanos males, sin ser interrumpido por la presencia importuna de una miseria sobre la que ni hay discursos que pronunciar, ni teorías que desenvolver: tan inmediata se halla, y tan fácil es de socorrer.

Modesta no se olvidó de que era preciso inclinarse á su amo á que saliese; habia salido vergonzosamente derrotada en su tentativa; pero Modesta tenia decidido el que saliese, y tenia que salir.

No tardó en oirse un gran estrépito en la cocina: era el café que se habia vertido, y no quedaba ni un grano mas en toda la casa, por la negligencia de su proveedor ordinario.

Empero, M. Chaumier no podia pasarse sin tomar café; la costumbre habia llegado á ser para él una imperiosa necesidad; así que no hubo otro remedio que decidirse á ir á tomarlo en un establecimiento en que lo hacian bastante bien, aun cuando no pudiera sostener comparacion con el que confeccionaba la señora Modesta.

—¡Vamos! pues, entonces, dijo M. Chaumier, dame el baston y el sombrero.

—¡Como, señor! exclamó Modesta, ¿y ha podido usted ni aun pensar en salir vestido de esa suerte?

—¿Pues qué hay de particular en mi traje? preguntó M. Chaumier.

—Hay, contestó Modesta, que la levita que lleva el señor está usada y raída, y que le falta un boton.

—¡Oh, Dios mio! no parece sino que voy tan lejos: además, ¿quién vá á reparar en mí?

—Pero, objetó Modesta, ¿qué opinion habrán de formar de mí los amigos del señor que lleguen á encontrarlo, al ver que lo dejo salir de casa de esa suerte?

Y sin esperar respuesta trajo otra levita, le quitó por sí misma la que tenia puesta; y se la llevó triunfante...

*Tacitum pertentant gaudia pectus.*

Apenas hubo salido M. Chaumier, cuando mandó Modesta á Rosa que se fuera y se divirtiese en el jardin.

—Pero, exclamó Rosa, si ya es muy de noche y tengo miedo.

—Haga V. lo que la dicen, señorita, replicó la criada, y vaya V. á divertirse; y cuidado con llorar, porque se las tendrá V. que haber conmigo.

La pobre Rosa no tuvo otro remedio que obedecer, aun cuando se marchara sin poder dominar en su fisonomía un mohín de vehemente disgusto.

Entonces Modesta Rolland escudriñó el bolsillo de su amo y halló una carta, cuyo contenido era el siguiente:

## XI.

Mi querido hermano:

Indudablemente que mi malhadado enlace celebrado sin tu asistencia, y que fué causa de que me malquistase contigo, no debió merecer la bendición del cielo.

Hace tres años que mi esposo ha desaparecido sin que haya mediado nada que puiera servir de razón ó pretexto á tan extraño suceso. En estos tres años han sido inútiles todas cuantas investigaciones se han hecho para averiguar su paradero: inclinando todo á creer que algun crimen ó algun accidente desgraciado ha debido poner fin á la vida de M. Lauter.

En medio de tan inmensa desgracia que he soportado por tanto tiempo sin quejarme, no me ha quedado otro apoyo ni mas consuelo que tú. Tengo dos niños de muy corta edad, y de cuyo nacimiento te di parte en su tiempo, si bien es cierto que tú no has

hallado oportuno contestar á mis cartas. Vendiendo todo cuanto poseo, podré reunir una suma de 30.000 francos, lo cual constituye mi fortuna entera y la de mis hijos.

¿Quieres que me vaya á vivir á tu lado? Tus consejos me servirán de guía en el empleo de tan corta fortuna y en la educacion de mis hijos; yo reemplazaré para con los tuyos la madre que han perdido, y ambos veremos llegar en medio de ellos el fin de nuestros días circundados de la paz mas envidiable y de las mas dulces afecciones.

Tu respuesta, querido hermano mio, me colmará de felicidad, ó me sumirá en el mas horrible desaliento. Leon y Genoveva te ofrecen sus respetos, y yo te abrazo con la ternura toda de mi corazon así como mis amados sobrinitos Alberto y Rosa.

ROSALÍA LAUTER.

## XII.

Al acabar de leer esta carta, madama Modesta Rolland cayó desvanecida en un sillón. Vió que con un solo golpe iba á verse destruido todo su imperio, su dicha toda derrocada; se contempló, y vió que su verdadera posicion no era sino la de una criada; pero hubo de parecerle un momento despues imposible que pudiera sufrir variacion alguna el orden establecido en la casa hacia tantísimo tiempo, y comenzó á preguntarse á sí misma cuál habia podido ser la contestacion de su amo.

La rapidez con que habia sido dada esta misma contestacion la pareció de muy buen agüero; solo en una negativa podia caber tan escasa reflexion y exámen.

Antes de consentir en la venida de madama Lauter, no hubiera dejado de consultarla M. Chaumier, de examinar con ella las dificultades de semejante acomodamiento, y de discurrir asimismo en los medios de obviarlo.

Por otra parte, la era muy conocida la historia del casamiento de madama Lauter; M. Chaumier no habia visto nunca á su cuñado, ni habian mediado entre ellos otras relaciones que una correspondencia referente á unos negocios, que concluyó por razones muy ágrias, y hasta por la completa y absoluta cesacion de relaciones.

Entonces juró solemnemente M. Chaumier que no veria en la vida á M. Lauter, ni volveria á ver tampoco á su hermana.

El resultado de las reflexiones de Modesta fué que M. Chaumier habia contestado necesariamente con una negativa formal; volvió á colocar la carta en el bolsillo de la levita, y llamó á la pobre niña Rosa que lloraba de miedo en el jardin, desnudándola y acostándola en seguida.

Al dia siguiente se levantó, no obstante, menos segura de lo que se hallaba la vispera sobre las probabilidades de la negativa de su amo á la proposicion de su hermana; así que durante el desayuno hizo nuevos esfuerzos para obligarlo á que hablara.

Por último, á propósito de una conversacion cualquiera, le dijo:

—¿Acaso cree usted, señor, que un hombre honrado puede violar un juramento, de cualquiera clase que sea?

—Creo que no, Modesta, la respondió M. Chaumier;

no obstante, añadió despues de reflexionar un momento, hay juramentos que se pueden y aun que se deben olvidar; hablo de los juramentos impíos que se escapan en un momento de irascibilidad, de arrebato, y en este caso creo que no esté la falta en violar el juramento, sino en haberle hecho.

Pero, repuso Modesta, ¿y si la cólera que ha promovido el juramento no era hija de un arrebato ciego, sino al contrario, de un resentimiento legítimo?

—Sea cualquiera la causa que promueva la cólera, siempre resultará que es hija de un arrebato ciego, Modesta. Recuerdo muy bien que hará dos años, teniendo muchos motivos de queja con la mayor parte de mis colegas en la sociedad para la abolicion de la esclavitud, en vista de que mis trabajos no habian sido avalorados con la debila equidad, juré no volver á mezclarme en nada de cuanto volviera á hacer. Pues bien, Modesta, aquí tienes un juramento que no debia guardar y que no he guardado, puesto que no podia, so pretesto de permanecer fiel á un juramento, abandonar la causa de los desgraciados negros.

—Ya, señor; pero si su abandono de V. no hubiera perjudicado á nadie mas que á las personas de quien tenia V. tan justos motivos de queja...

—Y aun en ese caso no sé lo que hubiera hecho, Modesta; es necesario que en esta vida seamos indulgentes los unos para con los otros; y por último, yo creo que, si se debe guardar fidelidad á todo precio á un juramento, cuyos resultados son favorables á aquel á quien concierne, no se hallará en Dios sino indulgencia en caso de no llevar adelante un juramento de odio y de venganza.

Modesta se retiró á la cocina, esclamando para sí:

—¡Estoy perdida!

Desde aquel dia en adelante desempeñó todos sus

deberes con escrupulosa exactitud; mas hallábase afectada y de mal talante, dejándose traslucir en sus breves y acres respuestas un descontento del que yo no podré afirmar si se hubo de apereibir M. Chau-  
mier.

Trascurrió una semana, volvió á recibir M. Chau-  
mier otra nueva carta, y entonces ya advirtió á Mo-  
desta que iba á venirse á vivir en su compañía su  
hermana con sus hijos, y que esto siempre ocasionaria  
algun trastorno en la casa.

Así, por ejemplo, Modesta tendría que abandonar  
el piso principal, que sería el destinado á madama Lau-  
ter y á las dos niñas; y que ella se subiría al segundo,  
que compartiria con los dos niños.

Modesta obedeció sin replicar palabra, pero con  
un gesto frio é imposible, ocultó en lo profundo de  
su corazon el sentimiento que la producía el haber de  
abandonar aquella lindísima estancia exornada con un  
espejo y preciosas cortinas amarillas, y se preparó  
á recibir á madama Lauter con el ódio mas pro-  
fundo.

Los niños trabaron muy pronto conocimiento entre  
sí, siendo grandísimo el contento que recibieron al  
hallarse en compañía de unos primos y al propio tiem-  
po de unos compañeros para todos sus juegos.

Leon y Genoveva, los hijos de madama Lauter,  
tenian mas edad que Rosa y Alberto; los primeros  
contaban ya una docena de años, en tanto que Al-  
berto había cumplido solo diez y Rosa seis.

Leon fué instalado con Alberto en casa de M.  
Semler.

Madama Lauter, que desde la desaparicion de su  
marido se había tornado grave y triste, se ocupó sin  
tregua alguna de la educacion de sus dos hijas: tal  
era como llamaba indistintamente á Rosa y Ge-  
noveva.

Al anunciar á su hermano que le produciría unos 30.000 francos la venta de cuanto la quedaba, se había justipreciado á sí propia muy alto el valor de los objetos, cuya venta no subió á mas de 20.000 francos.

Por un momento sintióse anonadada con esta inopinada baja; no quería ni osaba de modo alguno serle gravosa á su hermano, y este había aceptado la proposición de su hermana en la hipótesis de que llevaría una renta de 1.500 francos; esta renta, disminuida casi en su mitad, la ponía en un grave conflicto; tomó el partido de colocar su dinero á renta vitalicia, por cuyo medio, es cierto que no les quedaria nada á sus hijos, pero por lo menos les aseguraba una buena educacion: segun el idioma universitario, esto conduce á todo, y así contribuiría al gasto de la casa, de la propia suerte que lo había propuesto; por lo que respecta á su hermano, le dijo únicamente que había colocado su dinero, pero sin darle la menor explicacion respecto á las condiciones de la imposición.

Desde el primer dia de su llegada comprendió admirablemente hasta el punto que le era desagradable su presencia á Modesta, y se había decidido por lo tanto á no perdonar medio alguno para vencer la antipatía que le mostraba madama Rolland.

Hizola presente de algunos objetos de tocador, pero madama Rolland aparentó no querer hacer uso alguno de ellos; intentó el ser con ella cortés y aun afectuosa, mas el primer dia que la llamó Modesta, respondióla esta que el señor la llamaba de esta suerte, pero que todos los demás la llamaban madama Rolland.

En vista de lo cual madama Lauter no halló nada mejor que someterse á ello. Pero fuera la que quisiese su resolucion, hubo inevitable necesidad de penetrar en el terreno de las usurpaciones: así que, por

ejemplo, de acuerdo con su hermano, encargóse ella del gasto, que hasta entonces habia estado á la discrecion de Modesta; hizola descender á la posicion de criada para con Rosa, que no hubiera llegado sino á perder sus caprichos con las maneras vulgares y el indigesto humor de mama Modesta como hasta entonces la habia llamado.

No fué ya á ella á quien se dirigió de allí en adelante.

Alberto, para pedir los objetos de que necesitaba, ó para abandonar una hora mas tarde los lunes la casa paterna.

La fué imposible el decidir nada como hasta allí lo habia hecho; los proveedores de la casa, sin contar antes con madama Lauter, de la cual se vengaba hablando de ella con el mayor menesprecio y haciéndola aparecer como una mujer que, despues de haber impelido á su marido al suicidio por su depravada conducta, venia ahora con sus dos famélicos hijos á comerse por los pies al bueno de M. Chaumier, y á poner la casa en un conflicto de que no tenia necesidad alguna.

No desperdiciaba ocasion alguna de manifestar su desagrado á madama Lauter; si se hallaba alguna cosa rota ó estropeada, siempre habia de echar la culpa á Leon ó á Genoveva; aun cuando los cuatro niños eran tratados bajo el pié de la mas estricta igualdad, y vestidos del propio modo, lo mismo que si hubieran sido los cuatro hermanos.

Solo Modesta era la que no se conformaba con esta igualdad; siempre servia en la mesa antes á los hijos de su amo que á los de madama Lauter; siempre faltaba medio de dejar á estos que cuidaran por si propios de una porcion de cosas que ella se encargaba gustosísima de hacer por los otros; limpiaba la habitacion de madama Lauter con un descuido tan manifiesto, que esta tuvo que aparentar que la dis-

gustaba que entrasen en su aposento, y tomar el partido de barrérsele por sí misma.

Cuando volvía de hacer la compra, traía siempre á Rosa fruta ó golosinas, de las que nunca daba á Genoveva; empero Rosa iba corriendo á compartirlo todo con su prima; y entonces ya no quedaba otro recurso á Modesta que el de quejarse de que Genoveva hubiese tirado al suelo los huesos de las cerezas.

Durante un año se mantuvo firme en el empeño de servir en la mesa á M. Chaumier antes que á su hermana, aun cuando constantemente, durante ese mismo año, no permitiera ni una sola vez M. Chaumier dejarse servir el primero.

Madama Lauter aparentaba no apercibirse de ninguna de estas impertinencias, no poniendo cuidado en nada mas que en ir evitando las ocasiones de que se repitieran.

Pero los criados, de la propia suerte que los perros, no reconocen sino á un amo en la casa, y los deberes de la servidumbre parecen siempre menos duros de llenar para con una persona de diferente sexo.

Por otra parte, la desigualdad entre las mujeres no se manifiesta de un modo tan evidente como entre los hombres.

El talento, la instruccion, una autoridad cualquiera, bastan para separar suficientemente á los hombres; pero entre las mujeres, no puede existir otra desigualdad real que la de la belleza.

Las criadas, del propio modo que las amas, lo saben perfectamente, y no hay ama alguna en el mundo á quien no cause inquietud el tener á su lado una criada bonita en extremo.

Un artista, un hombre político, un hombre de génio, no son seguramente de la propia raza que un criado; pero se puede (no faltan ejemplos de ello),

hacer, cuando se quiere, de una doncella bonita, una duquesa bastante presentable.

Madama Lauter, por agraciada que fuese aun, no disfrutaba del beneficio que esta ventaja la daba sobre Modesta, la cual ni era mas jóven que ella, ni habia gozado jamás de hermosura alguna; pero las mujeres pueden apreciar solo su belleza por los homenajes que las proporciona; y en aquella casa tan cerrada para todo el mundo, la belleza, que carecia de adorador alguno, dejaba de ser una ventaja y aun de ser una cosa real y positiva.

Para los niños, el domingo era una fiesta solemnisima. Alberto y Leon se iban á su casa muy temprano, mas asi y todo encontraban siempre á Rosa y Genoveva que hacia tiempo los esperaban. Mas de diez veces habian abierto la puerta del jardín creyendo que los habian sentido venir.

Aquel dia se hacia cocer una gallota y no habia ni pies ni cabeza en toda la casa. Los muchachos traian siempre algun juego nuevo, si bien un poco mas bullicioso y marcial de lo que convenia á unas niñas.

Leon habia tomado bajo su especial proteccion á Rosa, la cual era tan pequeñita, que cuando queria participar de sus escursiones, era preciso que la llevara Leon en brazos.

En cuanto á Alberto, se hallaba muy distante de ser tan complaciente, para con Genoveva, la que por otra parte tenia la misma edad que él; queríala como á un compañero, sin que la idea de que era una chica interviniera en lo mas mínimo para inducirle a hacerla participar de sus juegos.

Empero no tardó en presentarse un dia en que Genoveva, que tenia trece años, comenzara á dejar de mezclarse en los juegos de su hermano y de su primo, y á tomar una actitud reposada y grave.

Ocurrióles entonces la idea, sugerida por madama Lauter, de cultivar en el jardín; aprovecharon de la

estancia de Honorato Rolland, á la sazón con licencia, para hacerle cavar; y de todo lo demás se encargaron ellos.

Hubo acaloradísimas discusiones acerca de la distribución del jardín; concluyendo al fin por estar de acuerdo, mas no sin que fuese á espensas de Modesta.

Modesta habia tenido siempre debajo de la ventana de la cocina, y ante casi toda la fachada de la casa, una especie de huertecita en la que sombraba perifollo y perejil.

Los chicos decidieron la supresion de la espresada huerta, supuesto que usurpaba la parte del terreno mas favorable para que creciesen las enredaderas que tan del gusto eran de madama Lauter.

Modesta gritó con toda la fuerza de sus pulmones cuando se apercibió de la destruccion de su jardín, echándoles la culpa de todo á Leon y á Genoveva como de costumbre.

En vano fué que madama Lauter la regalase una preciosa papaliina; no por eso juró con menos vehemencia la destruccion de las enredaderas; y ya ha podido verse en la discusion habida entre ella y su amo, acerca del *juramento, de jurejurando*, la estricta fidelidad con que los eumplia.

No de otro modo siguieron las cosas hasta el momento en que partieron los dos adolescentes á terminar sus estudios á Paris.

Genoveva contaba á la sazón diez y seis años, y Rosa catorce.

Quince dias estuvieron ocupadas en los preparativos de la marcha. En cuanto á los dos jóvenes, se hallaban satisfechos con el orgullo inquieto que proporciona siempre el primer viaje.

En el dia de la separacion se abrazaron, se prometieron escribirse.

Partió el carruaje; las dos niñas prorumpieron en llanto, madama Lauter se sintió con el corazón oprimido: Modesta exclamó:

—¡Con tal que no le suceda nada á Alberto!...

Y en cuanto á M. Chaumier, hubo de corresponderle hablar aquel día en la asamblea negrófila, y exclamó:

—¡Oh crueldad inaudita! ¡Separar á los padres de sus hijos! ¡Y no os estremeceis, señores, al colocaros por un momento en el lugar de los infelices esclavos? ¿Cuál de vosotros podría soportar semejante separación?

La casa se halló sumida en la mayor tristeza durante muchos meses.

Genoveva y Rosa, especialmente los domingos, si llamaba alguien á la puerta, se levantaban con un movimiento involuntario, volviéndose á colocar inmediatamente en sus asientos, no sin dirigirse antes una reciproca mirada.

Unicamente sabian los juegos que se emprenden entre cuatro; y no siendo mas que dos tenian que renunciar á cuantas distracciones se las ocurrían. Si deseaban algunas flores, algunas frutas no comunes, exclamaban:

—¡Ab! ¡si estuviera aquí Leon! ¡Si no se hallase Alberto en Paris!

En estos casos se hablaba con menos frecuencia de Alberto que de Leon, porque no habia tanta costumbre de sostenerse y de apoyarse en él.

Leon era el mayor, y además poseia una de esas naturalzas generosas que sienten necesidad de proteger y de sostener.

Genoveva participaba algo del carácter de su hermano, lo cual les inspiraba á ambos una tierna adhesión hácia sus primos.

Alberto y Rosa, por el contrario, tenian menos

necesidad de amar que de ser amados; pero se dejaban querer con tanta gracia y con tales atractivos, que no se pensaba en exigirles un afecto menos pasivo.

No soy aficionado á los retratos; sin embargo, tengo mis razones para hacer el de Leon: de suerte alguna es esto hijo de un mero capricho; he conocido á los héroes de mis novelas, y por lo tanto mis historias son mas verídicas que las de ningun historiador: así que puedo decir, como Eneas:

*quæque ipse... vidi*

*Et quorum pars magna fui.*

Leon es alto; parece cenceño y lo es en efecto; pero lo es á la manera de los caballos árabes, tan vigorosos como nerviosos. Los rasgos de su fisonomía son finos y delicados como los de una niña; lleva el cabello largo cayéndole en grandes rizos negros, y sus ojos son azules: sin embargo, á pesar de todo esto, dista mucho de ser afeminado; su mirada es frecuentemente severa, su color moreno y tostado, el bozo que en sus carrillos y su barba comienza á renegrearle indica que tendrá larga y espesa la barba. Se halla hábil en todos los ejercicios corpóreos; monta á caballo, nada y tira las armas con rara perfeccion.

El defecto único de su carácter es falta de voluntad y de individualidad; rara vez se resuelve á ser lo que es el mismo, y es lo mejor que podria ser; es dulce y compasivo; póngasele entre marinos, y beberá ginebra y jurará y se embadurnará de brea; con soldados, y será quimerista, alborotador é indiscreto; con niños, y es uno de los mejores jugadores de trompo, y bastante regular tirador de barra.

Pero estas diversas alternativas porque pasa sin apercibirse de ello, lo fatigan y ponen de mal humor;

únicamente con Rosa y con su hermana es con quienes está tal como es en sí; así es que las echa muy de menos durante su permanencia en París, y las escribe con mucha más frecuencia que Alberto.

Alberto es de mediana estatura; sus cabellos son de un castaño oscuro; sus ojos del propio color, penetrantes, burlones y espresivos. Su corazón es bastante apático y difícil de conmover, pero su imaginación es inconstante y vaga; se aficiona á las personas y á las cosas con una vehemencia y una espontaneidad que únicamente son comparables á la misma con que se olvida de ellas.

Es susceptible no obstante de perseverancia para lo que no puede conseguir; pero esto es únicamente hasta que lo consigue.

Genoveva tiene los ojos azules y el cabello negro como su hermano. Su fisonomía se halla recubierta de una sombra interesante y dulcísima melancolía; su talle es flexible y lánguido; sus movimientos y su andar son espaciosos y tranquilos; su voz vibrante y dulce.

Toda la melancolía que se refleja en su semblante, impera asimismo en su corazón; pero no es hija de la tristeza; al contrario, ama los placeres, y nada es tan fácil á Rosa como el hacerla participar de su propia alegría.

Rosa es pequeña y viva, sus cabellos, bastante oscuros, la caen en gruesos rizados por ambos lados de la cara, sus negros ojos son tan movibles que no es posible trocar con ellos una mirada, y tan brillantes que no podría soportarse su fuego si se los consiguiese fijar.

Todo la agrada, todo la divierte, delira por el ruido y la animación.

Ambas son coquetas, es decir, se conceptúan felices con su belleza, y quieren que todo el mundo se aperciba de ella.

Pero en la coquetería de Rosa existe la particularidad de que cifra tanto orgullo en la belleza de su traje, como en la suya propia. Todo cuanto la parece bonito, alhajas, pedrerías, gasas, cintas, quisiera verlo colocado en sí; hoy le gusta el color blanco, mañana le gustará el azul, ayer le gustó el lila. El cariño que hacía sus blondas tiene es por egoísmo.

Sus adornos constituyen parte de su sér; de muy buena gana se variaría con la propia facilidad que cambia de aquellos, poniéndose á voluntad ojos azules y cabellos rubios.

Genoveva tiene observado que el blanco la vá bien, y siempre viste de blanco, por lo menos á las horas en que sale ó á aquellas otras en que espera que venga alguien,

Las personas que la conocen no la han visto nunca de otra suerte. En esta uniformidad de traje ha cifrado una idea instintiva de pudor, que sostiene su voluntad contra las seducciones de los colores mas nuevos y mas á la moda.

En efecto, cuando se vé por primera vez á una de esas preciosas jóvenes de fisonomía tranquila y modesta, cabellos alisados sobre la frente, ojos dulces y de mirar vago, la imaginación, al mirarla, no la segrega de su vestido; parece que tiene pies de raso blanco, y que aquella nube blanca formada por los pliegues de gasa que descienden hasta el suelo, son su cuerpo.

Pero al verla despues con un vestido de otra hechura y distinto color, al meditar en que ha *cambiado de traje*, se representaba uno involuntariamente el momento en que quitado ya el primero no tenia aun puesto el segundo; ocurre el que pueda hallarse sin traje alguno puesto, y la vista interroga sin poder evitarlo, los pliegues de la tela y sus ondulaciones.

Es de una especie tal el amor que inspiran las jóvenes, que ellas solas pueden inspirarlo, y que sin

embargo es tan poco comprendido por ellas, que no he podido hallar aun ni una tan sola que no se esfuerce por destruirlo.

Quiero hablar de una especie de amor puro, religioso, poético, en el cual toman parte los sentidos tan clandestinamente que casi podria negarse su presencia.

Algunas veces, en efecto, se piensa en besar sus cabellos, pero nunca sus lábios de rosa, ni sus blanquimos dientes; la mano buscará su mano, pero no descansará sobre su rodilla; no solo por respeto, sino porque ni aun le ocurrirá á la mente el pensar en ello.

La imaginacion á su lado, no inspira deseo alguno mas vivo que el de ser tocado al pasar por un pliegue de su vestido; ó si por casualidad al leer en el mismo libro tocan sus cabellos á los nuestros, detiene un ligero estremecimiento el curso de la sangre por nuestras venas; pero por mucho que haya sido lo que se ambicione, nunca llegará á tanto.

Jamás de entonces acá mujer alguna, por mucho que haya sido su abandono para conmigo, mujer alguna, aun cuando fuera la reina de nuestras orgías, la niña mas graciosa y mas dócil, han podido hacer que dejara de llorar amargamente la emocion de aquel contacto de nuestros cabellos.

Pero de todas las jóvenes que he hallado despues en mi camino de entonces acá, todas antes de llegar al segundo dia, habian ya destruido impresiones tan embriagadoras, reemplazándolas con ideas de deseos vulgares que todas las mujeres pueden satisfacer mejor que ellas.

No se necesita mas que una palabra, un gesto, una accion para ahuyentar, como con un soplo, la celeste aureola que circunda la frente virginal de las jóvenes.

El verdadero pudor debe ocultarse con tanto cuidado como todo lo demás; la mano que arregla un pliegue del vestido, hace soñar mas en lo que se procura ocultar que en la honesta virtud que promueve semejante accion.

Basta que en el campo ataque traidoramente el viento un vestido, y obligue á la que lo lleva á una defensa séria, sea cualquiera el éxito que tenga esta defensa.

Basta que una madre diga en mi presencia: Mi hija se halla un poco indispueta; ha montado á caballo, y se ha lastimado un poco una *pierna*; ¡y cuántas madres hay que saben privarse de mencionar semejantes cosas!

Basta que una niña diga: no quiero correr porque se me alza el *vestido*.

O:—Mi madre me ha comprado *camisas* de batista.

O:—Me he dado un golpe en la *rodilla* y la tengo encarnada.

O:—Me he comprado unas *ligas*.

O:—Me he *bañado* esta mañana.

Para que en el instante mismo pierda todo el encanto que para mí tenia; á no ser que mas adelante descubra un atractivo de un género enteramente distinto.

JOSÉ VAZQUEZ-YLLA

SABATER

YALLADOLID

### XIII.

#### Leon á Rosa y á Genoveva.

«Mis queridas hermanas: Muy triste es á la verdad permanecer en la ciudad en que nos hallamos, pareciéndome casi imposible el poder espresaros cuánto echo de menos y cuán grato me parece todo lo que he perdido al separarme de vosotras. Los años que hemos pasado juntos os hacen tan necesarias á mi existencia, que ni un punto solo puedo separaros de mi memoria. Ayer estuve de campo con Alberto, con una familia para la cual nos dió una carta mi tío. Son unas gentes muy buenas que nos reciben bastante bien, y que nos convidan á todo lo que creen puede sernos agradable. A la entrada de un bosquecillo ví un serbal cargadísimo de ombelas de bayas, ya de un bellissimo color anaranjado, y al momento me trajo á la memoria el serbal del jardin de la casa en que habitais. Ahora hará un año, tambien en los primeros dias del mes de Agosto, que la fruta del serbal tenia este mismo color de naranja; todos nos hallábamos reunidos por la tarde bajo su follaje; yo tocaba el violin y Rosa cantaba. Y en el invierno último, cuando al árbol, despojado ya de las hojas, no le restaba sino el fruto, que á la sazón tenia el color del mas vivo escarlata, ¿os acordais de los mirlos que acudian á picar con su pico amarillo en los granos de coral del ser-

bal? Rosa se empeñó en que la cogiese uno. Ocho días pasé en confeccionar el lazo; mas cuando ya lo tuvimos cogido, el pájaro se mostraba triste y melancólico y no quería comer. Al sentarnos á la mesa le referimos á mi tío nuestra captura, y nos dijo que era preciso encerrarlo en una jaula, y que al llegar la primavera le oiríamos prorumpir en sus armoniosos cantos. Pocos momentos despues se puso á hablar mi tío de su asunto favorito, de los negros y de la esclavitud. Rosa salió y al poco tiempo volvió á entrar radiante de alegría.

Cogióme por la mano, me hizo levantar de la mesa, y me mandó asomar á la ventana. Veiase encima de la tapia un mirlo que batia las alas y sacudia su plumaje.

—¿Qué, se te antoja ahora ese? la dijo.

—No, me respondió; es ese el mio que acabo de ponerlo en libertad.

Abracéla con trasporte. Mi tío comenzó á gruñirla diciéndola que no sabia ni lo que queria.

—Papa, exclamó Rosa, si el mio es enteramente negro como esos negros tan desgraciados de quienes hablas, me he figurado que era un negrito, y le he abierto la jaula.

Mi tío se quedó algun tanto suspenso, al ver que una niña le echaba en cara su manifiesta inconsecuencia.

Os escribo, y nada tengo que deciros ni qué contaros. Os escribo solo por escribiros, por acordarme de vosotras. Veo desde aquí dos cabezas encantadoras apoyándose la una contra la otra para leer á la par mi carta, y esta imagen basta para tenerme alegre todo el día. Quisiera ofrecer á Alberto lo blanco que quede en el papel de esta carta; pero ha salido esta mañana, y no sé dónde encontrarlo. Adios, queridísimas hermanas. Escribidme muy á menudo.

LEON

## XIV.

Era la época en que las enredaderas del jardín de Fontainebleau debían comenzar á florecer y á abrirse por las noches las flores azules, rosáceas ó blancas que se cierran y caen en el momento que las hiere el sol.

Madama Lauter vió por el contrario que se secaban y palidecían; en vano fué que las prodigase los cuidados mas prolijos. Sin duda alguna hubieron de ceder al esmero que ponía Modesta todas las mañanas en verter sobre ellas agua hirviendo.

Madama Lauter no se quejó y fingió creer que habían hecho los gatos un daño que Modesta hacía recaer en ellos.

Madama Lauter no quería dar en casa de su hermano ni causa ni pretexto para que hubiera el menor disgusto ni desavenencia.

M. Chaumier se hallaba además tan acostumbrado á Modesta, que si le hubiera sido preciso optar entre ella y su hermana, todo cuanto podremos decir en obsequio de su fraternal amor es, que se hubiera visto muy irresoluto.

Madama Lauter se contemplaba por muy feliz cuando recaía en ella sola todo el mal humor de la doméstica, y libraba de él á Genoveva, que quizá no hubiera llegado á sufrirlo, porque ignoraba las causas de la resignación de su madre, y de todos modos hubiera tenido un grave disgusto. Era preciso atraer

hacia sus hijos el afecto y la proteccion de M. Chaumier.

La manera que habia tenido Madama Lauter de colocar su reducida fortuna, iba destruyendo el capital, y en muriendo ella, no les quedaban á Leon y Genoveva otros recursos que su educacion, y el afecto que M. Chaumier pudiera profesarles.

Así que, no desperdiciaba ocasion alguna para ponerse bien en el ánimo de Modesta. No perdía ocasion alguna de rendir homenaje á sus conocimientos culinarios. No se pasaba comida alguna sin que obtuviese por lo menos un plato mil y mil palabras de encomio: ¡estaba tan en su punto el asado!... ó tenia la crema un perfume tan original, que únicamente Modesta sabia dárselo, y cuyo secreto era preciso la descubriese, etc., etc.

Modesta recibia con gusto tales elogios, pero sin reconocimiento alguno, y de la propia suerte que reciben los gatos las caricias de su amo, creia que madama Lauter prorumpia en aquellas alabanzas sin ser dueña de reprimirse; que no las prodigaba sino porque le era imposible dejar de concederlas; y semejante proceder, lejos de atraerla, no hacia sino acrecer la excelente opinion que de sí propia tenia, y por consecuencia su indignacion al considerar el lugar y la influencia que la habia usurpado madama Lauter en casa de M. Chaumier.

M. Chaumier habia asignado á su hijo una pension suficiente para que pudiera vivir en Paris en una posicion regular.

Ocurriósela á madama Lauter que de no señalarle á su hijo una cantidad igual le hubiera causado un pesar, y que seria mucho peor separarlo de las diversiones y de las costumbres de su primo, cuyo afecto podria serle muy útil para en adelante.

Vendió por lo tanto algunas alhajas que la restaban para atender á este objeto, y Leon siguió viviendo

con Alberto bajo el pié de la mas estricta igualdad, de la propia suerte que Genoveva con Rosa.

Eseribiale de vez en cuando á Leon, recomendándole que *trabajara*, con una insistencia que ella creia muy significativa, pero en la que Leon no veia otra cosa que uno de esos lugares comunes que llenan las cartas de los padres.

Estudiaba el derecho de la propia suerte que Alberto, y casi poco mas ó menos que la mitad de los estudiantes, dando treguas á que trascurriese el tiempo consagrado á este estudio, para una vez trascurrido, ser considerado como doctor.

No se ocupaba con cuidado sino de su voz que era bellísima, y de su violin, para el cual desplegaba un talento especial.

En cuanto á Alberto, se le hallaba en todas partes, en el teatro, en los paseos, y en todos cuantos parajes habia alguna probabilidad de divertirse.

## XV.

Alberto y Leon comian los domingos con la familia á que habian sido recomendados por M. Chaumier. Alberto sobre todo era muy exacto hacia algun tiempo, no dejando escapar ocasion alguna que se le presentase de ir en medio de la semana.

El objeto de aquella asiduidad era cierta belleza, prima de M. de Redeuil, que habia ido á pasar algunos meses en su compañía, en tanto que su marido daba la vuelta de un viaje.

Rodolfo de Redeuil, el hijo del dueño de la casa, no prestaba menos atención que Alberto á los encantos de su bella huéspedea, no perdonando medio alguno de manifestarla su admiracion.

En la mesa, madama Haraldsen se ballaba naturalmente sentada cerca de M. de Redeuil.

Alberto, en su calidad de estraño, se colocaba frente á ella y al lado de la señora de la casa. Rodolfo ocupaba la derecha de su bella prima. El era quien la ponía de beber, y quien departía con ella; pero ella no podia alzar los ojos sin hallarse con los de Alberto.

Un dia bailando la oprimió Alberto ligeramente la mano; ella hizo como que no se habia apercibido de ello; pero inmediatamente su conversacion fué mas general y mas insignificante con su pareja, no haciendo mas, cuando lo exigía la figura, que colocar su mano sobre la de Alberto con un aire tan marcado de indiferencia y aun casi de desden, que no le dejó ganas de volver á hacerlo.

Confiábale á Leon sus amores, sus esperanzas, sus temores, sus contrariedades y sus impulsos de odio hacia Rodolfo.

Todas las noches acompañaba á las señoras al teatro, y todas las noches habia de haber alguna circunstancia mas ó menos insignificante que le hiciera volver ébrio de alegría, ó furioso y desesperado.

Los guantes, los carruajes y los billetes de las funciones absorbían su peculio todo, y parte del de Leon, que es e'le prestaba.

Un dia al volver abrazó á Leon, exclamando:

—¡Oh amigo mio! ¡mi querido Leon! ¡Oh! ¡gracias á Dios que ya puedo participarte mi ventura! ¡Ya era tiempo de que te encontrase, porque la felicidad me ahoga! ¡Octavia me ama, amigo querido! ¡Octavia me ama!...

—¿Y quién es esa Octavia? interrogó Leon.

—Octavia es madama Haraldsen, contestó Alberto, y madama Haraldsen es la prima de M. de Redeuil.

Estaba desesperado, continuó Alberto. Habíamos vuelto del paseo en el carruaje de M. de Redeuil. Rodolfo venia á caballo, ya sabes lo magnifico que es un caballo; montaba Rodolfo con una gentileza nunca vista en él; hacia bailar á su caballo y no perdonaba ninguno de esos detalles, que si bien ligeros, son tan necesarios para cultivarse la atencion de una mujer. El caballo, tan adiestrado como lo tiene, desempeñaba su cometido á las mil maravillas, amagando con la mayor perfeccion encabritarse formalmente, aun cuando el ginece, tanto como el bruto, tuviera perfecta seguridad de que no lo haria.

Obligado á desempeñar un papel accesorio, me recosté en uno de los rincones del coche pretestando que me dolia estraordinariamente la cabeza, y que sufria bastante.

Al llegar á la casa, la presenté la mano para que descendiera del carruaje, y entonces me dijo con tanta dulzura que me hizo estremecer:

—¿Cómo se encuentra V., Alberto?

Con lo cual volví á sentirme inmediatamente en posesion de todo mi buen humor. En la mesa nos hizo Rodolfo el obsequio de ponerse tan en ridiculo, hablando tanto y tanto de su caballo y de sus propios talentos ecuestres, que destruyó el efecto que uno y otros pudieron haber producido.

Yo seguia con deliciosa solicitud los mas leves movimientos de Octavia. Pero en vano se obstinaban mis ojos en querer encontrarse con sus miradas. Habia estendido las piernas por debajo de la mesa, cuando de súbito senti el contacto de su delicado pié en el mio: la respiracion se me contuvo en el pecho. Un

movimiento superior á mi voluntad me impelia á oprimir aquel pié, y no obstante me abstenia con todo mi esfuerzo.

Preguntábame si seria posible que no sintiese ella mi pié, de la propia suerte que sentia yo el suyo, é interrogaba su fisonomía. Nada habia perdido de su tranquilidad y de su calma.

Atrevíme entonces á oprimir con dulzura el pié que tocaba al mio; levantó la cabeza con estrañeza y retiró bruscamente su pié. Yo habia retirado el mio mas veloz que ella, sintiéndome pálido y tembloroso. No obstante, me puse muy pronto sobre mí; habia dado un gran paso.

Aun cuando hubiese sido mal recibida mi *declaracion*, ya estaba hecha; me hallaba en situacion idéntica á la de un cobarde que ha cruzado ya el acero con su enemigo.

La presencia del peligro me prestó ánimo, y, parte por resolucion, parte por obedecer á un poder que me subyugaba, dejé que mi pié buscara al suyo. No tardé en hallarlo; pero ¡cuál no fué mi sorpresa el observar que no lo retiraba!

Esta vez, hallándose como se hallaba advertida por mi audacia, que tanto me habia asustado á mi propio, no lo retiró. Apreté y me contestó; toda mi alma descendió á mi pié. Hicléronme dos ó tres preguntas, á las cuales contesté con otros tantos despropósitos; tan distraido y preocupado me hallaba.

Concluida la comida abandonamos la mesa; mi felicidad no conocia otra alguna que se la pudiera igualar; no por esto queria mas á Rodolfo; sin embargo, dirigile la palabra amistosamente, en expiacion del movimiento de ódio que me habia inspirado, y en seguida corri á buscarte para referírtelo todo.

—¡Es singular! exclamó Leon, no conocemos el mundo sino por las novelas y en las novelas; las mujeres en amor siguen muy diferente programa. Nunca he

visto en las novelas que heroína alguna haya recibido declaración semejante, y sobre todo que haya respondido á ella, y es que sin duda las novelas nos han engañado.

Llegaron las vacaciones; á Leon nada le interesaba tanto como el tomar al momento la vuelta para Fontainebleau.

En cuanto á Alberto, buscó un pretexto para permanecer aun algunos dias mas en Paris.

Comia casi diariamente en casa de M. de Redeuil, y durante toda la comida sentia aquel divino pié sobre el suyo.

Al propio tiempo que saboreaba su dicha no podia menos de admirarse del profundo disimulo de madama Haraldsen, cuya fisonomia no revelaba emocion alguna, y que alternaba con la mayor sangre fria en las conversaciones mas insignificantes y distintas.

Alberto no se atrevia á ambicionar mas; asustábale cualquiera cambio en su situacion. Comprendia no obstante que no podia pasarse el resto de su vida oprimiendo solo el pié de madama Haraldsen, y que ella misma debía hallar esto sumamente ridiculo; á cada momento tomaba una resolucion formal, y despues de comer la seguia al salon; pero madama Haraldsen parecia poner un extremo cuidado en evitar toda conversacion particular con él, y Alberto se daba por muy satisfecho con no verse en la precision de gastar todo cuanto valor habia reunido, y con poder decirse por las noches al volverse á su casa:

—¡No ha estado en mí la falta!

Empero M. de Redeuil y su familia iban á partir para el campo, y todo iba á perderse si Alberto no conseguia de Octavia que diese un paso mas, que le escribiese ó que consintiese en que, por cualquiera medio que fuese, pudiera hacer por hallarse presente á su memoria, en tanto duraba aquella separacion, que lo seria por lo menos de algunos meses, y aun quizá

eterna, si su marido volvía antes de que finase la estación.

Durante algún tiempo experimentó Alberto gran contento con aquella marcha; no había razón alguna para que frecuentase menos la casa de M. de Redeuil en el campo de lo que la frecuentaba en París.

La permanencia en el campo concede mayor familiaridad, facilita con más frecuencia ocasiones de hallarse á solas, predisponiendo el alma para las emociones todas del amor.

Por lo que respecta á este último punto, no estaba Alberto muy en autos.

¿Mas qué no fué lo que pasó por él, cuando en la mesa le dijo madama de Redeuil:

—Dentro de tres días nos marchamos. Muy poco es lo que vamos á divertirnos este año en el campo; la enfermedad del padre de M. de Redeuil, que allá vive retirado, nos privará de recibir á nuestros amigos; es un señor mayor desapacible y de no muy buen talante, y que no podría dominarse hasta el punto de dejar de brindar con muy mala acogida á cuantas caras nuevas se presentasen; ¡oh! y sobre todo á quienes profesa profunda aversion es á los jóvenes, en particular á los amigos de Rodolfo.

Alberto sintió que le faltaban las fuerzas; oscurecióle la vista una espesa nube; el edificio todo de su felicidad y de sus más gratas ilusiones se desplomaba en el momento de ir á terminarla.

¡Cuatro meses de ausencia! ¡y de una ausencia de que sabría aprovecharse muy bien Rodolfo!

Miró á Octavia; vióla hablando con suma gravedad á su primo M. de Redeuil de los trajes que pensaba llevar; pero la presión de su pié atestiguaba suficientemente al pobre Alberto que participaba del disgusto de este contratiempo.

Alberto detestaba á Rodolfo y le atribuía todos cuantos contratiempos alcanzaba; siempre nos cuesta

trabajo dejar de creer que las personas felices lo son á nuestras espensas, y que han añadido á su parte de dicha aquella que nos han arrebatado de la nuestra.

Así que, cuando al día siguiente vino Rodolfo al salón, pocos momentos antes de comer, con la fisonomía alterada y una carta en la mano, á suplicar á Alberto que le acompañase en cierto paso que tenía que dar, este, cediendo al deseo de no separarse de madama Haraldsen, y á la satisfacción aunque leve, de hacerse desagradable á Rodolfo, le respondió que se sentía fatigado, y que no saldría de allí aun cuando le valiera 200.000 francos.

Mirólo Rodolfo estupefacto y se marchó solo; Alberto creyó entrever asimismo algún signo de estrañeza en el semblante de Octavia, que había oído su breve coloquio, y durante la comida fué en vano que buscara su pié, no lo pudo encontrar; opinó que se hallaría, si no ofendida, por lo menos alarmada por la obstinación que había mostrado de no separarse de ella, y que de aquella suerte le castigaba por su falta de cuidado en evitar toda exterioridad que pudiera comprometerla.

Al levantarse de la mesa, la ofreció el brazo para pasar al salón, y la dijo en el tránsito:

—Puede V. creer que si hubiera sabido que la desagradaba...

Madama Haraldsen le miró con extraordinaria sorpresa; llegaron las demás personas y se encontraron separados.

Alberto, en lugar de probar una segunda tentativa para hablar á Octavia, creyó que á su vez debía manifestar algún descontento, y se sentó en un rincón del salón, no volviendo á desplegar sus labios en toda la noche.

El día siguiente era el anterior á la partida para

el campo. Rodolfo dijo que no marcharía sino de allí á algunos días, y Alberto espresó que él pensaba hacerlo inmediatamente á Fontainebleau.

Tropezóse entonces su pié con el de Octavia, y nunca el diálogo de ambos pies habia sido tan tierno ni se habian visto espresadas en él tantas y tantas cosas.

No obstante, le fué imposible acercarse á ella en todo el resto del día; por la noche no le fué dado conciliar el sueño, y escribió una quincena de cartas que fué desgarrando sucesivamente.

A la última solo la cupo en suerte el ser conservada intacta.

Acostóse ya casi de día, se levantó dos horas despues, volvió á leer la carta, la dobló y la cerró; pero no tenia á la sazón sino un sello con el busto de Julio César, y no le pareció bastante significativo; acordóse entonces de que poseia uno (sello comun y vulgar si los hay) en el cual se hallaba grabado: «Respondedme pronto,» el cual le ofrecia la doble ventaja de recomendar una cosa que se habia olvidado de espresar en la carta.

Empero, el maldito sello no parecia; y fué tanto el tiempo que invirtió en encontrarlo, que cuando lo halló miró al reloj y se apercibió de que ya era pasada, hacia largo espacio, la hora de partida de la familia de Redeuil, no habiendo por lo tanto medio alguno de hacer llegar á sus manos la carta.

## XVI.

Alberto resolvió su partida para Fontainebleau. Aun cuando nada hubiese cambiado en la apariencia en casa de M. de Chaumier, se habían verificado posteriormente á la marcha de los dos jóvenes grandes revoluciones en los corazones y en los ánimos.

Genoveva tomó por casualidad una mañana un libro en el cuarto de su hermano, y llegaron á interesarle hasta tal punto las primeras páginas, que corrió á ocultarse bajo los árboles para acabarlas de recorrer.

No tardó mucho en pararse y olvidarse de volver la hoja; leía dentro de sí misma un libro, hasta entonces desconocido, cuyo lenguaje y cuya clave acababa de serle revelada por una palabra sola de aquel otro en que ya no leía: sus ojos permanecieron fijos, y enteramente preocupada con su contemplación interior, no la quedó ya vista para las cosas exteriores. Asistía en sí misma á un grande, á un espléndido espectáculo, al desarrollo del corazón.

Entonces, por la vez primera, comprendió la tristeza vaga y sin objeto que tan'tas veces se apoderaba de ella; la inquietud que la hacía ir incesantemente del jardín á la casa y de la casa al jardín; el melancólico encanto que experimentaba al ver enrojecerse las hojas de la parra y amarillear las de las acacias, su facilidad en verter abundosas lágrimas con el mas leve pretesto, lágrimas que corría á ocultar en su apo-

sento, porque sentia, sin comprenderlo, que aquellas lágrimas provenian de un lugar de su corazon demasiado profundo para que ella pudiera fijarse en la causa que la hacia llorar.

Ahora comprende ya por qué hay alguno a quien evita para pensar con mas libertad en éi; por qué, cuando se halla él presente, ni se atreve á hablar ni á callar; se ruboriza al hablar de una flor ó de una cinta, porque teme á cada instante que su voz deje entrever un secreto que la es ignoto á ella misma, pero que lo siente dentro del pecho; sabe esplicarse aquella sonrisa afectada en que se refugia contra los peligros del silencio ó de un dulce y agradable coloquio, y comprende aquella *asperidad* que sin querer le mostraba algunas veces.

Hasta ahora no ha conocido su corazon sino la existencia incompleta y las groseras sensaciones de la larva y de la crisálida; pero hé aquí ya á la mariposa que se agita en su cárcel de seda, y un rayo de sol, una mirada de amor, vá á ponerla en libertad, vá á sacudir sus alas plegadas y húmedas, á abrirse como una flor, y á elevarse al cielo abandonando sus miserables despojos, sus harapos de invierno, sobre el suelo en que nunca mas volverá á posarse.

Pero cuando se levantaron en la casa y entró Modesta en el jardin á coger anagalidas para los pájaros, ocultó el libro bajo el delantal con un movimiento rápido é irreflexivo.

Aquel libro, impreso hacia mas de cien años, se le figuraba que era un confidente que podia revelar á todo el mundo sus mas secretos y confusos pensamientos, de la propia suerte que acaba de revelárselos á ella misma.

Dejó á Leon que le buscara, sin quererle decir que habia sido ella quien le habia cogido; pensaba volverle á colocar en su sitio; pero pasado algun tiempo, volvió á leerlo y ya no se atrevió; experimentaba, al fi-

gurarse que podía leerlo alguien despues que ella, una sensacion de pudor y de vergüenza semejante á la que la hubiera producido la idea de que la pudiera ver alguien al salir del baño.

Leon comprendia que Rosa era demasiado jóven para su edad; reprendíala de sus puerilidades, y solia traerle todo el dia de mal humor el que hubiese tenido muy poco juicio *la niña* durante toda la mañana.

Pero ella no hacia caso alguno de de sus repreciones, ni le respondia de otro modo que con una carcajada, aunque algunas veces sí le solia decir:

—¿Se necesita acaso, primo Leon, que esté con tanto gesto como tú ayer, y que arrugue de la propia manera que tú los ojos?

Rosa jugaba con él lo mismo que con Genoveva.

Un dia la dijo Leon:

—Rosa, no tenemos precision de tutearnos, ni hay tampoco necesidad alguna de que juguemos con la libertad que lo hacíamos siendo tú una niña.

Al dia siguiente le dijo Rosa con la mayor gravedad:

—Muy buenos dias, señor Leon, ¿cómo lo pasa usted?

Cogióla entonces Leon, la sentó sobre sus rodillas y la abrazó, diciéndola:

—Rosa, no parece sino que estamos reñidos: tuteémonos.

Poco despues quiso salir; empero Rosa le manifestó que no podía ser, porque necesitaba de él para ir á paseo.

Leon cedió al pronto con gusto; pero cuando supo que aquel paseo tenia por objeto el ir á jugar á las cuatro esquinas con otras muchachas, le preguntó á Rosa si habia de ser siempre una niña, y si no fuera mejor que se pasease como en su sexo estaba bien lo hiciera ya á su edad; si no hallaba diversion suficiente

en contemplar las bellísimas tiendas verdes que forman los árboles, y el sol que se desliza á través de las hojas; y en respirar la frescura y los perfumes de la yerba y de las flores.

Después le pareció que carecía de sentido común, y se levantó para salir.

Detúvole Rosa, y le dijo:

—Querido Leon, no te vayas, porque si no, no nos dejarán salir ni á Genoveva ni á mí.

—Me es de absoluta precision el mareharme.

—¡Oh, no señor; pues no saldrá usted!

Y echó á correr con su sombrero, yendo á esconderlo, y negándose obstinadamente á devolvérselo.

Leon subió á su cuarto, y se encerró por dentro; pero se preguntó á sí mismo por qué habian de ponerle de tan mal humor los juegos de una niña, é inmediatamente volvió á bajar, resignado á hacer cuanto ella quisiese, y hasta á jugar á las cuatro esquinas, si es que se lo exigia.

Leon se hallaba á la sazón en esa edad en que no se está aun bastante seguro de no ser un niño para resolverse á hacer algunas veces de tal.

De pronto sobrevino una tempestad, llovió, y no salieron.

Durante la comida diéronle mil bromas á Alberto acerca de su preocupacion. Leon le dijo que debía olvidarse de *las hermosas damas* de Paris al hallarse al lado de su hermana y de su prima. Genoveva se puso encendidísima, y se bajó en busca de una cosa que no se la habia caído.

Después de comer no hallaron distraccion que les complaciera mas que la de la música. Leon habia llegado á ser ya un maestro en el violin, y lo tocaba con tal espresion, con gusto tan delicado, que hasta llegó á conmover á la misma Rosa.

Las dos jóvenes, á quienes daba leccion el propio

maestro, se sentaron á su vez al piano. Madama Lauter la dijo entonces á Genoveva:

—Cántanos aquella romanza que tanto me gusta y á que das tanta espresion.

Genoveva se acordaba tan perfectamente de la romanza, que se puso encarnada como una cereza, y dijo que no la recordaba.

—Pero, insistió madama Lauter, si esta mañana misma la has cantado, y hace un mes que no cantas otra cosa... si es aquella que comienza:

.....La dicha de volverse á ver.

Reptense palabras, encantos de la ausencia sobre aquel mismo césped sentados otra vez.

Genoveva se resistió cuanto pudo; se escusó con que no estaba en voz, con que desafinaba el piano; y era que hacia tres dias que comprendia Genoveva aquella romanza; y aquello mismo que tres dias antes era una romanza cualquiera, se habia convertido en la espresion de los sentimientos que acababa de descubrir en su pecho.

La mamá se incomodó; habló muy prolijamente de lo insoportable que es en algunas personas el defecto de hacerse rogar, lo cual podia pasar con justo motivo por una pretension; añadiendo que el agrado y la complacencia en ceder á dejarse oír compensaban la falta de talento; que hacer desear, ó por lo menos esperar mucho una cosa, la revestia de una importancia que daba derecho á los oyentes á que la juzgaran con severidad.

Semejante sermón disgustó en alto grado á Alberto, que se levantó y se marchó.

Genoveva se sintió entonces con mayor seguridad, y comenzó á cantar, acompañándose ella misma.

Brotaban de su voz vibraciones inusitadas, llegando á afectar tanto en la última estrofa, cuando dijo:

¡Qué acentos! ¡qué miradas!

que prorumpió de súbito en abundantes lágrimas, arrojándose en los brazos de su madre, que con Leon y Rosa no habia podido contener tampoco el llanto.

Madama Lauter, á la par que abrazaba á su hija, confesó que habia estado severa en demasia, y casi la pidió perdon.

Rosa, con los ojos arrasados en lágrimas, exclamó riendo:

—Perdóname, Genoveva: puedes estar segura de que no tardará en volverse á repetir esto, aunque no sea mas que para darte el gusto de que uses con ella de mayor severidad otra vez.

El placer de Leon no conoció limites al ver que Rosa lloraba y que dejaba entrever una sensibilidad que tanto desconfiaba existiese en su corazon.

## XVII.

En tanto Alberto componia versos elegiacos, que aconsejo á Vds. no lean, carisimos lectores: Modesta hacia su provision de pepinillos en vinagre, porque iba a la sazon corriendo el mes de Setiembre. En cuanto á M. Chaumier, todo cuanto acaccia en su casa pasaba para él desapercibido.

## XVIII.

M. Semler, maestro de primera educación de Alberto y de Leon, continuaba yendo á la casa en donde solia dar aun algunas lecciones á las dos jóvenes. *Se miraba*, como vulgarmente se dice, en sus dos antiguos discipulos, y con la mejor buena fé del mundo se atribuía sin escepcion alguna todos cuantos adelantos hacian, todos cuantos buenos resultados alcanzaban.

M. Semler en la vida habia comprendido ni una nota de música; con todo, cuando llovian aplausos sobre Leon, cuyos talentos para el violin hubieran satisfecho á un público mucho mas ilustrado que el de Fontainebleau, no podia menos de apropiarse para sí mismo una parte de aquellos aplausos; inclinabase para dar gracias, y muchas veces llegaba hasta el punto de ruborizarse algun tanto: lo propio acaecia cuando oia decir que sus discipulos se presentaban bien, ó que saludaban con gracia, ó cuando se hablaba del elegante coste de sus ropas.

Se presentaba á oír pacientemente á M. Chaumier; desempeñaba algunos encargos de madama Lauter, que, por razones que ya espuestas llevamos, no podia confiárselos á su hermano; daba el brazo á las dos jóvenes, que sin él no hubieran podido pasearse nunca ni en el campo ni en el bosque; y Rosa se complacia en hacerle tener, con ambos brazos, las madejas de lana interin las devanaba.

Ordinariamente comia tambien en casa de M. Chaumier.

Llegó un dia un poco antes de la hora de comer, y refirió entre otras cosas que acaba de encontrar en la ciudad á un jóven agraciado, cuyo caballo aparentaba alguna fatiga que el espresado jóven le habia suplicado á él, á Semler, que se sirviera encaminarlo á una buena posada, lo que él, Semler, se apresuró á ejecutar; despues de lo cual hubo de preguntarle el jóven si conocia á M. Chaumier.

M. Semler le contestó que le cabia tamaña honra, y que además en aquel momento se dirigia á comer á su casa, como solia hacerlo con bastante frecuencia; el desconocido le preguntaba entonces si se hallaba M. Alberto en casa, despues de lo cual dió gracias por todo á M. Semler con la mayor finura, y se entró en la posada.

—Y, preguntó Alberto, ¿á qué posada lo ha dirigido usted?

—Lo he dirigido, respondió M. Semler, á una que hay frente por frente de palacio.

Durante una corta estancia que hizo el emperador en Fontainebleau, se alojó en ella el cardenal T..., que venia á cumplimentarle.

—¿Y qué señas tiene ese jóven? interrogó Alberto.

—Muy bien vestido y perfectamente educado.

El cardenal se apeó en dicha posada con todo su séquito, cambió de traje, y se dirigió á palacio.

—Su caballo debe ser alazan tostado.

—Yo no sé cómo es un caballo alazan tostado; no es ni blanco, ni negro; es como si dijéramos un caballo así como rojo.

Despues de su audiencia, el aposentador de palacio...

—¡No hay duda! exclamó Alberto, ¡es Rodolfo!

—¿Quién es ese Rodolfo? preguntó M. Chaumier.

—Rodolfo de Redeuil, el hijo de tus amigos.

En aquel momento entró Modesta diciendo que un criado de la posada traía una carta para el señorito Alberto.

Aquella carta era efectivamente de Rodolfo, que suplicaba á Alberto se fuese á comer con él á la posada, en la que le explicaria las causas de su viaje á Fontainebleau.

Alberto tomó el sombrero, dijo que no volveria á comer, y salió.

Rosa abandonó el salon.

—El aposentador de palacio, continuó M. Semler, advirtió entonces al cardenal que podia disponer en palacio de una habitacion que tenia señalada para él y su séquito; entonces S. Em. mandó que hicieran trasportar su equipaje de la posada á palacio; volvieron á decirle al cardenal que se habia promovido un altercado entre el posadero y su mayordomo, porque el posadero pedia trescientos francos por una taza de caldo que habia tomado S. Em. El aposentador, testigo de la admiracion del cardenal, insistió mucho en averiguar la causa, y corrió á referirle la anécdota al emperador.

A esta sazon avisaron que estaba ya la sopa en la mesa; pero Rosa no se hallaba vestida aun; y para esperar á que lo estuviera se fueron á dar una vuelta por el jardin.

Leon entró á este tiempo; M. Semler se asió de él, y continuó la historia que habia empezado á referir á los demás.

—El emperador se irritó extraordinariamente, y mandó que se cerrase la posada y se echase la casa abajo; al fin á duras penas pudieron obtener gracia para la casa; pero la posada quedó cerrada, y no volvió á abrirse sino mucho tiempo despues.

—¿Pero qué diablos me está V. ahí contando, M. Semler? prorumpió Leon.

—Le refiero á V., contestó M. Semler, la historia de la posada á que he dirigido á ese jóven.

—¿A qué jóven?

Rosa bajó á este tiempo; habia cambiado de vestido y se habia afeitado el pelo.

—¿Qué es esto, Rosa? exclamó Leon, ¿cómo es que te hallo vestida con tal esmero?

—Es, replicó M. Semler, que esta tarde tendremos probablemente una visita. Un jóven muy agraciado y muy rico, hijo de unos amigos de su señor tío de usted, M. Rodolfo de Redeuil.

—¡Ah! exclamó Leon con indiferencia.

—Ya creia, dijo madama Lauter, que era amigo tuyo.

—Le he tratado muy poco; Alberto es quien lo veia con mucha frecuencia en Paris.

Y se sentaron á la mesa; pero sin saber por qué, mostrábase Leon silencioso y mal humorado. La llegada de un parisien y de un extraño le parecia que iba á destruir la dulce intimidad de la familia y del campo; aquel esmero en el traje de Rosa le hacia daño, y aunque sentado al lado de ella en la mesa, no la dirigió ni una vez sola la palabra, contra su costumbre.

Preguntábase á sí mismo la causa de hallarse tan grave, y qué especie de interés era el que se tomaba por cuanto á su alrededor acaecia, que de tal suerte atormentaba su espíritu y oscurecia su imaginacion. Pareciale que se estaba poniendo completamente en ridículo, y se decia que era preciso que hablase á Rosa.

Pero en el momento de entreabrir los labios, se apercibia de que no hallaba nada que decirle; se afanaba por hallar algo, y solo encontraba alguna observacion nada galante, ó bien se dejaba oír algun

ruido por la parte de afuera, y Rosa se volvía á mirar hacia la puerta.

Genoveva observaba á su hermano, esforzandose por adivinar la causa de su silencio.

Pasóse de esta suerte la comida, y M. Chaumier atribuyendo aquella tristeza á la ausencia de Alberto, dijo que no era de su mayor agrado el que se hubiese marchado de aquella suerte el señor Alberto á la hora de comer, y que hubiera sido muy mas regular el marchar en busca de M. de Redeuil y traérselo á comer á su casa, que no el irse á comer con él en la posada.

Modesta tomó la palabra y replicó que su comida no permitía convidar á un caballero como M. de Redeuil, porque cuando haya convidados debe prevenirse con antelacion.

En tanto que tomaban el café entró Alberto y presentó á Rodolfo á la familia.

Leon y Rodolfo se saludaron con la mayor cortesania y cambiaron algunas palabras.

M. Chaumier comenzó á pedir nuevas acerca de su amigo; observando al propio tiempo que *hallaba crecido* á Rodolfo.

Modesta sirvió el café en una cafetera de plata que por lo regular nunca salia á relucir y encendió dos bujías mas.

Rodolfo esplicó á Alberto durante la comida el objeto de su viaje á Fontainebleau; habia perdido una suma al juego, y para sacarle á su padre la cantidad que tenia que pagar, se vió en la precision de simular un viaje por convenir así á sus estudios; necesitaba por lo tanto permanecer algun tiempo de incógnito en Paris, y en semejante caso nada hubo de parecerle preferible á irse á pasar algunos dias á Fontainebleau.

Todas las tardes solian consagrarlas á la música, pero aquella no consintió Leon en tomar su violin ni en cantar.

Madama Lauter acompañó sucesivamente á su sobrina y á su hijø; Rodolfo las hizo mil elogios, y habló muy estensamente de la ópera; estuvo amable y obsequioso con todos, no olvidándose ni aun de dar mil gracias á M. Semler por la posada á donde lo habia dirigido.

—Caballero, le respondió M. Semler, durante una corta estancia que hizo el emperador en Fontainebleau, el cardenal C... que venia á cumplimentarle... y gracias á la finura de Rodolfo, pudo esta vez M. Semler referir la anécdota toda entera y sin interrupcion alguna.

## XIX.

Al dia siguiente por la mañana muy temprano se encontraron Leon y Rosa en el jardin.

—¡Ah! ¡usted por aquí, caballero! exclamó Rosa. ¿Se dignará usted hoy dirigirme la palabra, y decirme sobre todo qué era lo que le puso á usted ayer tan lúgubre y tan feo?

—Al contrario, Rosa, respondió Leon, tú eras la que estabas muy preocupada y la que no me hacias mas caso que si no nos hubiéramos visto nunca.

—Le hacia á usted tanto, le objetó Rosa, que podria irle describiendo uno en pos de otro todos los gestos poco agradables con que embelleció usted la

reunion: así es que por fuerza le ha pasado á usted algo, y que lo exijo me lo confiese todo.

Leon no respondió. Abrazóle Rosa y le dijo:

—¡Oh! ya se yo qué es lo que tú tienes; estás enfadado conmigo.

—Es cierto, contestó Leon, queria reñirte; porque ¿á qué venia el conmoverte y el azorarte tanto por la llegada de un extraño? ¿A qué aquel cambio de traje cuando mi madre y mi hermana seguian con el que llevan ordinariamente. ¿Es por ventura alguna fiesta solemne el que venga alguno á trastornar de semejante modo nuestros hábitos y nuestros pasatiempos nocturnos? Ayer, cuando á tu vez te tocó cantar, te pusiste encendida y pálida á la vez, y no habia seguridad alguna en tu voz. Es evidente que experimentabas algun disgusto, algun malestar, en tanto que las demás noches que nos hallamos solos, cantas con una voz diáfana y segura y no experimentas el menor disgusto; y mira tú, Rosa, aun cuando M. de Redeuil te hizo mil cumplidos, estuviste muy lejos de cantar ayer con la perfeccion de costumbre.

—Siempre tienes razon, Leon, contestó Rosa; pero encierra la imaginacion de las mujeres mil cosas que nunca alcanzáis á comprender. A ti y á Genoveva y á mi hermano, os pareceria, no era otro mi deseo que el de parecerle agraciada á ese caballero. Hace algunos dias oi hablar entre mujeres con mil encomios de ti, y me alegré extraordinariamente. Además tenia un vestido que aun no habia estrenado por falta de ocasion. Ese caballero era un excelente pretexto, y me aproveché de él. Sin él tal vez me lo hubiera puesto mañana para recibir á M. Semler.

—Perdóname mis importunidades, querida Rosa; pero mira, me hallo tan feliz en medió de vosotros todos, que quisiera hacer levantar cien pies mas altas las tapias del jardin, para que no entrase aquí nadie en la vida. Te juro que fuera de aquí no tengo afec-

cion alguna; os amo con todas las fuerzas de mi alma y consentiria de toda voluntad en no ver nunca á nadie sino á vosotros. ¡Oh! puedes creerme, nunca serás tan feliz como lo eres en este mismo instante; aquí todos te quieren con un vivo y sincero afecto; tú eres aquí la niña por todos querida, y te hallas al abrigo de todos los disgustos y de las perfidias todas: Rosa, no nos abandones, ni dejes á tu imaginacion que vuela por otros espacios, en los cuales habrás de verte, de la propia suerte que el infeliz pájaro sin plumas aun, á quien ha lanzado el viento fuera de su nido.

Rosa escuchaba á Leon, bien que no le comprendiera completamente. Así que, despues de haberlo abrazado, le dijo:

—M. de Redeuil come hoy en casa: ¿te incomodarás si me compongo un poco?

—Pero, querida mia, ¿acaso no te vistes todos los dias? ¿Acaso no te compones para nosotros? Nunca observo que te falte nada; pero en fin, si es tu gusto, preciso será dartele completo: nunca hallarás á nadie mas dispuesto que yo á admirarte; y si tal es tu voluntad, para que mi admiracion, hallándose mas aleccionada, se convierta tambien en mas halagüena, pondré cuidado en observar y en estudiar todo cuanto constituye el adorno de las mujeres; y conseguiré el ser para tí en poco tiempo un juez tan recomendable como imponente por su ciencia y por su severidad.

## XX.

Rodolfo permaneció solo unos dias en Fontainebleau, y Leon no volvió á recobrar su alegría sino despues que se hubo ido. Lo restante de las vacaciones se pasó en la calma ordinaria, si en ello no se cuenta que vino Rolland con licencia, y que hubo de aparecer demasiado pequeña la casa para recibirlo. Modesta sintió con este motivo un violento despecho, al ver que ya no podíá seguir mostrándose á los ojos de su marido circundada de igual aureola de grandeza y de poder.

Todo su despecho recayó sobre madama Lauter y sus hijos, á quienes perseguia todos los dias con nuevos chismes; pero chismes preparados siempre con la mas mala intencion, porque Modesta sabia perfectamente que, si bien M. Chaumier se halla rebosando en amor é indulgencia para con los negros de lejanas tierras, era en su propia casa, respecto de los blancos, un amo severo é inflexible. Por otra parte, manifestaba una dureza y una resignacion madama Lauter en todo cuanto hacia, que era punto menos que imposible el oponérsela.

Desde la ausencia de su marido, se había quedado la pobre mujer entregada á la mas profunda melancolía. En un solo dia habia desaparecido como un sueño su coqueteria, su deseo de agradar y de ser envidiada, y muchas veces solia tambien preguntarse á si misma en qué habia venido á parar otro sueño mucho mas corto, su amor hácia Stoltz, tan inferior á su ma-

rido bajo todos conceptos; Stoltz que habia labrado su desgracia, y gracias al que no habian conocido sus hijos á su padre, victima de los golpes del amante de su madre, ó condenado á un destierro forzoso por haber matado á aquel mismo amante.

Cuando daba acceso á semejantes recuerdos, se sentia destrozada por los remordimientos, y no hablaba á sus hijos ni recibia sus caricias ni las demostraciones de su cariño sino con una humildad digna de la mayor compasion.

Su vida no era otra cosa que una expiacion eterna y desgarradora. Muchas veces, cuando no guardaba Modesta con sus hijos las atenciones de que nunca se olvidaba para con los de M. Chaumier, sentia su corazon traspasado y se decia:

—A no ser por mi, á no ser por mi falta, estarian en casa de su padre, rodeados de criados, á quienes podria yo mandar con libertad completa, y á quienes obligaria á ser para con ellos dóciles y respetuosos.

La pobre Rosalía, por lo demás, se exageraba las mas de las veces las impertinencias de Modesta; pero las ocultaba con tantas precauciones y tan prudente timidez, que nadie la veia sino madama Lauter. Por lo que respecta á M. Chaumier, no se apercibia de la tristeza de su hermana ni del cambio que los dias, de la propia suerte que si fueran años, iban produciendo en su fisonomia y en su salud.

Cuando Leon y Alberto volvieron á Paris al concluir las vacaciones, se sentia enferma y muy debilitada; tanto, que al despedirse de Leon, le tuvo largo rato estrechado contra su pecho, concluyendo por prorumpir en amargo llanto:

## XXI.

Monsieur y madama de Redcuil no tardaron en volver de su escursion. Madama Haraldsen continuaba en su compañía. No intentaré bosquejar el arretrato de Alberto al saber su vuelta, que le fué noticiada por Rodolfo.

Ambos se fueron á pasear juntos para hacer hora de ir á comer á casa del padre de este último. Ambos jóvenes se estrecharon la mano con una espresion que no podia ser solo hija de la alegría de volverse á ver, puesto que no se habian separado sino el dia antes y muy entrada ya la noche.

—Amigo mio, exclamaba Rodolfo, hoy está el Luxemburgo deliciosísimo.

—¡Qué encanto tiene para mí el ruido de estas postreras hojas que vamos pisando!... prorumpia Alberto.

—¡Cuánta majestad y belleza ostentan los cisnes de los estanques! añadió Rodolfo.

—¡Qué sencilla y qué dulce es la alegría de esos niños!... replicaba Alberto.

Por último, su disposicion de ánimo era tal, que todo lo hallaban admirable y magnifico, hasta los veteranos que guardaban las puertas, y hasta los mercaderes ambulantes que recorrian el paseo.

Pasados algunos momentos exclamó Alberto:

—Oye, Rodolfo, tengo un secreto que necesito...

Pero al propio tiempo exclamó Rodolfo:

—Oye, Alberto, tengo un secreto que necesito confiarte; mi corazón rebosa hoy en tanta alegría, que no puede ya ser contenida en él. Además, ¿por qué he de tener secretos para contigo? ¿Acaso no eres mi mejor amigo? Antes de decirte lo feliz que soy, preciso será que te refiera cuál no ha sido mi malestar durante más de mes y medio, obligado como me he visto por una calaverada á permanecer ausente de mi casa; de mi casa, en donde se alberga mi dicha toda... ¿Qué es lo que ella habrá pensado? Habrá tomado mi ausencia por indiferencia ó por frialdad. Ya sabes, hablo de mi prima, de mi hermosa prima... de quien estoy enamorado como un loco, y á la que hoy vuelvo á ver. ¿Pero cómo he de gobernarme para disculpar mi ausencia? ¡Oh! bien que será tanta la felicidad que podrá leer en mi semblante, que esto solo será suficiente respuesta para todo.

—¿Pero, crees tú por ventura, le insinuó Alberto con la mayor turbación, que te dirigirá pregunta alguna acerca de ello?

—¡Oh! es que no te lo he dicho todo; también ella me ama; ¡amigo mío! ¡ella me ama!

—¿Cómo! ¿Acaso te lo ha dicho?

—Aun no, pero... y verdaderamente, ¿por qué no te lo he de confesar todo á ti?

Y Rodolfo estrechó la mano de Alberto, que no estrechó la de Rodolfo.

—¡Oh! sí, continuó, ¡me ama! ¡sí comprendieras tú cuál es la dicha que procura semejante certeza al corazón!... ¡Si supieras qué delicioso estremecimiento recorre el cuerpo todo cuando se siente debajo de la mesa la presión de su diminuto pie!

—¿Debajo de la mesa? exclamó Alberto.

—Sí, debajo de la mesa, todos los días, mientras comemos; era únicamente la hora para que vivía, y la sola esperada durante todas las demás.

—Pero, ¿y esó cuándo ha sido? le preguntó Alberto.

—Antes de que se marcharan este verano; y el día mismo de su partida estuvo su pié mucho mas expresivo, mucho mas amante que nunca.

Alberto, sintiéndose presa de un vértigo, se sostuvo contra un árbol; todo daba vueltas ante sus ojos; despues ya no vió nada...

Rodolfo continuó sin reparar en ello:

—Y es esta noche, dentro de un cuarto de hora, cuando la vuelvo á ver!...

Y continuó de la propia suerse durante un cuarto de hora, bosquejando un cuadro de la felicidad, que que era mucho mejor trazado aun por los celos de Alberto: porque tal es el agradable destino del hombre: nunca le parece tan grande felicidad alguna cuando él goza de ella, como cuando se la vé gozar á otro.

En medio de su aturdimiento se felicitaba Alberto de no haber sido el primero en hablar, porque aquello mismo es lo que él le hubiera referido á Rodolfo, si este no le hubiese interrumpido.

—Ya es hora, exclamó Rodolfo, de irnos encaminando hácia casa.

—Aun no, le contradijo Alberto.

—Iremos despacio, advirtió Rodolfo.

—Valdrá mas que pasemos otro poco.

—¡Oh! exclamó Rodolfo, ya ves que no será porque la vea de ese modo antes, sino porque siento uu no sé qué al ver que á cada momento voy estando mas y mas cerca de ella. Y tú, Alberto, añadió al propio tiempo que rompía á andar, ¿no me cuentas nada acerca de tus amores?

—No, le contestó Alberto; la mujer á quien yo amaba es indigna de todo amor: no merece sino el menosprecio, y nunca habré de pronunciar su nombre.

Y meditaba en la perfidia con que habia sido engañado.

Después se preguntó cuál de los dos había sido el engañado; y veinte veces durante el camino, tan insolente le parecía la dicha de Rodolfo, que estuvo á punto de destruirla por medio de una revelación semejante á la que acababa de hacerle tanto daño al pronto.

Primero opinó porque no debía volver á ver á madama Haraldsen; pero hubo de reflexionar en seguida que era una cosa tan extraordinaria la que acaecía, tal como la contaba Rodolfo, que allí por fuerza había alguna mala inteligencia; y por otra parte había de quedarse sin manifestarle á madama Haraldsen todo el menosprecio que sentía por ella; sin mostrarse alegre, feliz, desdeñoso, porque dejarla entrever lo que por ella sufría, hubiera sido ofrecerla un grato sacrificio de lágrimas, de sufrimientos y de insomnios.

Alberto fué muy bien recibido de M. y de madama de Redeuil. Saludó con frialdad á madama Haraldsen, que permaneció lo mismo que si no se hubiera percibido de ello.

Sentáronse á la mesa; Rodolfo estaba ébrio de alegría.

Alberto continuó desempeñando de la mejor suerte que pudo el papel que se había impuesto; refirió que se había divertido *extraordinariamente* durante las vacaciones; y hablaba de las mujeres cuanto mal podía.

Pero de súbito cesó de hablar, y su corazón de latir al sentir la presión de un pié sobre el suyo.

En un principio no respondió á esta presión: estaba demasiado indignado, y además ¿cómo no debía figurarse que madama Haraldsen hacía otro tanto con Rodolfo?

Pero muy corto fué el espacio que pudo obedecer á su resentimiento y respondió á todo cuanto le decía el pié que sentía sobre el suyo.

Por lo demás, madama Haraldsen, como otras ve-

ces, tomaba una parte muy activa en la conversacion, sin que cometiese distraccion alguna.

En vano se repetia Alberto todo cuanto acerca de ella habia pensado; parecia como entrever en favor de ella, aunque con alguna confusion, es cierto, una multitud de excusas y de esplicaciones que se reservaba poner en claro en momento mas oportuno.

Al llegar á los postres, pidio madama de Redeuil repetidas veces que sacasen no sé qué conserva, con que no supieron dar los criados.

Madama Haraldsen dijo que ella sabia en dónde estaba, y que iria á traerla.

Colocó la servilleta al lado del plato. Alberto entonces oprimió con mayor fuerza el pié; era un adios por algunos instantes. El pié respondió con una perfecta inteligencia.

Entonces madama Haraldsen se levantó; Alberto quedóse un poco admirado al seguir sintiendo aun su pié sobre el suyo; marchóse ella, y continuó sintiendo el pié todavia; anduvo ella diez pasos mas allá de la mesa, y el pié continuaba sin moverse; abrió ella la puerta del comedor, y sentia aun el pié; desapareció ella, y el pié no se movia.

Aquello era incomprendible. Dirigió la vista hácia el sitio que acababa de dejar madama Haraldsen, para ver si era cierto que habia partido, ó si era presa de alguna ilusion; halló los ojos de Rodolfo tan asombrados como los suyos, y el pié se retiró.

Y en efecto, aquel pié que con tanto cariño acariciaba Alberto, era el pié de Rodolfo; aquel pié que tan grandes trasportes procuraba á Rodolfo, era la bota de Alberto...

El primer día en que se encontraron aquellos dos pies, madama Haraldsen, fatigada de sentir perseguidos sus pies por el de Alberto, hubo de tomar el partido de retirarlos bajo su silla.

Alberto, buscándolos, tropezó con el de Rodolfo: Rodolfo, creyendo sentir el pié de su prima, la única persona que se hallaba sentada á su lado, respondió, y no de otra suerte fué como tuvo principio tan tierna correspondencia.

Alberto se retiró inmediatamente despues de levantarse de la mesa sin hablar á Rodolfo, que por su parte nada deseaba por lo pronto tanto como el evitarlo.

## XXII.

Una noche llamaron suavemente á la puerta de la habitacion de Leon. Abrió y entró un hombre, cuyo traje era estremadamente sencillo con relacion á su agradable y distinguida fisonomia.

—Caballero, le dijo á Leon, aquí tiene V. una carta que me ha sido entregada por error, y que viene dirigida á V.; no he querido diferir ni por un momento solo el que llegue á sus manos.

Hallábase Leon á la sazón fumando, y su reducido aposento se encontraba inundado de un gas espesísimo.

—Doy á V. mil gracias, le respondió Leon.

—V. ha de dispensarme, añadió el desconocido, pero tengo una pregunta que dirigirle; y en parte por no desaprovechar esta ocasion es por lo que yo mismo he venido á traerle á V. la carta. ¿Es V. quien toca el violin todas las tardes, y aun casi podré añadir todas las noches?

—¡Ah! comprendo perfectamente qué es lo que vá usted á decirme; es lo propio que me repiten por lo menos diez veces en cada día.

—¿No podría V. tocarlo á otra hora? ó bien, ¿le sería á V. igual dejar de tocarlo?

—No, caballero, objetó el desconocido, yo no vengo...

—A lo cual, añadió Leon sin escucharlo, no puedo asentir de modo alguno. Entre los vecinos es preciso que haya mucha tolerancia: ¿creen por ventura que no tengo yo que aguantar también? ¿No arma cada uno de por sí su ruido á cada cual mas desagradable, y no lo son todos ellos mucho mas que el que produce mi violin?

—Positivamente, caballero, y nada mas lejos de...

—¿No tiene por ventura la vecina de enfrente unos hijos que gritan y un marido que aturde con sus juramentos? ¿Tiene algo que echarme en cara el caballero de abajo? ¿Y los diversos pianos que me asedian, los tiene V. por divertidos?

—¡Oh! pienso enteramente del mismo modo que usted y...

—Así que, tocaré el violin porque necesito tocarlo.

—Pero, caballero, interpuso su interlocutor, si yo no vengo á decirle á V. que deje de tocarlo; al contrario, desearia que lo tocara V. aun mas á menudo; tiene V. talento nada comun para el espresado instrumento, y los vecinos que de tal se quejan son unos bestias. Esta suele ser la hora en que V. toca ordinariamente, ¿no es cierto, M. Lauter? porque yo creo que V. se llama M. Lauter.

Leon hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, mi querido M. Lauter, ya que es la hora en que V. suele tocar el violin, permitame usted

que me quede un momento en su compañía para disfrutar del placer de oírlo mas de cerca, sobre todo si toca V. cierta canción.

Y comenzó á gorjear las primeras notas.

—Dá la casualidad de que sé la letra, al menos tal lo creo.

—Soy feliz, contestó Leon, pudiendo serle á V. agradable con tan corto esfuerzo; así que tocaré todo cuanto á V. se le antoje.

—Pues bien: entonces V. me permitirá que baje á buscar tabaco un poco mejor del que V. fuma, y que haga subir una botella de cerveza.

—Soy alemán, caballero, tengo mi manera particular de oír la música, y no me desprendo con la mayor facilidad de ella.

—Vaya V. pues en busca de su tabaco; y lo que es cuanto á la cerveza puedo yo ofrecérsela.

Provisto ya de tabaco y llena de él su pipa, tendióse el incógnito personaje á todo su sabor en un espacioso sillón, vació el vaso, volvió á llenarle y lo colocó ante sí.

Entonces ejecutó Leon la canción que le indicó, y despues otras muchas mas.

Al cabo de algun tiempo volvió á suplicarle nuestro desconocido la canción del principio...

—Espere V. un poco, le dijo.

Y comenzó á cantar.

—¿Cómo es que sabe V., le preguntó Leon, una canción que no es de este país?

—Esta nos la enseñó mi madre á mi hermana y á mí.

—¿Tiene V. una hermana?

—Si señor.

—¿Acaso es alemana su señora madre de V?

—No, mi padre lo era.

—En efecto, su nombre de V. es aleman: ¿vive s  
señora madre de V. en Paris?

—No.

—¿Y V. en qué es en lo que se ocupa?

—¿Yo? en estudiar leyes y en tocar el violin.

—¿Y cuando haya V. concluido de estudiar leyes?

—Ignoro lo que haré; pero he oido decir á mi tio que le compraria un estudio de abogado á mi primo, y pienso que mi madre hará lo propio conmigo.

El desconocido le dió repetidissimas gracias á Leon, y al dia siguiente le mandó una provision de excelente tabaco, pidiéndote permiso para pasar tambien aquella noche en su compañía, debiendo partir al dia siguiente para un viaje.

—Creo, dijo al separarse de Leon, que no volveré en algunos meses; entonces tendré el mayor placer en volver á ver á V. Si por acaso llegara V á irse de esta habitacion, tenga V. la bondad de dejar advertido el lugar á donde se muda.

Estrechó la mano del jóven y partió.

A Leon hubó de parecerle algun tanto pregunton, porque le habia hecho hablar durante las dos noches de su familia, internándose en los mas minuciosos detalles; pero tenia un exterior tan bondadoso, y eran tan dulces sus palabras, que no podia de modo alguno llevar á mal una curiosidad, que si bien algun tanto incómoda, distaba mucho de ser de mala indole. La carta que le habia entregado á Leon era de Genoveva, y hé aqui su contenido:

## XXIII.

Mi querido hermano: Tanto como nosotros sabes que Alberto ha venido á esta con la salud algo quebrantada, y que lo cuidamos cuanto mejor podemos. Pero lo que ignoras, y lo que voy á hablarte con entera franqueza, es el que yo no acabo de creer en esta enfermedad. Tú quizás no ignores el objeto de su melancolía; lo que es él se obstina en guardar absoluto silencio acerca de ella.

La enfermedad de mamá es mucho mas séria que la suya, y si vinieras la encontrarías muy cambiada. Nuestra pobre madre no ha sido nunca tan tierna ni tan amante como lo es desde el decaimiento de su salud; hay un no sé qué tan triste en sus caricias, que ayer mismo por la mañana no pude menos de prorumpir en llanto, en el propio instante en que me abrazaba; me dijo que era una loca, y que no habia motivo alguno para llorar, y comenzó en seguida á verter lágrimas de la propia suerte que yo, permaneciendo ambas de este modo largo tiempo la una en brazos de la otra.

Hoy se siente mucho mejor: el médico la ha permitido salir y pasear; debemos esperar que se restablerá muy pronto.

Desde que la veo tan mala me han ocurrido infinidad de pensamientos á cual mas graves. ¿Sabes querido Leon, que es á la verdad bien triste la vida que lleva? Cuando vinimos á Fontainebleau estaba aun

muy jóven; aun es bastante hermosa, y no obstante no se permite la mas leve distraecion, ni vé á nadie, pasándose la vida entre nosotros ó encerrada sola.

De buena gana te escribiria que vinieses, pero me lo ha prohibido; y al insistir yo en ello, se alteró su fisonomía, y me dijo con voz conmovida:

—¿Estoy acaso tan mala que sea ya preciso mandar llamar á Leon?... ¿Te lo ha prevenido acaso el médico?... ¿Acaso voy á morir? .. ¡Oh! ¡tú lo sabes!... ¡Y es necesario que me lo digas!...

Arrojéme en sus brazos diciéndole que al contrario: que el médico me habia dicho que su mal era muy leve. Yo queria hacer venir únicamente á Leon, la dije, para distraerle algun tanto. Semejante esplicacion me parece que la han tranquilizado; hoy me ha mandado sentar al piano y ha hecho cantar á Rosa. Tanto esta como Alberto han estado á cual mas expresivos en su cuidado por mamá. Dentro de algunos dias partirá Alberto para volver á tu lado. Quizá vaya á ocurrirsete el venir; pero seria poco todo cuanto te recomendara que no lo hagas; creeria mamá que era porque yo te habia llamado, y esto podria producirle una emocion peligrosa. Escribo esta carta por la noche, y yo misma iré mañana á echarla al correo, porque si me viera escribir mamá, querria leerla. Mi tio marchará al propio tiempo que Alberto para ocuparse de un pleito de importancia que sostiene en Paris. Ni aun se apercibe de la enfermedad de su hermana; tanto es lo que le preocupan sus negros y su esclavitud. Se asemeja á esos seres que no pueden ver los objetos sino á una gran distancia; para enternecerlo se necesita la condicion previa de hallarse á 500 leguas de él.

## XXIV.

Genoveva no se lo escribía todo á su hermano; así es que tendremos nosotros que suplirla. Cuando llegó Alberto á Fontainebleau, *con la salud un poco quebrantada*, esperimentó Genoveva un secreto placer con aquella enfermedad.

Algunos dias despues, cuando se apercibió de que el enfermo se encontraba perfectamente bueno, y de que se sentia dominado por algun pesar oculto, aun siguió casi conceptuándose feliz con este descubrimiento.

Alberto en la dicha pertenecía á los demás; pero en el sufrimiento, en la tristeza, le pertenecía á ella; ella era quien se apoderaba de él, quien le cuidaba, la que procuraba consolarlo, la que trataba de distraerle con la musica, y la que le guiaba á sus paseos favoritos; desde allí se veía perfectamente ponerse el sol; aquí brotaban infinitas flores entre la yerba; en tal otro paraje del bosque se oían todas las tardes los trinos de los ruiseñores.

Rosa amaba positivamente á su hermano; pero no usaba con él de aquella ternura inquieta é ingeniosa que Genoveva.

La infeliz Genoveva, sin saber lo que era amor, amaba á Alberto con toda la vehemencia de su alma; <sup>a</sup>o tenia placeres, ni disgustos, ni sensaciones propias; <sup>n</sup>o experimentaba los placeres que Alberto, y asimismo <sup>e</sup>usos disgustos; le dolía la suya en la cabeza de Alberto.

Rosa no cesaba de hacerle burla á Alberto acerca de su *famosa* enfermedad; se negaba frecuentemente á ir á ver cualquiera cosa que procuraria alguna distraccion á su hermano, so pretesto de que ella ya la habia visto; no se prestaba á cantar lo que era del mayor agrado de Alberto, porque lo habia cantado ya tan repetidas veces, que aun á ella le fastidiaba el oírsele á si misma.

Trascurrían á la sazon los últimos dias del mes de Octubre. No parece ser sino que, en las diversas estaciones del año, se complace la tierra en revestirse sucesivamente de distintos adornos, en cambiar de trajes, de colores y de perfumes.

Una pradera, aun cuando esté matizada de miles de colores, toma no obstante, vista de lejos, una tinta uniforme del color que la domina.

En la primavera es rosácea y blanca; en el verano roja con las amapolas; en el otoño es blanca, azul y amarilla; los crisantemos, las grandes margaritas blancas, la salvia de un bello azul subido y las escorzoneras de color de oro, le prestan la mas armoniosa de las tintas.

En el otoño es cuando parece que intenta revestirse la naturaleza de sus últimas y mas bellas galas.

La princesa de aquel cuento de vieja, cuando la miraba el príncipe á través de la cerradura, se ponía primero el vestido de color de tiempo, y despues el vestido de color de luna; pero cuando se adornaba con su vestido de color de sol, desvanecido el príncipe cerraba los ojos y se volvía completamente loco.

En el otoño toman las hojas de los árboles riquísimos matices de oro, de púrpura y violeta; el sol presta á las nubes los mas espléndidos colores; los bosques exhalan un embriagador perfume; y las hojas que caen, y comienzan á alfombrar los senderos, advierten

que todo vá á desaparecer, que todo vá á morir, invitando á contemplar, con mayor atencion y recogimiento, la esplendente magnificencia que vá á desaparecer.

Los sentimientos todos participan entonces de una dulce melancolía, y el amor se apodera del alma con una violencia hasta entonces ignorada.

Un dia, la vispera de la marcha de Alberto y de M. Chaumier, habia dejado entrever Alberto sin intermision alguna una especie de impaciencia y de agitacion nerviosas.

Preguntóles á su hermana y á su prima si querian acompañarle á dar un paseo, el último probablemente que darian juntos ya aquel año.

—He visto pocos enfermos, exclamó Rosa, á quienes guste tanto fatigarse. Si te paseas antes de comer, vas decididamente á dejar morir de hambre á todos los de la casa, porque tu enfermedad tiene la particularidad de que tú solo comes mas que nosotros todos reunidos. Yo no voy al bosque.

—¿Y tú, Genoveva, te niegas tambien?

Genoveva no respondió, pero tomó su sombrero de paja y apoyó su mano sobre el brazo de su primo.

El sol, descendido ya al horizonte, lanzaba rayos oblicuos á través de los árboles. Subieron por una de esas bellísimas sendas tapizadas de césped, estrecha montaña verde entre dos bosques.

Genoveva se apoyaba en el brazo de Alberto con un dulce abandono.

Cuando llegaron á lo alto del paseo, se sentaron sobre la yerba y dejaron errar sus miradas por cima del bosque; las copas de los árboles unidas, redondeadas, sobre las que se deslizaba un céfiro suave, aparecian como un ondulante mar de follaje y verdura, en cuyo horizonte se vislumbraba ponerse el sol.

Genoveva se contemplaba tan feliz, que hubiera deseado pasar de la propia suerte toda una eternidad, compartiendo con Alberto un rayo de sol, mirando ambos los propios árboles, respirando el mismo aire y el mismo perfume, sentados sobre el mismo lecho de musgo.

Nada hay tan grato en el mundo como la convicción de compartir una sensación con la persona á quien se ama: es el mas íntimo de todos los lazos; las dos almas se aunan de la propia suerte que dos instrumentos, cuyas cuerdas están dispuestas para producir idénticas notas.

El sueño del amor es la reunion y la fusion completa de dos seres; tal es la razon de que dos manos que se estrechan, crean hallar siempre un obstáculo entre sí, y de que se opriman con una fuerza sobrenatural para aproximarse, cuando se tocan ya por sus puntos todos.

Pues bien, en esta comunidad de sensaciones, en una emocion que se experimenta al propio tiempo, amante y amada se hallan unidos durante un momento, como la plata y el cobre fundidos juntos para la construccion de una campana de timbre armonioso.

Alberto, que era el menos conmovido, habló el primero.

Genoveva le miró hablar.

—Genoveva, la dije, despues de una tarde tan grata como esta, experimento siempre descos de no abandonar nunca á Fontainebleau. Felizmente ya una vez metido en el torbellino de Paris, siento entonces del propio modo la necesidad de no dejarlo, sin que pueda comprender, ya alli, cómo pueden pasarse ni aun quince dias en el campo. A no ser por esto, me dejaria llevar por el mas ridiculo afan hácia la vida pastoril, sin que fuera una cosa de todo punto imposible el verme conducir algun dia mis corderos *blancos como*

*la nieve* á través de los verdes prados con un *cayado* exornado con los colores de *la señora de mis pensamientos*.

Estas palabras, espresadas con acento de burla, penetraron no obstante hasta el corazón de Genoveva, y la hicieron estremecer.

Alberto permaneció silencioso durante algunos instantes, y cuando volvió á entreabrir los labios, su gesto, el sonido de su voz tenían ya un no sé qué de mas grave.

Sin duda alguna que acababa de cruzarle por el corazón ó por la cabeza algun pensamiento mas profundo.

—No importa, dijo, aquí es donde seria preciso venirse á vivir con la persona á quien se ama. Deberia descenderse á Paris, de la propia suerte que descenden las águilas á las llanuras para apoderarse de su presa y remontar el vuelo.

Estas palabras penetraron como un helado puñal en el corazón de Genoveva; en cada frase, en cada inflexion de Alberto, la parecia leer su destino. A veces la primera palabra de una oracion la hacia remontarse hasta el cielo, y la última la hacia caer desplomada sobre la tierra.

No trascurría un minuto, cuando se hallaba al lado de Alberto, en que no pasase repetidas veces de la dicha mas completa á la mas horrible desesperacion. La pobre niña hallaba motivos para atormentar su mente en el traje con que lo veria presentarse por la mañana, en el mayor ó menor cuidado que habia puesto en su peinado, en el modo que tenia de dar los buenos dias.

Esperimentaba constantemente y sin intermision la ansiedad del criminal que espera la decision de su suerte en la sentencia de los jueces, y que no bien lo ha conseguido, casi anonadado bajo el peso de su ale-

gría, vuelve á experimentar iguales angustias, y al fin es condenado.

—Entonces es en Paris, meditaba Genoveva, en donde cree hallar la mujer que ha de poseer su amor...

—¡Oh! ¡cuán delicioso seria aquí el amor! continuó Alberto hablando consigo mismo, fijos los ojos en el horizonte. ¡Qué silencio! ¡Qué frescura! ¡Qué soledad! ¡De qué modo llegaría á olvidarse el resto del mundo y cuál parecería que finaba la tierra ahí en ese horizonte de púrpura, y por estos otros lados en esos ondulantes cortinajes verdes, formados por las encinas y los castaños! ¡Genoveva! prosiguió, querida Genoveva! ¡Acaso comprendes tú cuán sagrada llegaría á ser cada mata de yerba sobre que hubiera pisado, y de la suerte que quedaría impreso en el corazón cada uno de sus movimientos!

Se levantó, dió algunos pasos por el bosque, y de pronto se detuvo ante un árbol, sacó un cortaplumas y comenzó á grabar algo en su tronco.

Genoveva quedóse inmóvil: en aquel momento aparece de una admirable belleza. Los largos pliegues de su traje blanco se agrupaban sobre la yerba. Su fisonomía, coloreada por el último rayo del sol, parecía mas bien luminosa que iluminada, y deslumbraba con su encantadora calma.

En aquel momento se respiraba en efecto solo felicidad. Todo estaba tranquilo; los sentidos se hallaban halagados; el día apacible y sereno; no se dejaba oír ruido alguno; el alma parecía sumida en una de esas dulces preocupaciones que producen únicamente ensueños de felicidad.

Alberto fué el primero á aperebirse de que el día iba tocando á su fin y que era ya hora de volverse á casa. Genoveva se levantó sin prorumpir palabra; parecía temerosa de que el sonido de su propia voz despertase su alma de aquel sueño bienhechor en que la sentía sumida; apoyóse mesquinamente en el brazo

de Alberto; pero al pasar por donde habia inscrito algo con su cortaplumas, sintió que la latía el corazón con estraña violencia. En la corteza de aquel árbol se hallaba decretada su sentencia. Una nube la cubrió los ojos.

Bien que, por nada en el mundo hubiera osado mirar hácia aquel lado. Inclináronse hácia el otro costado del paseo; y ya cuando estuvieron á punto de perderlo de vista, ambos tornaron los ojos para mirar. Ambos querian volver á contemplar un espectáculo que tan dulces pensamientos les habia escitado. Un álamo se alzaba, enteramente separado de los demás árboles, sobre el punto mas culminante del espresado paseo; en aquella hora se destacaba sobre el horizonte amarillento como una silueta.

El tronco dejaba ver además á su lado un matiz blanquecino, en el que se distinguia perfectamente cada hoja de por sí vigorosamente destacadas en negro. El aire era límpido, y no parecia sino que mediaba un inmenso espacio hasta el horizonte. Por cima de las franjas que iban degradándose de amarillo naranjado hasta el amarillo mas bajo, tomaba el bello y claro azul de cielo del reflejo amarillento el inimitable matiz verde que poseen ciertas turquesas. La última mirada de Genoveva y la mirada última de Alberto se fijaron en el álamo.

Al siguiente dia partió Alberto en compañía de su padre.

## XXV.

### Genoveva á Leon.

¡Cuán triste y enojosa es la estación del invierno, querido Leon! Hace quince días se ostentaba aun bella y rica la naturaleza; pero de pronto ha caído una lluvia menuda y helada; un viento agudísimo ha despojado los árboles de sus hojas, arrastrándolas en remolinos por las veredas del bosque. En nuestra casa parece que se siente mucho más que en las otras la influencia del invierno; los serbales deshojados ya no ostentan sus racimos de coral. Mamá continúa enferma. Rosa se fastidia. Modesta está de un modo insufferible. Yo suelo ir con Rosa y M. Semler, ó sola, si no quieren acompañarme, á pasearme por el bosque. Aun encuentro grandeza en los árboles cuyos secos ramajes se chocan en sí como otros tantos esqueletos. Antes de que llegue el mal tiempo quiero volver á contemplar todos los lugares del bosque que encierran para mí algún recuerdo; casi no existe árbol alguno que no me traiga algo á la memoria; mi vida, tan sencilla como uniforme, la encuentro en su totalidad escrita en los serbales de casa, en las encinas y en los álamos del bosque y en las retamas, que no ofrecen hoy ya á la vista sino simientes negras en lugar de sus bellas flores de oro.

¿Qué es lo que haces con Alberto? Me parece que

te lo hemos enviado algo menos triste de lo que vino. Rosa me encarga que te abrace por ella. Mamá te recomienda mucho la aplicacion. Bien quisiera inclinarla á que te hiciera venir á vernos; en tanto que no lo consiga, tu presencia la causaria una impresion muy desagradable. Adios, mi querido desterrado.»

## XXVI.

Hacia ocho ó diez dias, es decir, desde aquel mismo en que partió Alberto, que Genoveva daba larguissimos paseos acompañada de Rosa y de Semler. Y es que anhelaba hallar el álamo en que habia estampado Alberto la inscripcion, auxiliado de su cortaplumas.

Haciales subir todas las veredas escarpadas, y recorrer los caminos todos que parecian tener alguna semejanza con aquel por donde habia ido apoyada en el brazo de Alberto.

Los álamos no se hallaban ya revestidos de su movable follaje; pero sus troncos blanquecinos hacian que se los distinguiera desde lejos, y cada vez que apercibia uno se acercaba á él con profunda emocion; pero en su corteza tan compacta como el raso no se veia la huella de ninguna hendidura.

El bosque de Fontainebleau se habia convertido para ella en otro antiguo bosque de Dordona, con la diferencia no obstante de que no habia sino un solo árbol del que esperara oráculos, árbol que se afanaba por hallar.

Rosa y M. Semler no podían menos de participarse la admiración que les causaba el súbito cambio en las maneras de Genoveva, la cual, tan espaciosa, tan reposada como era en otro tiempo, corría, brincaba y saltaba ahora de la propia suerte que un cabritillo.

Momentos había sin embargo en que desesperaba. ¿Cómo era posible que no hubiese de conocer aquella vereda, teatro de las mas dulces, de las mas crueles, y sobre todo de las mas violentas sensaciones que había experimentado en su vida?

Aun cuando hubiese variado enteramente de aspecto el bosque á causa de los frios hálitos del invierno, no podía perdonarse lo escaso de su memoria; es cierto que algunos instantes recordando las palabras de Alberto, se decía palmo'teando:

— ¡Me ama! ¡sí, me ama! ¡soy amada!

Pero como no había olvidado ni una sola de sus palabras, como se las repetía con sus propias inflexiones, ó mejor dicho con la voz de Alberto, había también momentos en que se decía con la mayor tristeza:

— ¡No me ama!

Y caía en el mas profundo abatimiento.

Entonces rogaba á Dios con el mayor fervor durante la noche, que le hiciese hallar la vereda y el árbol que debía sacarla de aquella horrible ansiedad.

## XXVII.

La incertidumbre es el peor de todos los males, en tanto que no llega la realidad á hacernos echar de menos la incertidumbre.

## XXVIII.

Algunas veces, cuando se dormia despues de haber pasado largas horas entregada á dulces cuanto punzadores recuerdos, reproduciansela en sueños los objetos de su preocupacion, con una confusion impensable.

Algunas veces hallaba la vereda; pero al intentar avanzar por ella, una fatiga invencible dejaba clavados sus pies en la tierra ó la colina; iba prolongándose incesantemente, alejándose al propio tiempo con ella el álamo, cuyo follaje veia agitarse en la cima.

Algunas veces llegaba hasta el pié del álamo, veia la cifra; pero antes de que hubiera podido distinguirla del todo, crecia el árbol, y la cifra quedaba colocada á una altura en que la era ya imposible leerla.

Otras veces soñaba que se hallaba al lado del fuego, y creía distinguir la cifra en uno de los troncos colocados en el hogar.

Inmediatamente quería apagar la lumbre, pero se alzaba un humo espesísimo, y la llama, elevándose por la chimenea con impetuosidad, la obligaba á retirarse precipitadamente.

Un día, en una de las innumerables escursiones que hacia de continuo sola por el bosque, subió á lo alto de una vereda.

M. Semler y Rosa esperaron largo tiempo al pié de ella, hasta que ya por último se decidieron á ir á reunírsela. Halláronla sentada en una piedra, la cabeza entre ambas manos, la fisonomía cubierta de una espantosa palidez, y los ojos fijos y como alelados.

Al verlos, ó por mejor decir, al ruido de sus pasos, pareció como que despertaba sobresallada, y con acento breve é inseguro exclamó:

—¡Vamos, vamos!

Rosa y M. Semler corrieron á su lado apresurándose á dirigirla mil preguntas.

¿Estaba mala? ¿había tenido miedo? ¿sentía frío?

Genoveva respondió con aire profundamente distraído:

—Sí, estoy mala, tengo miedo, siento frío. Es tarde; vámonos.

Sentáronse á la mesa y no comió. Después de comer se acostó y pasó la noche entera llorando amargamente; y para no despertar á Rosa, y esponerse á mil preguntas, mordía continuamente las almohadas, para sofocar el ruido de los sollozos que la ahogaban.

## XXIX.

**Los estudiantes.—Carrera de leyes.—Ultimo año.**

Durante aquel invierno llegó Alberto á penetrarse de que no se hallaba mas enamorado de madama Haraldsen que de las demás mujeres; pero que en cambio adoraba á todas las demás mujeres tanto como á madama Haraldsen.

Leon se dedicó á las sinfonías de Viotti y á la música de Kreutzer.

## XXX.

**Genoveva á Leon.**

*29 de Abril.*

«¡Leon, Leon, mamá ha muerto! ¡muerto, mi querido Leon! Ven pronto, me encuentro sola; ven, ó moriré yo tambien de dolor.

*A las 11 de la noche.*

»No ha sido posible dar con el hombre que debía llevarte mi carta, que ya no podrá salir hasta mañana. Voy á escribirte hasta que el llanto me rinda de fatiga y me duerma... Mamá está ahí, en el aposento vecino. No han querido que yo la velase. Voy á hablarte de ella.

¡Pobre Leon! tú no la has visto; al fin ya quiso verte, pero fué solo algunos momentos antes de morir! ¡Morir! ¡Muerta! Al instante me han quitado de su lado; pero aun entreveo su fisonomía. ¡Cuán bien se ha portado Rosa! Nunca podré olvidar lo que por mí ha hecho. ¡Dios mio; si me fuera dable ordenar algun tanto mis ideas, te referiria de la manera que ha muerto. Pero todo cuanto se me viene á la boca, todo lo que acierta á trazar mi pluma es que ha muerto.

Está ahí, ahí, cerca de mí, y no puedo llegar á creer que haya muerto. ¿Qué es por ventura la muerte? Está ahí, acostada en su propio lecho, no mucho mas pálida de lo que lo estaba generalmente, ocupando el propio lugar, con la cabeza sobre la almohada, como solia yo verla todas las mañanas; y sin embargo, ¡me dicen que ya no tengo madre!

Nada resta ahí ya, nada mas que su cuerpo. Su alma, su espíritu, su voz, tan benévola como era su mirada, en la cual hallaba yo toda mi proteccion, su dulce afecto, su pensamiento; todo, todo ha volado con un solo soplo.

¡Todo lo hemos perdido!

Ya se sentia mejor, se levantaba, andaba unos pasitos; cuando de pronto una noche me rogó que me quedara un poco mas á su lado. Sufria mucho; íbase

durmiendo por momentos, pero con un sueño agitado y convulsivo; hablaba, pronunciaba nuestros dos nombres, y otros que me son desconocidos. Su delirio me espantaba de tal suerte, que de vez en cuando hacia ruido para despertarla. Así trascurrió toda la noche.

Al día siguiente por la mañana, despues de un sueño de algunas horas, se despertó mas sosegada; hizo llamar al médico y á M. Semler, y le dirigió algunas preguntas al médico, que se esforzó en vano para tranquilizarla.

En cuanto se hubo marchado se encerró con M. Semler. Cuando salió este, tenia los ojos encendidos. Mamá me preguntó en seguida si habia vuelto su hermano.

Yo no me atreví á decirle si queria que le avisásemos que viniese de la propia suerte que á ti; tenia demasiado presente la penosa impresion que la produjo en otro tiempo una proposicion semejante, respecto á ti, en ocasion en que se hallaba enferma de mucha menos gravedad.

Además, yo no la crei tan mala como se puso á eso del medio dia.

Hallábamonos Rosa y yo á su lado, nos llamó cerca de su lecho, y me dijo:

—Genoveva, si me muero, no te separes de mi hasta que haya exhalado el postrimer suspiro.

—¡Oh, Dios mio! mamá, ¿qué locura! le respondí. No has de poder estar mala sin que concibas al momento tan horribles ideas.

—Es igual, me contestó; si no es para ahora, será para mas adelante; yo lo que únicamente quiero es que me hagas la promesa de no abandonarme.

Se lo prometí, y no me fué posible el evitar el deshacerme en lágrimas al pronunciar las palabras que me exigia.

—Te prometo no abandonarte hasta que hayas exhalado el último suspiro.

Entonces me atreví á decirla:

—¡Dios mio! si Leon se hallara aquí, estoy segura de lo mucho que habia de regañarte; ¡oh! de muy buena gana lo haria venir!...

Mamá me miró fijamente; su mirada no tenia casi nada de humana; me traspasó el corazon; Rosa se apercibió de ello, y me tocó con el pié. Entendíla y añadí inmediatamente:

—Pero no, ahora es cuando mas atareado se hallará con sus estudios, y tú no querrás que pierda un solo día de ellos, por una enfermedad que ya casi no existe.

—No, no, exclamó con entereza; no se necesita que pierda ni un momento solo; es preciso; es preciso que trabaje mucho; encárgaselo bien, Genoveva; encárgaselo de mi parte.

Hácia el oscurecer comimos con Rosa en su aposento.

De súbito... Pero ¿qué he de decir? Mamá ha muerto; ¡mi pobre mamá ha muerto! Todo se oscurece y confunde en mi cabeza; únicamente quiero decirte cuánto es lo que ha hecho Rosa. Mamá te creia á su lado; te hablaba, te decia:

—Leon, tú cuidarás de Genoveva; este es mi único legado; yo rogaré por vosotros dos en el cielo.

Yo no era dueña de contener mis sollozos; el médico y M. Semier me sacaron de allí, quedándose Modesta conmigo abajo. Casi me hallaba desvanecida; no sentia nada ni casi comprendia nada de cuanto pasaba á mi alrededor.

Rosa bajó de pronto y me dijo:

—Genoveva, conozco lo mucho que vas á sufrir en ello; pero despues habia de originarse demasiado pesar; le has prometido á mi tia que no te separias de su lado, y el médico ha dicho que se vá á morir.

—¿Qué es lo que V. intenta, señorita? exclamó Mordesta. ¡Hacer presenciarse semejante espectáculo á esta pobre criatura!

M. Semler, que habia bajado tambien en pos de Rosa, espuso asimismo: Que tampoco consentiria en que se me permitiera volver á subir.

Arrojéme en los brazos de Rosa, y la seguí. ¡Oh! ¡Leon, Leon, si hubieras visto á nuestra pobre madre; los ojos errantes, las manos tratando de asirse á alguna cosa en el aire! Postréme de rodillas y la dije:

—Mamá, mamá, ¿me oyes? ¿Oyes á tu Genoveva?

Sus ojos se fijaron entonces en mí: la tomé la mano, y ella oprimió la mia con horrible esfuerzo; no la era posible hablar; ¡estaba ya agonizando!

Rosa me tenia la otra mano, y me la estrechaba, y me decia:

—¡Animo, Genoveva! el Dios de los buenos te prestará fuerzas.

—Quitadme á esta niña, exclamaba el médico; la enferma ni siente, ni vé, ni oye: esta es una tortura inútil.

—¡Oh! calle usted, exclamé; me ha oprimido la mano; le oye á usted; no quiere que yo me aleje; no, no, mamá; no me separaré de tí; ¡mamá, mamá, no te mueras; no nos abandones!

Y llamé á Dios en nuestro socorro. . . . .

. . . . .

Ha muerto á las seis de la mañana.

¡Oh! Leon, ven pronto; ven, y trae á mi tio.»

## XXXI.

El día primero de Mayo.

*Komm lieber mai.*

Durante el invierno han dejado oír las cornejas su penetrante voz en rededor del antiguo campanario de aguda flecha; empero ya ha venido la golondrina, que á su vez revolotea en el espacio.

Despertáos, gnomos, despertáos; ya es tiempo de volver á las praderas sus graciosos trajes verdes, y sus flores de tan suave perfume.

¡Perezosos! Mas de un mes há ya que buscan las jóvenes, inclinadas hácia el suelo, bajo las antiguas hojas agostadas, las primeras escondidas flores de la violeta de los bosques.

¡Adelante, perezosas cohortes! Venid á romper los botones en donde las hojas comprimidas esperan plegadas aun los rayos caloríficos.

Cread el manantial de la cisterna á donde acuden á beber los rebaños; privad á los prados de su color pardusco, y haced crecer la alfalfa para ocultar los nidos de los pájaros.

Ea, génios, apresuráos; preparad los perfumes amargos; preparad el color tan fresco de las primeras flores de los abridores, rosas mecidas en sus verdes tallos.

Allá abajo, en el fondo del cementerio, está la tumba de un pobre niño: nadie se aproxima á ella; pero la tierra, la mejor de las madres, le presta al ángel un ramillete blanco: sobre el césped que lo circunda, en los dias mas serenos, con sus blancos ramilletes, sobresale una agiacanta, y brotan las margaritas.

¡Génios, no la olvidéis jamás!

Vamos, génios. Aun les resta un deber que cumplir á vuestras discretas manos. ¡Abrid, abrid las primorosas flores, abrid esas bellas coronas de rubies, de oro y de zafiro.

La naturaleza se halla oxornada de sus mas esplendentes galas; las orillas del bosque ostentan sus floridas retamas, que deslumbran con los rayos del sol de Mayo.

¡Ya se halla vuestra mision cumplida! Idos, alegre tropa.

Tome cada cual de vosotras una forma; mariposa de sedosas alas, caprichosa señorita ó laboriosa abeja, vivid en el seno de tan divinos tesoros.

¡Saltad de flor en flor! Que pose una sus alas de esmeralda en el seno de un rosal blanco, viviendo en una rosa, y alimentándose de la rosa, y muriendo en la rosa misma.

Que otra demande asilo á la flor de lis, á la flor real, como huésped ruidoso, y cante y se pasee, y con su color rojizo aparezca como una gota de sangre sobre su blanco pétalo.

¡Alegria en el cielo y alegria en la tierra! ya ha vuelto la divina primavera; no mas miseria; el pobre se encuentra ya lujosamente vestido del sol.

¡Alegria en el cielo y alegria en la tierra! La primavera ha vuelto; ¿de qué sirven ya las rique-

zas y las grandezas, los diamantes, las telas, las esculturas? Se nos dan ya gratis mil y mil resplandores, iluminaciones de estrellas, iluminacion de flores...

---

El primer dia de Mayo fué en el que enterraron á madama Rosalía Lauter.

Leon llegó antes que su tio y\* que su primo, pálido y tembloroso: abriéronle la puerta y vió á Genoveva y á Rosa vestidas de negro; todos tres se abrazaron.

La vista de Leon renovó el dolor de las dos jóvenes que aun hallaron nuevas lágrimas en sus agotados ojos.

Leon quiso ver á su madre; quedóse mirándola durante mucho tiempo, tan inmóvil como la muerta. En seguida prorumpió:

—¡Madre mia! ¡Sí, acepto tu legado! Yo te reemplazaré para con Genoveva.

M. Chaumier y Alberto le impelieron fuera de la estancia.

En el cementerio, no bien habia acabado la tierra de cubrir el ataúd, salió un hombre de entre la multitud, se arrodilló sobre la sepultura, y pronunció en voz baja una breve oracion, despues se levantó y corrió á estrechar á Leon entre sus brazos.

Leon reconoció á su vecino M. Anselmo.

Dos dias despues el pleito exigió en Paris la presencia de M. Chaumier, quien se llevó consigo á su hijo.

Leon se quedó con Rosa y Genoveva.

Para los tres ibanse trascurriendo los días y las noches, hablando de madama Lauter, recordando sus mas insignificantes palabras; distraiendo su dolor por todos los medios posibles; llorando juntos, estrechándose las manos, abrazándose, prometiéndose amarse eternamente y no separarse jamas. ¿Era por ventura entonces Rosa, aquella niña tan traviesa y tan ligera, cuyas puerilidades habian desolado tantas veces á Leon? Aquel disgusto comun puso de relieve los tesoros todos de su alma.

No hubo de dilatarse mucho la vuelta de M. Chauvier; habia ganado su pleito, con lo cual casi quedó triplicada su fortuna.

Leon se volvió á Paris en donde permanecia Alberto.

El dia mismo de su llegada por la noche, subió á su cuarto M. Auselmo.

—Vecino, le dijo, es preciso que no se deje usted abatir por el dolor. Las ocupaciones, el trabajo, el cansancio, son cosas á cual mejores; durante mi vida he pasado por tormentos, mucho mas agudos que el suyo, y siempre me ha producido excelentes resultados el consejo que acabo de darle.

—Caballero, le respondió Leon, siento extraordinario placer en volver á ver á V., puesto que así me es dado manifestarle mi reconocimiento por haber asistido al entierro de mi madre.

—¿Me vió V. por ventura? Acababa de llegar aquí; me participaron la desgracia que le habla acaecido y me fui á Fontainebleau. Al salir V. del cementerio lo fui á V. siguiendo hasta la puerta de la casa de su tío, y en el pátio distinguí á dos jóvenes; ¿cuál de ellas era su hermana de V?

—Mi hermana es la mas alta.

—Así me lo habia yo figurado.

Y se pasaron la mayor parte de la noche hablando de madama Lauter y de Genoveva.

Un mes después emprendió Leon su viaje, para Fontainebleau, á causa de una carta de M. Chaumier; dicha carta fué sugerida por M. Semler, que queria comunicar á la familia reunida la última voluntad que le habia confiado madama Lauter, la cual le habia dictado una carta la vispera del día de su fallecimiento.

En la referida carta manifestaba como á causa del modo que habia tenido de colocar sus fondos no poseia otra cosa que poder dejar á sus hijos que el cariño de su tio, del cual les encomendaba que trataran de hacerse siempre dignos.

Recordaba á Leon que debia reemplazarla cerca de Genoveva, y concluia con un párrafo dirigido á M. Chaumier, á quien suplicaba que no abandonase nunca á sus hijos.

«En cuanto á vosotros, Alberto y Rosa, decia, á vosotros, que sois tambien mis hijos, y á quienes dejo con vuestro padre en una existencia feliz y segura, quered mucho á Genoveva y á Leon.»

M. Chaumier les prometió á Genoveva y á Leon, que se tomaria con ellos tantos cuidados como su hermana misma.

—Genoveva seguirá con nosotros hasta tanto que se case: el acrecentamiento que acaba de recibir mi fortuna me permite vivir en Paris, en donde no faltaran partidos.

No volveremos á habitar en Fontainebleau sino durante los veranos; ya tengo encargado á M. de Reueil que me busque una habitacion tal cual la necesitamos

En cuanto á tí, Leon, hijo mio, preciso es trabajar con afan y perseverancia; sin medios para ello, te será punto menos que imposible el comprar un estudio,

pero si podrás ser abogado. Calcula con exactitud con cuánto tendrás bastante al mes para vivir en París modestamente, en la vida humilde y laboriosa de estudiante, y recibirás con puntualidad la suma que te sea necesaria.

Leon le dió las gracias á su tío, pero por muy benévolas que fuesen, le produjeron sus palabras una dolorosa impresion.

Por la vez primera de su vida, se le aparecía el dinero con todo su poder, y la pobreza con toda su fealdad.

Hasta allí se había imaginado que se tiene dinero como se tienen dientes; que es tan natural el tener con qué comer, como el tener hambre; tener con qué beber, como el tener sed.

Entonces comprendió que puede tenerse poco dinero, y que es fácil no tener ninguno.

Comprendió las ventajas inmensas de las personas que tienen dinero, sobre las que parecen de él.

Entonces vió la vida con todas sus luchas, y se dijo á sí mismo con una horrible espresion estas palabras, que parecerian muy duras, si la costumbre de oirlas no hubiera debilitado en nosotros su impresion:

—Tengo que *ganarme mi vida*.

Pensó en el destino de su primo, cuya vida era tan fácil, que no tenia que hacer nada mas que dejarse resbalar por la pendiente en cuya altura lo habían colocado; en tanto que él necesitaba subir penosamente una cuesta sin arrimos y aun sin cima. Era preciso que hiciese con su tiempo, con su talento, con su trabajo, algo de que los demás necesitasen para que le diesen dinero en cambio.

Le era preciso vender para conservar la otra; la mitad de su vida á los ricos, que acrecerian la suya con las horas que á él le pagasen.

Sucesivamente llegó á despreclarse á sí mismo, á considerarse como un sér de una especie inferior; como una especie de bestia de carga.

Se sintió humilde, respetuoso, odioso á la vista de las personas que tenían dinero.

Dirigióse una mirada á sí mismo, y dudó de todo cuanto poder habia sentido otras veces en su corazon y en su cabeza.

Vió con claridad que se habia engañado en todo aquello que se habia atrevido á opinar de distinto modo que todo el mundo.

No volvió á atreverse á alzar la voz, ni á emitir su opinion, ni á llevar la acera en la calle. Se miró en un espejo y se halló feo.

Hizo mucho mas que tomar al pié de la letra la invitacion de su tio, de *calcular con exactitud cou cuánto tendria bastante al mes para vivir en Paris modestamente en la vida humilde y laboriosa de estudiante.*

Calculó lo que necesitaba, no para vivir, sino para no morir, y se condenó voluntariamente á una vida pobre y miserable.

Una noche, fumando y bebiendo cerveza con Anselmo, llegó á rodar insensiblemente la conversacion sobre su nueva posicion y sus nuevas sensaciones.

—¡Animo! le dijo Anselmo; hay un placer en vencer la suerte, que con el tiempo le llegará ser á usted conocido.

Este es el placer que debe experimentar la paviota y que no podemos menos de envidiarla, cuando vuela caprichosamente durante la tempestad por cima de la mar enfurecida, se posa sobre las olas y se baña en las espumas, exhalando gritos de alegría.

Anselmo añadió á esto, que es exacto, un largo

discurso que era absurdo, sobre el desprecio de las riquezas.

Leon lo miró. Al ver su sombrero de dudosas formas, y su levita castaña, cuyas costuras blanqueaban ya, se hubiera creído fácilmente que su desprecio á las riquezas se estendia hasta el desprecio de una levita nueva y de un sombrero menos viejo.

No obstante, las palabras de Anselmo produjeron una saludable impresion en el ánimo de Leon.

Se sintió dispuesto á luchar contra la mala fortuna, y comenzó á mirar con menos horror y consternacion las botas convertidas en un triunfo, el chaleco en una victoria, el almuerzo en una conquista.

Respecto á Anselmo, en cuanto se vió solo, se dijo:

—Verdaderamente: ¿qué me importa á mí todo eso? ¿Qué debe dárseme de la triste situacion de esos jóvenes? ¿Acaso no pueden ellos luchar y vencer de la propia suerte que yo? ¡Y por qué he de ir ahora á ligarme á nuevas afecciones, cuando ha sido tanto el daño que he recibido de todas cuantas me han dominado hasta el dia!

Cuando hubo pensado bien en su interior todas las escelentes razones que tenia para no ocuparse de Genoveva ni de su hermano, pasó toda la noche en un insomnio pensando en ellos y compadeciéndose de su desgracia.



## XXXII.

Breve fué el tiempo que tardó M. Chaumier en instalarse en Paris. Durante tres meses dió lugar semejante acaecimiento á una ocupacion y á una agitacion extraordinarias; era preciso elegir muebles y telas. A Genoveva se la oprimió extraordinariamente el corazon al abandonar á Fontainebleau. Pareciale que partia para un destierro, en tanto que Rosa al contrario, creia abandonar la esclavitud de Egipto por la tierra de promision.

Si Genoveva y Rosa hubiesen pasado el resto de su vida en Fontainebleau, á pesar de los deseos de Modesta Rolland, hubiera sido muy difícil y aun imposible el disminuir la igualdad que habia existido siempre entre ellas.

Pero la creacion de una nueva casa y de un mueblaje nuevo, facilitaron al ama de llaves, de vuelta ya al uso de sus funciones y de su poder por la muerte de madama Lauter, el establecer entre Rosa y Genoveva las distinciones gerárquicas que la parecian de conveniencia y de justicia. Nadie habia escuchado y comprendido mejor que Modesta Rolland las revelaciones de M. Semler acerca del estado de la fortuna de los hijos de madama Lauter.

Genoveva y Rosa es cierto eligieron cuáles habian de ser los colores de sus respectivos aposentos. Rosa sintió amargamente que no le permitiese su nombre la adopcion de un color que hubiera atraído sobre ella

todo género de alabanzas insulsas y de juegos de palabras, y concluyó por decidirse por el lila. Genoveva escogió el azul.

¡Oh, color azul! ¡Color de cielo! ¡Color amado por una mujer á quien yo adoro! Color de esos Wergis-mein-nicht, de esas pequeñísimas turquesas que florecen en el agua, y como dice Klopstock:

*L'azur est la couleur du ciel pur de le automne,  
Ou des bleuets que pour mettre en couronne,  
Les enfants vont chercher au sei des blés jaunis!*

Pero Modesta hizo poner en el aposento de Rosa cortinas de seda, y de lana en el de Genoveva. La estancia de Rosa la cubria toda una alfombra, y en la de Genoveva hubo de acordarse que habia bastante con una pequeñita al lado de la cama, y con que fuese el servicio todo de su tocador de loza, en tanto que el de Rosa era de porcelana.

La *restauracion* de Modesta se anunció con represalias y enconos, única herencia que habia dejado madama Lauter á su hija.

Desde entonces ya no volvió á renovarse el agua en el cuarto de Genoveva, que tenia que ir á buscarla por sí misma. ¡Genoveva no se quejaba! Pero comprendió entonces mejor lo que habia dicho M. Semler. Modesta cobró ánimo con la mansedumbre de su víctima.

A cada injuria soportada añadía otra mas virulenta aun. *Se asombraba* de la mucha ropa que ensuciaba la señorita Genoveva. Reparaba en que por las noches leia la señorita Genoveva en la cama y gastaba bugias enteras. Si se sentaba Genoveva por la mañana al piano, no tardaba Modesta en acercársela para suplicarla que la permitiera limpiar *el piano de la señorita Rosa*, y Genoveva no podia entonces menos de pensar en el clavicordio viejo de Fontainebleau, á que

se daba sencillamente el nombre de *piano*; pensaba en Fontainebleau, en su madre, é iba á encerrarse para llorar.

Modesta, implacable en su venganza, poseía para ejercerla mas certera, un tacto fino é ingenioso que con ningun otro motivo hubiera existido en ella. Si se bordaba Genoveva un cuello, Modesta tenia muy buen cuidado de admirar lo delicado de la obra, pero añadia:

—Esto costará cuando menos veinte sueldos de lavado y planchado.

Si la mandaba algo Genoveva, Modesta pedia su asentimiento á Rosa, y aun cuando esta la dijera siempre:

—Pues sí, si Genoveva lo ha dicho.

Modesta no aguardaba para hacer lo mismo, sino á la ocasion mas inmediata.

Alberto no parecia sino muy raras veces por la casa, aun cuando moraba en ella.

Cuando comia alli, llegaba ya cuando se habian llevado la sopa, y se marchaba antes de que se levantasen de la mesa.

Trataba á Genoveva absolutamente del mismo modo que á Rosa; al entrar y al salir las daba la mano, y no las hablaba sino para hacerlas alguna observacion burlona ó irónica, por la innovacion en el arreglo de su peinado, ó por una trasformacion de puños. Siempre estaba de prisa, siempre preocupado. Aun cuando *nada* dijese delante de *sus hermanas*, como las llamaba siempre, le era muy difícil el no dejar que se le escaparan algunas palabras, que daban á entender que estaba enamorado fuera de casa.

Genoveva oia cada una de estas palabras, seguía sus mas leves inflexiones, y hubiera podido verse brillar ó empañarse la mirada de Genoveva y palidecer ó enrojecerse á cada momento su semblante.

De nada mas distaba tanto Alberto como de aperibirse de ello; cursaba, segun ya lo hemos dicho, su último año de leyes.

Consiguientemente á esto, bailaba en la gran Chau-miere, jugaba al billar y pertenecia á dos ó tres clubs políticos.

Leon, que estudiaba con todo afan, no se resistia siempre á tomar parte en semejantes ocupaciones. Jugaba del mismo modo al billar, y gobernaba la Francia, á 12 sueldos por hora, de dia, y á 20 sueldos cuando se hallaban encendidos los quinqués.

Se ponía como los demás, corbatas cuyo lazo debia consternar al gobierno, y sombreros cuya forma lo echaria á pique mas temprano ó mas tarde.

Cuando iba á casa de su tio, llamaba á Genoveva aparte y la decia:

—Genoveva, ¿qué tal lo pasas? ¿Estás bien?

Genoveva contestaba siempre procurando tranquilizarlo.

Los domingos continuaban siendo consagrados á la reunion de familia.

En semejante dia, por mucha que fuese su impaciencia por marcharse, no podia dispensarse Alberto de pasar la noche en su casa. Volvian á despertarse entre ellos los juegos y la alegría de la infancia.

Genoveva y Leon eran sumamente felices. Rosa no pensaba casi en mas que en el invierno y en los bailes que consigo traeria.

El mismo Alberto no podia menos de concluir por abandonarse á esta dulce intimidad.

Leon era siempre el protector y el apoyo de Rosa; á él era á quien le daba ella todos sus encargos; él era quien acompañaba á su hermana y á su prima cuando tenian que hacer algunas compras.

Por inesperto que fuese Leon, no podia menos de observar, con una secreta satisfaccion, que Rosa evitaba tomarse con él ciertas familiaridades de la infan-

cia, y que comenzaba á hablarle en distinto tono que a su hermano.

Todo ello le era completamente igual á M. Chaumier.

Desde su instalacion en Paris se habian tomado nuevos criados.

Modesta Rolland, elevada definitivamente á las funciones y dignidad de ama de gobierno, tenia á sus órdenes un criado y una cocinera. Habiales advertido que M. Chaumier, tan benigno para con los negros, no se chanceaba mucho con los blancos, y que el mas leve descuido seria castigado con una espulsion inmediata.

Los recién entrados no tardaron en modelarse por el ama de gobierno y en establecer entre Rosa y Genoveva las mismas diferencias que establecia madama Rolland.

### XXXIII.

Rosa y Alberto eran á la sazón unos excelentes partidos: así es que fueron perfectamente acogidos á su entrada en el mundo. Hallaban a Genoveva muy hermosa, es cierto; pero se veia esclusivamente admirada ó por los muy jóvenes, ó por los muy viejos. Los hombres de miras positivas y las madres que tapizan de sombreros amarillos y de turbantes exagerados las paredes de los salones, no se aglomeraban sino alrededor de Rosa.

Sin embargo, semejante diferencia establecida en-

tre ambas jóvenes, no podía aparecérselas en toda su claridad en su inesperienza; y esto llegaba á tal extremo, que los triunfos de Genoveva, originados mas directamente por su belleza, las parecian los mas halagüenos.

Ambas se hallaban incesantemente animadas é infatigables.

Y en efecto, es una suerte muy feliz la de los jóvenes que, despues de haberse pasado una parte de la noche siendo admiradas y contempladas como hermosas, emplean la mitad del siguiente dia en descansar y en recordar, y la otra mitad en esperar y en preparar nuevos triunfos; y esto sin la cruel ansiedad de muchas mujeres, que se preguntaban á sí mismas si parecerán hermosas; Rosa y Genoveva no se ocupaban sino de saber de qué modo las convendria ser hermosas aquel dia.

Bien que no deja de ser siempre esta una penosa inquietud. Si no se tratara sino de agradar á los hombres, la naturaleza ha hecho ya casi todo lo necesario: cinturas esbeltas, pies estrechos y arqueados, frentes puras y tersas, ojos llenos de viveza y de modestia á la vez, gracia sin afectacion en los movimientos.

Pero se necesita además dar en ojos á las mujeres, y este es el punto mas importante y difícil del arte del tocador.

Un dia llevaron á casa de M. Chaumier una carta que Rosa se resolvió á abrir á pesar de la ausencia de su padre.

Se veia á través del papel que estaba impreso, y tenia tales apariencias de ser una invitacion... Y luego que, si la dejaba á discrecion de M. Chaumier, podría muy bien suceder lo que habia acaecido últimamente: que M. Chaumier habia aguardado al dia mismo del baile para participárselo á sus hijas, y no habian podido estas disponer unos pañuelos bordados tan

primorosamente, que hubieran llamado la atención. En efecto, Rosa arrojó la carta exclamando:

—¡Bien lo sabía yo que era un convite; es para el martes!

Genoveva tomó á su vez la carta y deslizó por ella la vista; pero al leerla cruzó una nube carminea por su semblante.

«M. y Mma. suplican á M. Chaumier y á la señorita Rosa Chaumier se sirvan dispensarles el honor de venir á pasar la noche en su casa el martes próximo.»

—¡No me invitan á mí! exclamó Genoveva.

Rosa volvió á leer la carta y la contestó:

—Cierto, será un olvido, o mas bien han opinado que era innecesario. En el hecho de invitar á mi padre, es evidente que nos convidan tambien á las dos.

—Pero, objetó Genoveva, es la primera invitación que se nos hace de esta suerte.

—Creo, repuso Rosa, que no veo en ello el menor inconveniente, y esas gentes se conceptuarán por muy dichosas en tener en su baile á una muchacha tan bonita como tú, para que te hayan olvidado voluntariamente. Además, ¿juzgas que convidan á mi padre, por lo que amenizará por sí solo una reunion, jugando á las cartas ó durmiéndose en un rincon del gabinete mas retirado?

—Es igual, respondió Genoveva, yo no debo ir.

Entonces comenzó con semejante motivo entre las dos primas la discusión mas razonada que puede imaginarse.

Modesta tomó la palabra, y fué de parecer que Genoveva no estaba incluida, y que no habia necesidad alguna de irse á meter á las gentes por los ojos, ni de concurrir á sus casas en contra de su voluntad.

Por último, convinieron en que se volveria á en-

tablar la discusion, al comer, delante de M. Chau-  
mier y de Alberto.

M. Chaumier decidió que debia ir Genoveva; pero Alberto respondió secamente que él en el caso de su prima, no atenderia sino al placer que se prometia de la reunion, y que si pensaba divertirse haria muy bien en ir.

Positivamente que si Alberto hubiese insistido mas con Genoveva, habrian desaparecido todas las consi-  
deraciones á sus ojos, y se hubieran dejado llevar por el placer de pasar la noche á su lado, y de ser suplicada. Pero él no demostró tener el menor interés en su resolucion.

Genoveva por entonces los dejó que decidiesen que si concurriria al baile; pero el martes por la mañaua dijo que se sentia mala, y se quedó en casa.

Imposible seria espresar la opresion de corazon con que asistió al tocado de su prima.

Rosa estaba deslumbradora: sus pies apenas toca-  
ban al suelo; á su belleza ordinaria se agregaba la que procura la felicidad.

Concluido que hubo, partió con su padre; Alberto tambien los acompañaba.

—Has hecho muy mal, le dijo este último á Geno-  
veva, en no venir.

Con una sola palabra mas que hubiese dicho, se hubiera vestido Genoveva tan pronto, con tal celeri-  
dad... Pero únicamente la dió un beso en la frente, y ofreció el brazo á Rosa para bajar la escalera.

Genoveva prestó entonces oido; oyó bajar y vol-  
ver á subir el estribo del carruaje. Aun era posible que subiera Alberto y la dijese:

—Genoveva, vistete y vente con nosotros.

Empero partió el carruaje; la puerta giró sobre sus goznes y se cerró.

Despues se oyó rodar el carruaje, y su ruido se confundió muy pronto con los demás ruidos.

Entonces comenzó Genoveva á hacer memoria de todo cuanto podia acrecer su dolor. Se contempló á si propia, ¡pobre huérfana! sin madre que la consolara ni la aconsejase.

Era evidente que no la amaba Alberto. No veia casi nunca á Leon, que por su parte no pasaria la vida mucho mas feliz.

¡Oh! si hubiera él estado allí, ¡cuánto consuelo recibiria ella solo con referirselo todo!

Únicamente á él era á quien podia hablarle de las impertinencias de Modesta Roland, y de lo que echaba de menos á su madre.

Pero ni aun á él tampoco se hubiera atrevido á hablarle de su amor hacia Alberto.

Habian trascurrido algunos dias; Alberto no comia en casa.

Leon habló de las dificultades del estado que iba á abrazar, y manifestó gran repugnancia hacia la profesion de abogado.

M. Chaumier le contestó haciéndole el elogio de esta profesion con lugares comunes, que Leon cometió la imprudencia de refutar.

—El abogado, dijo M. Chaumier, es el defensor de la viuda y del huérfano.

—Si no hubiera abogados que los atacasen, respondió Leon, no habria necesidad alguna de abogados que los defendiesen.

—El abogado es quien, por medio de su talento, hace triunfar la inocencia y la justicia, recorriendo á los ojos del juez el velo con que quieren encubrir las el crimen y la mala fé.

—Pero en toda causa, insistió Leon, hay dos abogados; y por lo tanto uno de ellos defiende la inocencia y el otro el crimen; y si el uno defiende la justicia, el otro defiende la sinrazon y la perfidia. Por lo tanto podria decirse tambien con la mayor justicia del abo-

gado: Que él es quien hace triunfar el crimen y la mala fé, etc.

Leon concluyó reasumiendo de esta suerte e l oficio:

—No hay abogado alguno que se niegue á pleitear mañana contra lo mismo que defendió ayer. No existe abogado alguno que hubiese dejado de aceptar, con el propio celo, la defensa de aquel á quien impugna, si aquel á quien impugna se hubiera dirigido á él. Un abogado pasa quince años de su vida en defender á no importa quién, y no importa qué; en seguida llega á ser fiscal, y pasa otros quince acusando no importa quién ni importa qué; y concluye retirándose rodeado del aprecio de sus conciudadanos.

M. Chaumier, muy dominante, como debe serlo todo hombre que quiere libertar á los negros del yugo de los demás, comenzó á agriar la discusion. Le indicó á Leon que nada era tan ridículo como el tratar de desacreditar una profesion que se abraza voluntariamente.

—Por esa razon, querido tio, le contestó Leon, no seré yo abogado.

Genoveva y Rosa le miraron asombrados.

M. Chaumier se puso furioso, habló del desprecio que merecen á los hombres de sana razon aquellos otros que son volubles y caprichosos, y le preguntó que qué era entonces lo que queria hacer, con un aire tal de triunfo como si le hubiese mandado una estocada sin parada posible. Tenia ya en los lábios la deduccion de su argumento, previendo la respuesta á que creia tener reducido al pobre Leon. ¡Ah, no sabes!... se proponia responderle. Igual es decir que no quiere V. hacer nada. El hombre en sociedad no tiene derecho á no saber lo que quiere hacer, etc., etc. (1)

---

(1) Una página de etc., etc.

Pero Leon no le dió lugar para colocar semejante frase en la cual tenia gran confianza su tio.

Respondió sin titubear á la pregunta de este: quiero ser artista, quiero ser músico.

M. Chaumier se levantó exclamando:

—V. está perfectamente en su derecho queriendo hacer locuras; pero no hay miedo de que yo sea ni su cómplice ni su instigador. Bueno será que, desde el principio soporte V. solo todas las consecuencias. V. se arreglará de modo que no necesite le preste yo ningun género de auxilios.

M. Chaumier se salió del comedor, cerró con violencia la puerta, y desapareció.

Leon, su hermana y su prima permanecieron silenciosos durante algunos momentos.

Genoveva concluyó por llorar, no tardando en imitarla Rosa.

Leon las tomó á ambas por la mano, y dijo:

—Queridas hermanas, mi tio no tiene razon. Positivamente que, si yo me hallara en la posicion de Alberto, que no tendrá que hacer sino comprar un estudio y dejar que le ganen dinero, deberia continuar en la carrera que he comenzado; pero en mi situacion pueden pasarse aun muchísimos años antes de que *me gane la vida* y sea independiente. Además, ¿quién me asegura que conseguiré elevarme sobre ese negro mar ondulante que vaga susurrando en torno de los tribunales? ¿Por qué no he de decidirme esclusivamente por lo que haga mejor? Conozco á infinidad de músicos que ganan mucho dinero dando lecciones, y sobre todo no está en mi mano el elegir, sino que es preciso que comience á ganar sin perder momento.

A esta sazon entró Modesta con una carta cerrada: venia dirigida á Leon.

—Es de mi tio, exclamó.

Y la leyó en alta voz:

«Señor sobrino, la falta de respeto que conmigo se ha permitido, cuando tanto debo merecerle, me obliga á tomar para con V. una resolución severa. Tendrá V. la bondad de no volver á poner los pies en mi casa.»

—¡Bueno! ¡bravo! ¡sea! Supuesto que tanto olvida mi tío lo que le pidió mi madre al espirar, no volveré á entrar en su casa, sino cuando tenga á orgullo y á honra el recibirme; cuando al oír hablar de mí, tome la palabra para esclamar muy satisfecho: «Ese es mi sobrino.»

En cuanto á vosotras, hermana Genoveva y divina Rosa, no olvidareis al pobre desterrado. Hablareis alguna vez de él, juntas, por la noche. El también pensará en vosotras, y vuestros dulces recuerdos le sostendrán en sus luchas que tendrá que sostener, en los desalientos que se apoderarán de él.

Y muy en breve, tal lo espero, cuando haya logrado colocarme entre el número de los artistas de talento, cuando oigais pronunciar mi nombre con encomios, tendreis presente que los latidos que sientan entonces vuestros corazones, será mi mas envidiado triunfo.

Leon calló por algunos instantes; entrecabriéronse sus lábios y no hablaba.

Por último, tomándola las manos á Rosa, la dijo: —Rosa, encantadora Rosa, oye bien lo que voy á decirte; es mi secreto y mi tesoro, es mi presente y mi porvenir, es mi parte de felicidad en la vida la que voy á confiar á tu corazón. Yo te amo, Rosa; yo no sé si te amo mas, pero cuando menos te amo tanto como á Genoveva; yo te amo con el mas vehemente, con el mas apasionado amor. Cuando sueño en la gloria es porque estés orgullosa conmigo. No anhele la corona de laurel ni las flores de artista sino para adornar con ellas tus negros cabellos.

Rosa, sumamente confusa, ocultó la cabeza contra el pecho de su prima.

Leon continuó:

—Amado por ti, Rosa, nada me será imposible. Tendré fuerza y valor contra todos los obstáculos, porque tú eres mi fuerza y mi valor. Rosa, ángel mio, ¿quieres delante de mi hermana prometerme no olvidarme, esperar al día en que yo pueda venir á decirle á tu padre:

—Querido tío, á V. vuelvo otra vez; ya tengo un estado, con el cual me gano la subsistencia, y mi nombre cuando se pronuncia llama la atención de todo el mundo?

Todo esto lo he ambicionado por Rosa, por Rosa, á quien amo. Démela usted, confíeme usted su felicidad.

Rosa, conmovida hasta el extremo, tendió sollozando la mano á Leon.

Leon se llevó aquella mano á los labios, y después, levantándose, exclamó:

—Querida hermana, esposa mia, hasta que nos volvamos á ver.

Y salió feliz, orgulloso y tan gigante, que fué un milagro que no se incendiase con la luna su sombrero, ó que no derribase con él algunas estrellas.

## XXXIV.

En vano fué que Genoveva y Rosa intercediesen con M. Chaumier: permaneció inflexible. Leon habló de su proyecto, ó mas bien de su resolucion, á M. Anselmo.

M. Anselmo le animó; mas aun cuando de allí en adelante continuó tambien siendo su oyente asiduo, cambió enteramente en su modo de escuchar. No era ya una satisfaccion personal la que buscaba cuando tocaba Leon el violin; no se dejaba ya llevar con arrebatos por los encantos de la melodia. Juzgaba, criticaba, insistia en sus advertencias; no dejaba pasar nada, haciéndole volver á empezar diez veces seguidas una misma cosa.

Ademas, cuando se ejecutaba una ópera importante, algun concierto notable, ó cuando habia algun artista célebre á quien oír, M. Anselmo tenia siempre por casualidad, en el bolsillo de su vieja levita castaña, un billete para el concierto ó para el teatro.

Un dia le dijo á Leon:

—Tengo grande intimidad con M. Kreutzer; seria para él una verdadera satisfaccion darle á V. por recomendacion mia algunas lecciones de que aun necesita; vaya V. mañana á verlo con una carta mia.

Kreutzer no daba lecciones á menos de veinte francos; semejante fortuna era de una naturaleza tal cual no se hubiera atrevido á esperarla Leon jamás.

No podia menos de admirarse al observar la puntualidad y la exactitud del profesor; nunca se retrasaba ni en cinco minutos á la leccion. Lo que no le admiraba menos á Leon era, que llenando tan fielmente este deber de una amistad poco comun, nunca le preguntaba sin embargo por su amigo.

Un dia se encontraron yendo juntos Leon y Anselmo á Kreuzer en la calle.

—¿A quién saluda V? le preguntó M. Anselmo á Leon.

—¿Acaso no le ha conocido V?

—No.

—¿Si es su amigo de V., M. Kreuzer!

—No le habia visto.

—Ha pasado á tres pasos de nosotros, y tampoco él parece que le ha conocido á V.

—Es raro.

—Sí, es extraño.

Una mañana le dijo M. Anselmo á Leon:

—Ahora se trata ya de ganar dinero; V. tiene talento; mi amigo Kreuzer hará el favor de seguir dándole á V. algunas lecciones y algunos consejos. Pero al propio tiempo que se vaya V. perfeccionando, es preciso tambien que se vaya V. dando á conocer, y que V. mismo vaya dando lecciones. Sé de una á la que puede V. empezar á ir desde mañana; su retribucion será de diez francos por leccion. Es un precio casi ridiculo para un profesor jóven; pero es necesario no aceptar menos. Es muy reducido el número de verdaderos inteligentes, y casi todo el mundo estima la música segun lo que le cuesta.

Leon no sabia cómo darle gracias á M. Anselmo.

Este le dijo:

—A mí nada tiene V. que agradecerme; uno de mis amigos, hombre muy rico, quiere que su hijo aprenda á tocar el violin. Me ha preguntado si sabia de algun buen profesor; le tenia á V. tan á la mano, que

habria sido preciso que se me hubiera seguido una grave estorsion para que no le hiciera á V. este ligerisimo favor; además, sé de muy pocos talentos que me satisfagan tanto como el de V. En cuanto á mí pienso partir para Alemania, de donde no volveré hasta la primavera. Escribame V. algunas veces, y póngame al corriente de los buenos resultados que vaya obteniendo, porque tengo completa seguridad de que hará V. suerte. Adios.

Leon era muy feliz, esta sola leccion equivalia á la pension que le suprimia su tio; tenia con qué vivir, y debiéndoselo á su arte, á su violin

Comenzó á trabajar con todo el ardor que presta un feliz resultado.

El amigo de M. Anselmo recibia gentes; Leon se hizo oir muchas veces, y fué muy aplaudido.

Entonces pensaba en Rosa, en Genoveva, en M. Chaumier.

Rosa y Genoveva llevaban la vida de siempre, entre fiestas y diversiones; pero Genoveva gustaba muy raras veces de la dicha con que se embriagaba Rosa.

La persecucion de Modesta, la indiferencia de Alberto, venia á cada instante á traspazarla el corazon; no habia vuelto á ver á Leon; le escribia algunas veces teniéndole al corriente de cuanto ocurría en la casa.

Leon veia con bastante frecuencia á Alberto, que se lo llevaba consigo á sus diversiones.

Además, no tardó en relacionarse con un gran número de jóvenes artistas como él, que, de la propia suerte que los estudiant, lo impelian á un género de vida opuesto á sus hábitos y á sus inclinaciones. Bebia con ellos, aun cuando no le gustase el vino, y no se atrevia á dejar de beber un poco mas de lo que bebia el que mas.

Ocultaba, con un cuidado imposible de imaginar,

sus cualidades preciosas, para ostentarse orgulloso con vicios que no poseía. Se habría puesto encendido de vergüenza si hubiera dejado entrever con una sola expresión que encerraba en sí poesía, entusiasmo y elevación de alma.

## XXXV.

M. Chaumier quiso también á su vez recibir gentes. Y como sus conocimientos se habían apoderado de todos los días de la semana, no quedándole sino el domingo de que disponer, se vió en la necesidad de adoptarlo para sus recepciones.

El primer domingo en que hubo reunión la pareció á Genoveva un sacrilegio; este era el día consagrado á la familia, y consagrado desde hacia tanto tiempo.

Rodolfo de Redeuil se mostró sumamente expresivo con Rosa.

Al día siguiente por la mañana les decía Modesta á los criados:

—Ese sería un buen casamiento para la señorita.

Trajeron una carta de Leon; casi no hablaba en ella de nada mas que de Rosa.

«Ayer, decía, ayer domingo, cuando os hallábais reunidos en torno de la mesa de familia, ¿os ocurrió pensar en mí al ver mi sitio desocupado?»

—Rosa, exclamó Genoveva, me parece imposible que haya de poder escribirle que tuvimos baile en casa,

que estuvimos bailando casi toda la noche, y que ya no hay domingo.

—¡Oh, Dios mio! prorumpió al acabar de leer la carta, ¡se halla enfermo!

—¡Enfermo! exclamó Rosa, ¡y está solo!

—Solo, continuó Genoveva, y sin nadie que le cuide.

—Oye, dijo Rosa, mi padre no lo sabrá; vamos á verle.

Genoveva abrazó á Rosa, y ambas se pusieron los chales y los sombreros; pero en seguida preguntó Rosa:

—¿Y quién nos acompañará?

—¡Ay! es verdad; ¿quién ha de acompañarnos?

—Modesta nos hará mil preguntas y mil reflexiones.

—Vamos solas.

—¿Y te atreverás?

—Sí.

—Pues yo no he de ser menos atrevida que tú.

Pero al salir, trémulas y con la emoción, encontraron á M. Chaumier que entraba y que las preguntó á dónde iban.

—Vamos á ver á Leon, dijo Rosa.

—Que está malo, añadió Genoveva.

—¡Cómo! exclamó M. Chaumier, ¿iban ustedes á salir solas sin mi permiso?

—Pero papá, interpuso Rosa, ¡si está enfermo!...

—No importa, esto no es conveniente, ó por mejor decir, no me conviene; vuélvase ustedes adentro.

Ambas obedecieron sin replicar. Genoveva entreabrió la boca; pero retuvo las palabras ya próximas á escapársele de los labios.

M. Chaumier se entró en su aposento. Rosa se quitó su chal y su sombrero; Genoveva permaneció vestida.

—Oyeme, Rosa, dijo, no obedeceré yo á mi tío; yo

no he de dejar á mi hermano enfermo, sin cuidados y sin consuelo; voy á marcharme; sin duda alguna ya me hallaré aqui de vuelta á la hora de comer; así que no se aperebirá de nada mi tío.

Rosa temia la cólera de su padre; no obstante, no halló ni una sola razon que oponer al proyecto de Genoveva.

—Marcha, Genoveva, la dijo, y dile que de buena gana te acompañaria.

Era la primera vez en su vida que se veia Genoveva sola de aquella suerte por las calles; de modo que su miedo no reconocia igual. Empero si bien no se atrevia á ir á pié, menos osaba aun entrar en un carruaje.

Veinte veces estuvo á punto de volverse por sus propios pasos; pero el pensamiento de la indisposicion de Leon la daba un poco de valor y de fuerza; así es que llegó á su casa llena de cansancio y de vergüenza.

¡Cual no fué la dicha de Leon al reconocerla! Estaba solo en su reducido aposento. La añciana portera subia de vez en cuando á ver si necesitaba algo, volviéndose en seguida á su departamento.

El médico acababa de salir, y despues de decir lo que habia de dársele, añadió:

—Esta tarde, y aun esta noche, quizá tenga un poco de fiebre y de delirio.

La prediccion del médico comenzaba á cumplirse; la fiebre se manifestaba con violencia.

No obstante, tenia asida la mano de Genoveva, y la hacia mil preguntas; ¡hacia tanto tiempo que no se habian visto!

El contento de Leon llegó á su colmo cuando supo que Rosa habia querido ir á verlo. Mas feliz que su hermana, podia hablar de la que amaba y decir que la amaba.

Genoveva habia convertido el no revelar su secreto en una ley que no hubiera infringido ni aun al

precio de su vida; así que solo despues de infinitos rodeos se atrevió á decir:

—Nosotros casi no vemos á Alberto. ¿Qué hace? ¿Le ves tú mas que nosotros?...

Estuvo dudando cerca de un cuarto de hora antes de atreverse á añadir: cuando su último viaje á Fontainebleau estaba enamorado; grababa O en todos los árboles del bosque.

—¡Ah! ya sé, contestó Leon: *Octavia*: era madama Haraldsen; pero hace ya mucho tiempo que no piensa en ella.

Le pareció á Genoveva que le quitaba su hermano una montaña de encima del pecho.

—¡Cómo! ¡Alberto no se hallaba ya dominado por el amor de ninguna otra! ¡Alberto podia amarla! ¡Toda cuanta felicidad habia soñado y que ya creia perdida, podia volver á encontrarla!... ¡Acaso no se hallaria su vida entera consagrada al dolor!...

Como ella habia cesado de hablar, Leon se durmió, pero con un sueño agitado y convulso; pronunciaba entre sueños palabras sin ilacion.

Genoveva hizo que llevasen á Rosa una carta en la que la decia que Leon se hallaba gravemente enfermo, y que pasaria la noche á su lado.

La noche fué mucho mas tranquila de lo que era de esperar.

Por la mañana se marchó Genoveva, dejando á Leon todavía dormido.

Rosa no se habia despertado aun; pero así que sintió á Genoveva, comenzó á dirigirla una larga serie de preguntas.

Genoveva estaba rendida de cansancio y medio muerta de frio.

—¡Pues bien! la dijo Rosa, acuéstate conmigo, así te calentarás, y podremos seguir hablando.

Genoveva le describió á Rosa la reducida estancia

de su hermano, el desorden que reinaba en ella, y la vida tan pobre á que parecia condenado.

—Pronuncia muy á menudo tu nombre, la dijo á Rosa, te ama. Y mi buena y querida Rosa, en medio de todo ese cúmulo de gentes que vemos, no lo olvidada, no; si así fuese, seria demasiado desgraciado. Tú constituyes su vida entera.

Rosa la respondió que todos cuantos hombres se presentaban á su vista, lejos de hacerla olvidar á Leon, no hacian sino despertarla su recuerdo, por una comparacion que le era siempre ventajosa.

—Siento, exclamó Genoveva, que no le hayas visto; ¡estaba tan hermoso, durmiendo agitado por la fiebre, cuando te nombraba!

Rosa abrazó á Genoveva y la juró que amaria á Leon eternamente.

—¡Ah! dijo Genoveva, querida prima...

—Llámame tu hermana, la interrumpió Rosa.

—¡Ah! si, hermana mia, ¡mi querida hermana; vosotros sereis dichosos.

Y cruzó por la mente de Genoveva la idea de que aun habia otro medio de ser la hermana de Rosa. Lo que le habia manifestado Leon del olvido que tenia Alberto á madama Haraldsen, habia reanimado en su corazon una esperanza que largo tiempo habia tenido por un sueño.

No obstante, no se atrevió á hablarle de ello á Rosa. Ambas se durmieron hablando de Leon, y la una en los brazos de la otra.

## XXXVI.

Si el papel blanco no fuese una de las cosas mas respetables en el mundo, y si no tuviera que economizar mi botella de tinta, de la cual me quedan muchas cosas que sacar, escribiria uno ó dos volúmenes refiriendo todo cuanto pasó en el año ó dos que siguió á la conversacion de las dos primas. Pero creo mas oportuno el hacer aquí un entreacto.

Yo no sé si habrán ustedes mirado alguna vez una botella de tinta. Yo compré una, hace un mes, y la verti en un espacioso tintero. Su aspecto tiene todas las apariencias de un pequeño Océano negro.

Voy primero á sacar de él dos volúmenes; dos volúmenes hacen cuatrocientas veintiocho mil letras; estas cuatrocientas veintiocho mil letras existen indudablemente en mi tintero, pero en estado de mezcla y de confusion.

Se trata por lo tanto de lanzarlas al harpon y de pescarlas, una en pos de otra, con el afilado pico de mi pluma, en el susodicho Océano negro, y de ir las colocando en buen orden en hojas de papel blanco.

Hay momentos en que fijando los ojos en la superficie negra de ese *cócito* (siempre mi tintero), me divierto en ver todo cuanto se refleja en este sombrío espejo.

Mis gafas, en él reflejadas, aparecen como si fuesen mariposas rojas, verdes y amarillas, como dice mi amigo el poeta Teófilo.

Despues, á medida que miro, concluyo por ver millones de diminutas letras enredadas, mezcladas, confundidas las unas en las otras, corriendo á derecha, á izquierda, evitándose, persiguiéndose, chocándose, formando palabras originales y desconocidas; atropellándose, derribándose, combatiéndose, devorándose, y por medio de su reunion, refiriendo historias tan singulares, tan descabelladas, tan verdaderas, que no sé si me atreveré á referirselas á ustedes, ó si volveré á arrojar á la mar las letras que las componen, cuando lleguen á caer bajo la punta de mi harpon.

Momentos hay en que se elevan sordos mujidos, en que se levantan tormentas de tinta que me intimidan, y me obligan á suspender la pesca, y á que me retire á las orillas del tintero.

Pero hoy *está la mañana hermosa*, como dicen las barcarolas. ¡Oh, parisienses, amigos míos, y cómo se burlan de vosotros con las barcarolas! Todas, todas las he cantado en la mar, y todas ellas parecen allí ridiculas á no poder mas. ¡Oh, músicos, mis otros amigos, ó mas bien mis enemigos, que os formais una idea del mar cual si fuese lo mismo que vuestra garrafa, ó que vuestra jofaina, y que imaginais que el Océano no es sino una exageracion del estanque grande del jardin de las Tullerías!)

*La mañana está hermosa*; aun tenemos tres plumas cortadas por manos encantadoras. *Pescador, no levantes la voz.*

## XXXVII.

Un año despues, hé aquí la situacion en que volvemos á hallar á nuestros personajes. A Genoveva la habian prohibido formalmente el ver á su hermano; ella no creyó que debia someterse á esto, y se fué á vivir con él.

Leon, cuya reputacion comenzaba á estenderse, ganaba ya bastante. Habia alquilado una habitacion no muy espaciosa en la calle de San Honorato. Su talento hacia que lo buscasen con empeño en todas las reuniones, y sucedió lo propio que él habia previsto, que en medio de los aplausos que escitaba, no le disgustaba muchas veces á su tío el esclamar:

—Ese jóven es sobrino mio.

Leon, por otra parte, no dejaba nunca de saludarlo respetuosamente cuando se encontraban en algun salon; y aun cuando no hablaba á Rosa, sabian muy bien espresarla sus miradas: *¡Rosa, estos aplausos te pertenecen!* Y Rosa lo comprendia tan bien, que se ruborizaba con los elogios que hacian de su primo.

Una de las veces que M. Chaumier hubo de esclamar: ese jóven es sobrino mio, se vió bastante turbado para responder á una pregunta muy natural escitada por su confidencia:

—¿Cómo es entonces, le dijeron, que nunca se le ve en sus reuniones de V. los domingos?

No habia medio de decir: porque lo he echado de casa; y lo he echado porque queria ser músico, y ad-

quirir el talento que ustedes aplauden, y del que yo mismo no puedo menos de mostrarme bastante ufano.

Hízole ya por fin un día seña á Leon para que se le acercase, y le dijo:

—Leon, sobrino mio, no hay pecado alguno para el que deje de existir perdon. Nunca fué mi intencion, al querer castigar una ligereza de jóven, la de desterrar para siempre de mi casa á los hijos de mi hermana. Rosa y Alberto, cuando vemos á Alberto, hablan de vosotros dos todos los domingos, y se ven en semejante dia dos sitios desocupados en la mesa, lo cual daña estraordinariamente á la vista. Ven pues el domingo próximo con tu hermana, y olvidemos nuestras ligeras diferencias.

Rosa, por un movimiento involuntario, se arrojó al cuello de su padre, y lo abrazó para darle gracias por semejante pensamiento que no habia confiado á nadie.

Leon dió gracias á M. Chaumier, de palabra, y á Rosa con los ojos y con el corazon. Desde aquel dia Genoveva y Leon comieron todos los domingos en casa de su tio.

Alberto habia comprado un estudio de abogado, que dejaba enteramente al cuidado de su oficial mayor, y continuaba entregándose á todos los caprichos de su imaginacion.

M. Anselmo le habia escrito á Leon dos cartas, á las cuales ni aun habia pensado este en responder.

Madama Modesta Rolland no habia visto sin disgusto volver á la casa á Leon y Genoveva; asi que ponía el mas esquisito cuidado en traerlos como á estraños y como á inferiores.

## XXXVIII.

La habitacion de Leon y de Genoveva era de una sencillez muy distante de los hábitos de su infancia, sin embargo de que nada tuviera la casa de Fontainebleau de magnífica ni de suntuosa. Se componia de cuatro piezas reducidas. Los muebles, poco numerosos, eran de nogal.

Cuando se fué Genoveva á compartir la buena ó mala fortuna de su hermano, quiso Leon alhajarla con mayor riqueza. Pero Genoveva, despues de haber examinado con madurez el estado de sus negocios, observó, que si bien ganaba bastante durante el invierno, no tendria casi nada que hacer en todo el verano, á causa de que todos sus discipulos se marchaban á pasarlo fuera; y ambos estaban perfectamente de acuerdo sobre un punto, que era, en no recurrir por nada en el mundo á M. Chaumier.

Genoveva, con el auxilio de una mujer anciana que iba todos los dias dos horas, tenia su reducido menaje con una limpieza que deslumbraba, proveyendo ella sola al cuidado de la cocina, tanto menos complicado, cuanto que Leon comia casi siempre fuera.

Leon suplicaba á Genoveva que no se tomase la menor fatiga, y sobre todo que no se ocupase de cosas á que habia sido estraña durante toda su vida. Pero Genoveva se valia de los mas ingeniosos pre-

testos para no variar en nada la marcha que habla adoptado.

Alberto venia algunas veces á verlos; pero aun cuando Genoveva espiaba sus miradas todas, todos sus movimientos, era difícil hallar en ellos el mas leve sintoma de amor.

Nunca dejaba, al entrar, de besar la frente de su prima, y de hablarla en un tono afectuoso; pero siempre concluia por ver que el objeto de su visita era un encargo para Leon, que la dejaba al irse.

Cuando la encontraba sola, ó cuando Leon estaba en casa, no hacia sino entreabrir la puerta del aposento de Genoveva al entrar y al salir, y saludarla sin entrar ni detenerse un solo instante.

Estas visitas la producian siempre á Genoveva un profundo sentimiento de tristeza; no obstante, su único deseo era el verlas renovarse, y su corazon latia con la mas dulce ilusion cuando reconocia el modo de llamar á la puerta de Alberto.

En vano se obstinaba Leon porque le manifestase la causa de su disgusto; ella negaba que tuviese el menor pesar.

Leon se esforzaba en procurarla algunas distracciones; la llevaba al teatro, y era el mas feliz de los hombres, cuando lograba sorprender una sonrisa en los lábios de su hermana.

Pero, algunas veces, sin saberlo, era él la causa de la tristeza de Genoveva.

Por la costumbre de no ocultarla nada, la referia cuanto acababa de comunicarle Alberto acerca de sus amores pasajeros, que tenian siempre un carácter de exageracion romancesca y fantástica, que divertia á Leon, y le inclinaba á contárselo á su hermana de un modo que creia la iba á divertir extraordinariamente.

Genoveva ocultaba á su hermano con el mas esquisito cuidado sus impresiones; todo lo mas que con-

cedía al placer que experimentaba de ocuparse de Alberto, en alta voz, era el hablar mucho de Rosa; hablaba naturalmente de la casa de M. Chaumier, en la cual no existía ni aun un mueble solo que no la hiciese conmovér.

Muchas veces también hablaban de Fontainebleau. Otras, después de un prolongado esfuerzo y de una cruel incertidumbre, le dirigía Leon alguna pregunta acerca de Alberto; pero ponía el mayor cuidado en hacerla en un tono de ligereza y de indiferencia.

—¿Cómo van los amores de Alberto? decía.

Y estas dos palabras, *Alberto* y *amores*, la desgarraban el corazón y los labios. Y Leon tenía siempre alguna anecdotilla que contar, y Genoveva se sonreía

Un domingo empezó á presentarse todo mal. La leche por la mañana se subió y se derramó fuera de la cacerola.

Leon le refirió á su hermana que Alberto se hallaba enamorado de una actriz, y que en la actualidad no se ocupaba de otra cosa.

A eso de las tres salieron para dirigirse á casa de M. Chaumier.

Abrióles la puerta Modesta y les dijo:

—No hay nadie.

—¿Cómo nadie? preguntó Leon.

—¿Pues no es hoy domingo? añadió Genoveva.

—Sí, domingo es; y de ningún modo ha sido mi ánimo el negarlo. Pero el señorito Alberto no ha vuelto á casa desde el domingo pasado, y el señor y la señorita comen hoy y pasan la noche fuera.

El notable esmero que se advertía en el traje de Modesta, revelaba la intención de salir y venía en apoyo de cuanto acababa de decir.

El hermano y la hermana se miraron en silencio; veían desvanecérseles la esperanza que los había sostenido durante toda la semana, y semejante decepción

no podía menos de originarles dudas respecto del domingo siguiente.

Genoveva podía apenas sostenerse; dijo que se sentía sumamente fatigada, y entró á sentarse un instante.

Leon recorrió toda la casa y se detuvo en el aposento de Rosa; halló en él las ropas que se había quitado por la mañana y las cubrió de besos. Había varios alfileres en un acerico; los quitó y los volvió á clavar de modo que formasen su nombre Leon.

Entre tanto, Modesta daba la última mano á su tocado.

Se estaba ya poniendo su papalina de escandalosas cintas encarnadas y amarillas.

Genoveva se levantó la primera, fuése en busca de Leon y le dijo:

—¿Quieres que nos vayamos?

Leon se levantó, besó aun otra vez el vestido de su prima, y exclamó:

—¡Vamos!

Y no se movió.

Genoveva lo tomó por la mano y se lo llevó consigo.

Modesta puso el mayor cuidado en guardar silencio acerca de lo mucho que le había encargado Rosa que les dijese á sus primos cuán sensible la era tener que salir.

Leon y Genoveva por último se marcharon abrumados de tristeza, y se volvieron á su casa sin desplegar los labios.

Genoveva avivó el fuego y puso en la mesa lo que había restado de la comida del día anterior.

Leon dijo que estaba triste; Genoveva que la dolía la cabeza; ambos que no tenían gana, y no comieron.

Después hablaron de Rosa. Genoveva supo hallar mil excusas para ella, y adivinó sin trabajo que pro-

bablemente Modesta habria cumplido el encargo de sus amos con ciertas restricciones.

Hablóle á Leon de la perfidia de Modesta y de todo cuanto habia tenido que sufrir con ella.

—¡Pobre hermana mía! la dijo Leon.

—¡Ah! á nadie mas que á ti, querido Leon, es á quien debo la dicha de verme libre de ella.

—De esta suerte, querida hermana, exclamó Leon, podrá serte mas llevadera la humilde existencia que estás pasando á mi lado.

—Yo, mi buen Leon, te doy gracias por ello todas las noches al rezar mis oraciones, suplicando á Dios que se sirva recompensártelo.

—¡Ah! prorumpió Leon, no por eso es menos cierto que te hallas privada de los placeres del mundo, de las reuniones y de los bailes; porque á pesar de la acogida que me hacen en las casas á donde voy, no puede ocultárseme que conservo siempre la inferioridad del hombre pagado. A quien convidan es á mi violin, y si no se necesitase de alguien para que lo llevase, y pasase el arco por cima de él, nadie habria de acordarse de mí.

Esta es una cosa que trato de ocultármela á mí mismo la mayor parte de las veces; pero cuando la veo muy en relieve, salgo de las casas, jurando no volver á ellas. Empero esto equivaldria á renunciar á mis discipulos, y lo requiere la necesidad. Además, algunas veces suelo arrancarles aplausos de buena fé, y entonces lo olvido todo.

Nadie piensa, sin embargo, en invitar á mi hermana; y seria yo tan feliz y tendria tanto orgullo en poderte llevar conmigo.

Genoveva le contestó que no echaba absolutamente de menos semejantes diversiones.

Genoveva mentia. Cuando se marchaba su her-

mano por las noches á alguna funcion, sentia oprimír-sela su pobre corazon; pero por nada en el mundo hubiera querido apesadumbrar á Leon.

En este momento llamaron á la puerta, y como se habia quedado puesta la llave, entró un hombre que le pidió á *su vecino* permiso para entrar á encender su bujía.

Era M. Anselmo, con su mismo sombrero viejo y su misma levita castaña.

### XXXIX.

—Yo podia muy bien, exclamó M. Anselmo, fingir que me sorprendia al verle á V. con una señora, y aparentar que me retiraba discretamente, para hacerle á V. decir que esta señorita era su hermana. Pero la he visto ya en otra ocasion, y la reconozco perfectamente.

Tomó una silla y se colocó al lado de la chimenea frente por frente á Genoveva. Leon quedó colocado en medio.

Permaneció algun tiempo contemplando silenciosamente á los dos hermanos; despues se resolvió á decir:

—A mi vuelta me dirigí á nuestra casa antigua; allí me dieron las señas de su nueva habitacion, que se sirvieron ustedes dejar para mí, por lo cual les doy mis mas espresivas gracias. Vine aquí al momento, y no los hallé. Me dijeron que habia un cuartito desalquilado en la casa encima del de ustedes; lo

he tomado para mi, y de esta suerte hemos vuelto á ser otra vez vecinos. ¿Y cómo ha sido eso, que ahora viven ustedes juntos?

Leon experimentó sumo embarazo al haber de responder delante de su hermana á aquella pregunta, que la hacia ver á esta, por primera vez, el grado tan inmenso de confianza á que se habia dejado ir con M. Anselmo.

Pero Genoveva contestó:

—Ahora somos mucho mas felices.

—Encantadora señorita, la dijo M. Anselmo, doy á usted infinitas gracias por haberme permitido percibir el sonido de su voz, que es sumamente dulce y melodiosa.

No preste V. excesiva admiracion á mis preguntas. Aprecio mucho á su hermano de V. que tiene muy buen corazon y bastante talento, y á V. tambien la quiero mucho, porque es V. una criatura buena, noble y hermosa, y por otro gran número de razones, demasiadas para haber de ser referidas aquí. Lo cierto es que me produce el mayor encanto el verla á usted aquí con él.

Y M. Anselmo no apartaba un momento la vista de Genoveva.

Quiso ver el color de su cabello y la forma de su mano; despues la suplicó que hablase, aun cuando no la ocurriera nada que decir, solo con el objeto de oír su voz.

Entre tanto, le refirió Leon algo de lo pasado, poco de lo presente, y mucho de lo porvenir. Habló de sus proyectos y de sus esperanzas.

—¿Y Rosa? preguntó M. Anselmo.

—¿Conoce V. á Rosa? interpuso Genoveva.

—Sí, seguramente, y la quiero mucho, aun cuando menos que á V.

—¡Rosa! prorumpió Leon, ¡Rosa se ha olvidado de mi!

—Rosa no te olvida, le interrumpió Genoveva. Pero tenga V. la bondad, caballero, de no hablarnos hoy de la casa de mi tío: seríamos injustos con ellos. Nos hallamos sumamente afectados á causa de una especie de quid pro quo por el que, hoy domingo, día consagrado á la reunion de familia, no los hemos visto.

Y Genoveva se detuvo de súbito y se ruborizó á causa de un pensamiento que acababa de cruzarla por la mente.

Temia que aquel anciano que tan perfectamente los conocia á todos, cayese en la tentacion de hablar de Alberto.

—En efecto, dijo M. Anselmo, hallo á Leon melancólico y abatido.

Tomóles la mano á Leon y á Genoveva, y les dijo:

—Amigos míos, hallándose aun al principio de la vida, es preciso que no se dejen ustedes desalentar por las primeras pruebas.

Voy á referirles á ustedes un ejemplo de lo que pueden la resignacion y el valor.

Uno de mis amigos, hombre ya entrado en edad madura, vió de pronto desvanecerse entre las manos y huirsele de la propia suerte que el agua á través de los dedos, toda cuanta felicidad habia reunido y ocultado como un avaro para el resto de su vida.

Un día se halló solo, y no solo sin afecciones, sino rebosando en odio hácia todo cuanto habia constituido hasta allí el objeto de su cariño.

Partió sin dinero, sin objeto, sin esperanzas. ¡Pues bien! trascurridos algunos años, era ya rico y considerado, ministro y amigo de un soberano extran-

jero, abrumado de honores y de dignidades; y el cielo, no menos pródigo de bienes que lo había sido de males, le ha devuelto los objetos de su mas viva y mas dulce ternura.

Pero ustedes están muy tristes esta noche, y es necesario procurar distraerlos. Por casualidad tengo en el bolsillo billetes para la ópera.

Y comenzó á buscarlos en la faltriquera del pecho de su vieja levita.

—¡Un palco, por vida mia! Si ustedes quieren, vamos á ir allá los tres.

Genoveva se vistió; estaba encantadora. En los bailes á que había concurrido hasta allí con Rosa, se oponia su luto á que se vistiese hablando con propiedad.

Cuando se halló dispuesta, á pesar de que era de noche, se mostraba M. Anselmo orgulloso al dar el brazo á su preciosa vecina.

La advertia del menor obstáculo en que podian detenerse ó tropezar sus diminutos pies; la iba buscando el mejor camino.

Al volver, se separaron en el descansillo del piso en que vivian Leon y Genoveva, y M. Anselmo subió al suyo.

Al dia siguiente recibieron una carta de Rosa: sentia extraordinariamente el motivo que la había privado de ver á sus primos.

Habia visto el nombre de Leon en el acerico. Aquel acerico había sido hecho por ella y se lo mandaba á Leon.

Habia quitado los alfileres y había formado en él, clavándoles de otro modo, las primeras letras de su nombre y del nombre de Leon.

Leon se conceptuó sumamente feliz con semejante presente, porque tales bagatelas son las que constituyen las mayores felicidades de la vida.

Si hubiese podido ver alguien el tesoro de Genoveva, tesoro guardado mas cuidadosamente que el de ningun avaro, tesoro que contemplaba cuando se hallaba sola, hubiera visto:

Una rosa seca dada por Alberto;

Una rama del álamo en que habia grabado este una O en el bosque;

Una carta autógrafa del mismo, carta preciosa que contenia estas palabras:

«Mi querida prima, enviame con el portador de esta carta mis guantes que me los he dejado olvidados.

»No quiero entrar yo mismo por ellos porque no me pregunte mi padre á dónde voy.»

Una cinta dada por el propio;

Una docena de flores, asimismo secas, pero para cada una de las cuales la memoria de una mujer, siempre tan exacta para las fechas, tenia reservado un dia, una hora, un recuerdo;

Los guantes que tenia puestos un dia Genoveva, al bailar con Alberto.

## XL.

Qué cosa tan contagiosa es la estupidez, ¡Dios mio! He dejado pasar uno de sus mas graves síntomas en el capitulo precedente; pero un sintoma de estupiden

de un género enteramente particular, precisamente del que yo me creía mas al abrigo.

Al hablar de los recuerdos y de las mil circunstancias de un amor verdadero, he dicho: «Semejantes *bagatelas* suelen constituir las mayores felicidades de la vida.»

*¡Bagatelas!*

¿Y en dónde están las cosas serias?

¿Dónde se hallan las cosas grandes?

¡Oh, hombres graves! examinemos aunque ligeramente lo que hacéis; veamos qué es lo que os dá derecho para sonreiros al hablar de un jóven enamorado, y esclamar con un aire de superioridad incontestable: «Ya se le pasará.»

—¡Ay, hombres graves! ¡lo que no se pasará es vuestro embrutecimiento, es vuestra impotencia, son vuestras numerosas enfermedades, que tomáis por otras tantas virtudes!

¡Oh, hombres graves! hacéis el sacrificio de vuestra vida, de vuestra pereza, de vuestros amores, para tener algun dia derecho á atar en un boton de vuestra levita una cinta de un rojo determinado. Conseguido esto, volveis á comenzar con nuevos y mayores esfuerzos. Es preciso no detenerse en tan buen camino.

¡Qué felicidad, en efecto, si podeis algun dia, así os cueste un brazo ó una pierna, ó aun cuando sean diez amigos, qué felicidad si al fin podeis formar un lazo con vuestra cinta!

Para esto no se escasean ni cuidados ni trabajos, ni sacrificios, y llega un dia en que obteneis tan halagüeña recompensa.

¡Un lazo, Dios mio! ¡cuán inmensa superioridad os proporciona esto sobre los que no tienen sino un nudo!

Se recuerda, sin embargo, no sin cierto placer, el momento en que no se tenia sino un nudo, el momento

en que, si hubiéseis tenido la audacia de anudar vuestro cordón formando un lazo, se hubiesen ocupado de castigar vuestro crimen la gendarmería, la guardia nacional, el ejército entero.

Se suele decir: ¡y sin embargo, no hace mucho que no tenía yo, tampoco sino un nudo! Pero lo que dista aun mucho mas de vosotros, lo que no osais esperar, lo que enumerais en el catálogo de los deseos ridiculos, á la par que el antojo que concibiera una mujer por poseer una pulsera de estrellas, es... no me atrevo á decirlo... es. . ¡oh colmo de la felicidad! ¡oh gloria! ¡oh grandeza! es el anudar el cordón alrededor del cuello.

¡Pues bien! si sois hombre afortunado, si os favorecen las circunstancias, si no sois demasiado escrupuloso en ciertas cosas, algun día, cuando seais viejo, cuando blanqueen vuestros cabellos, llegareis á tocar tan inesperada felicidad. Entonces se deslizan de vuestros ojos lágrimas de alegría, y os morís exclamando: ¡Oh, Dios mio! ¿puede ni aun imaginarse que existan hombres tan favorecidos por el cielo, á quienes les sea dado el llevar la cinta colocada de la propia suerte que una banda de derecha á izquierda?

Y esto, ¡oh, hombres graves y formales! á la par que las jóvenes se adornan á su antojo con cintas de todos colores, formando con ellas nudos, lazos y cinturones. Ved aqui unas cintas graves, ved aqui un asunto verdaderamente formal, porque con ellas se ponen bonitas.

¡Oh, hombres formales! Conozco á tres ó cuatro que me han dicho muchas veces:

—¿Cuándo se ha de ocupar V. de algun trabajo sério? ¿Es por ventura lo que vosotros hacéis lo que necesito hacer yo?

¡Ay! ¡si me permito reirme algun tanto, si tengo aun algunos accesos de aquella divina alegría tan fran-

ca, de la primera juventud; si me caigo rodando muchas veces sobre mi alfombra, vencido por las carcajadas convulsivas, á vosotros es á quienes lo debo; á vosotros, hombres graves, objetos de mi eterno reconocimiento; á vuestros graves ceños, á vuestras preocupaciones, á vuestras acciones, á vuestra importancia.

¡Oh, hombres graves! ¡oh, vosotros los mas bufones, los mas irrisibles de los seres creados! ¡vosotros que sois los únicos que poseeis el verdadero ridículo, ese ridículo que tan en vano se busca en el teatro: el ridículo frío, el ridículo sério!

Por ventura, ¿no os parece así mi vida bastante grave? ¿Qué es pues lo que hallais mas sério y mas grave que lo que yo hago?

Yo veo alzarse y ponerse todos los dias el sol; contemplo mis flores; voy á ver si la rosa que he bautizado, aquella rosa á que he dado el nombre de C... S..., ha abierto sus pétalos con un tan precioso amarillo; respiro el perfume de mis resedas; busco y mato el gusano que roía mi dalia, la dalia violeta á que han dado mi nombre los jardineros de Paris; doy los buenos dias á cada una de mis flores; juego con mi perro; voy á vagar por las orillas del rio, deslizándome por las verdes riberas, bajo los sauces; dejo que vuele mi imaginacion á los poéticos ensueños de la noche, cuando bajo un cielo anaranjado al declinar el dia, estienden los álamos su negro follaje; ó en el invierno, con Leon Gatayes al lado de la chimenea, recostados ambos sobre cogines, fumando aloe en largas pipas de cerezo; en la habitacion que tanto me gusta; en esa habitacion tan dorada como el palacio de un rey; en esa habitacion tan llena de recuerdos, hablamos de lo pasado; desgranamos nuestros recuerdos como un hermoso collar de perlas; hablamos de nuestra pobreza y de nuestra loca alegría y nos reímos como no se rie nadie.

Le hablo de un pensamiento que ha ocupado mi vida entera, y le participo hasta una palabra, hasta una mirada; porque no hay nadie que lo sepa todo sino él, y solo él es á quien yo se lo cuento, á él solo, quien nada de nuevo halla en cuanto digo; y mi fisonomía se vuelve á animar con el fuego y la juventud de otros tiempos; y mi acento se torna noble, elevado, lleno de espresion y de entusiasmo; ó bien me habla él de su hermano Eduardo que ha muerto y lloramos ambos.

O ejecuta en su arpa alguna armonía que se ha desdeñado de dar á conocer *al público*.

O nos vamos juntos á nadar al mar; y juntos desafiamos las furias del Océano: ó montamos á caballo y él me enseña á caerme menos á menudo.

¡Oh, señores graves! ¡señores doctos! ¡señores fuertes! ¿sabeis por ventura algo mas grave que todo esto?

¿Cuál de estas ocupaciones seria la que consentiriais en permutar por una de las vuestras?

Hombres graves, guardad vuestros polichinelas, vuestras trompas y vuestros soldados de plomo, y no menospreciéis los soldados de plomo, las trompas y los polichinelas de los niños, que a su vez no quieren menospreciar los vuestros, quizá porque no los conocen.

## XLI.

### La cuarta columna de una cama.

Alberto llegó una mañana en ocasión en que Genoveva se hallaba sola. Se sentó á su lado y la dijo:

—Mucho me alegro de encontrarte sola, porque tengo que hablar contigo. Hasta aquí he vivido como muchacho y como estudiante; es preciso, por razones que no tardarás en saber, que alhaje convenientemente mi habitación, y para esto necesito de los consejos de una mujer: á tí pues es á la que he elegido para que guie mi inesperienza y me saque de dudas. No tengo que amueblar sino mi alcoba, y quiero adornarla con muebles antiguos de madera tallada. Si no tienes algún inconveniente en ello, quisiera que fuésemos á recorrer juntos los almacenes.

Cuando dijo Alberto: «por razones que no tardarás en saber,» entreabrió Genoveva los labios para esclamar:

—¿Es que te vas á casar?

Pero pasóse el día en mil y mil conjeturas dándole vuelta á la frase en cien diferentes sentidos y despues en buscar ocasión oportuna para espresarla, tanto, que por la tardé, cuando la dejó Alberto en su casa, aun no se había atrevido á pronunciarla.

Al día siguiente volvió Alberto por la mañana temprano; había hecho un descubrimiento que le llenaba

de desconsuelo, y venia á suplicar á Genoveva le ayudase á reparar su desgracia.

Entre los muebles comprados habia una cama sumamente primorosa, adornada con esquisitas esculturas, con amorcillos en sus cuatro esquinas, y todo género de adornos ejecutados con delicadeza suma.

Cuando trasportaron la cama á casa de Alberto, hizo este que la armasen, y no fué corta su sorpresa al ver que faltaba una de las cuatro columnas salomónicas que debian sostener el pabellon.

Fuéronse en seguida juntos á casa del mueblista. Genoveva se contemplaba feliz y orgullosa al apoyar de aquella suerte su brazo en el de Alberto; y aun cuando necesitara repetirse á cada momento:

—No me ama, no soy yo la que ha de ser su mujer.

No tardaba en dejarse arrastrar de nuevo á ilusorios ensueños.

Evidentemente los transeuntes debian tomarlos por marido y mujer: los comerciantes en cuyos establecimientos entraban, manifestaban en sus palabras participar de la propia opinion; y cuando madama Poitier, célebre comerciante de la calle del Sena, dijo:

—Señora, ¿quiere V. sentarse en tanto que yo busco con su esposo lo que me pide?

Se puso Genoveva enteramente carmínea y se aprovechó de la primera ocasion para llamarle *primo* á Alberto.

Salieron de la tienda sin haber hallado lo que buscaban.

—Querida prima, exclamó Alberto, te has defendido contra la idea de aparecer como mi mujer, de una manera muy ofensiva.

Genoveva trataba de buscar una respuesta; empero Alberto mudó de conversacion, y Genoveva dejó hablar á su corazon que la decia en el mayor silencio:

—¡Gran Dios! ¡defenderme de ser su mujer! ¡una felicidad por la cual daría la que me ha de caber en el cielo! ¡el mas alto punto á donde no se han atrevido aun á alzarse los ensueños de mi orgullo!

Y se representaba los mas ligeros detalles de semejante dicha: vivir con él, salir con él, pertenecerle llevar su nombre, rodearlo de cuidados asíduos, consagrarle su vida entera, amar, criar los hijos que de él tuviera.

Era imaginar una felicidad muy superior á la que alcanzan los mortales...

Leon amaba á Rosa, Alberto hubiera podido tambien amar á Genoveva.

Alberto volvió á casa del mueblista que le habia vendido la cama, y á fuerza de preguntas, concluyó por saber que la cama habia sido traída de Bretaña, de Saint-Brieuc.

—¡Por vida mia! exclamó Alberto; no, no iré yo hasta Bretaña en busca de la cuarta columna de mi cama.

Tres dias despues recibió Leon una carta de Alberto.

## XLII.

«Oye mi historia, querido Leon. Estoy enamorado de Eleonora. Tú me preguntarás quién es Eleonora. Eleonora es madama de Brinval, es mada Florval, es madama tres estrellas; pero sobre todo es una bellissima y encantadora niña, que tiene los pies mas bonitos y

las mas preciosas manos del mundo, que posee ojos, cabellos y dientes, cual son los dientes, los cabellos y los ojos de la mujer á quien se ama. Es una especie de histriona y de fonámbula, que entusiasma cada noche á 1.500 espectadores en uno de los teatros de los *boulevards*.

»Si yo me hubiera decidido desde luego á olvidarla, les ha sido tan fácil á otros muchos el conseguirlo, que probablemente no hubiera sido un imposible para mí. Pero yo me he dado á pensar tanto en ello, y durante tanto tiempo sin comenzar el ataque, que los síntomas han llegado á adquirir una gravedad suma; la enfermedad ha tomado un carácter extraño que me cuesta á mi mismo comprender, y que voy á tratar de explicarte, aun cuando no sea mas que por explicármelo algun tanto á mi mismo.

»La primera vez que ví á la belleza en cuestion, ejecutaba no sé qué papel, en no sé qué comedia, de no sé qué autor; mas no por eso es menos cierto que llevaba un vestido de brocatel naranja y negro, que sus cabellos la caian sobre las mejillas en trenzas arqueadas, y que se llamaba Bertha.

La declaración representaba una cámara antigua entapizada con guadamacil y amueblada con estantes tallados, mesas de pies torcidos, y mamparas de damasco verde. Aquel cuadro, si bien ignoro cómo, se fijó en mi cabeza, grabándose en mi memoria con increíble fidelidad, hasta el momento en que me apercibi una mañana de que nada me interesaba en el mundo, escepto ella; que todo me fastidiaba mortalmente, á escepcion de Eleonora. Pero lo que yo amaba no era ni á Eleonora, ni á madama de Brinval, ni á madama tres estrellas; era á Bertha, á Bertha, con sus cabellos ensortijados, su vestido de brocatel naranja y negro; á Bertha en el antiguo salon con el guadamacil y las mamparas verdes y los muebles tallados.

»La estaba todo tan perfectamente, ó me parecía que la estaba tan bien, que en cualquier otro traje, la creía mal vestida, sobre todo en su traje de calle, que es el traje de todo el mundo. Si mis ojos ó mi imaginacion me representan á Bertha con los cabellos rizados ó en ondas, no la amo; tampoco la amaria si su vestido fuese azul ó encarnado; no la amaria si la viese sentada en un sillón de caoba; cuando se habla de ella y la llaman Eleonora, no la amo.

»Esto es para mí un sueño que es imposible admita modificacion, y que se me representa siempre é invariablemente con los mismos detalles. Al principio hallé tan ridiculo mi deseo, ó casi tanto, como á ti te lo está pareciendo en este momento; empero despues me he ido acostumbrando á él, y hablándote francamente estoy muy próximo ya hoy dia á creerlo razonable; lo cierto es que cedo á él, y que me ocupo de prepararme un entretenimiento para el espresado deseo. Quizá te haya dicho Genoveva que vino conmigo á comprar los muebles, el guadamacil y las mamparas verdes. Si las mamparas no fuesen verdes no tendria para mí el menor encanto Eleonora. Si te ha hablado Genoveva de nuestras escursiones, ha debido hablarte tambien de mi disgusto: compré una magnifica cama á la cual le falta una columna; y son tan sólidas estas columnas que aun no he podido hallar otra semejante en parte alguna. Me he decidido ir á buscarla á Bretaña. He confiado el cuidado de mi estudio á mi primer dependiente, que es mucho mas inteligente que yo, y que lo dirige hallándome yo en Paris de la propia suerte que en mi ausencia. Cuando recibas esta carta, ya habré partido. Suplica á Genoveva que me busque brocatel naranja y negro.

»ALBERTO CHAUMIER.»

## XLIII.

Leon la dijo á Genoveva:

—Aqui tienes una carta que te ha de dixer ir.

Y la dió la carta de Alberto.

Genoveva la leyó, y sintió abrasársela los ojos preñados de lágrimas, ya próximas á brotar de ellos.

—Lo mas gracioso que hay, tanto en la carta como en la conducta de Alberto, exclamó Leon, es que, en tanto que él viaja buscando la cuarta columna de su cama, acaba su amada de prestar oído á los votos de otro amante.

Genoveva hacia como que leia la carta, no atreviéndose á levantar su semblante inclinado sobre el papel, por miedo de que se apercibiera Leon de la turbacion que la embargaba.

Felizmente entró M. Anselmo.

—Vengo, dijo, á proponer á ustedes un paseo. Me hallo encargado de los asuntos del señor baron d'Arnberg: es un rico caballero aleman que quiere fijar su residencia en Paris; y yo, segun los planos que me ha confiado, le estoy haciendo construir una casa en los Campos Eliseos. M. d'Arnberg me ha dado instrucciones exactas acerca de los puntos mas importantes; se trata de decorarla y de la plantacion del jardín. M. d'Arnberg tiene un hijo y una hija á quienes ama. Será necesario prepararles su habitacion á ambos; pero yo soy ya viejo y no recuerdo bien lo que es del agrado de un jóven. Además, ignoro absolutamente los

gustos de una señorita: por lo tanto es preciso que ustedes me auxilién en semejante empresa y que me aconsejen. Almorzaremos en los Campos Eliseos, é iremos despues á ver la futura habitación del baron.

Se entraba en la casa por una verja que daba á los Campos Eliseos. A la derecha de la verja estaba el nicho del portero y las cocheras; á la izquierda se estendian las cuadras.

Pasada una calle plantada de árboles, se llegaba á la casa, á la cual se subia por una escalera de barandilla dorada.

Las habitaciones eran espaciosas y elevadas; y aun cuando todavia no se hallasen alhajadas, las ricas esculturas de las chimeneas de mármol, los enormes espejos que embutian en las paredes, daban ya una idea del lujo que se queria que allí reinase. Detrás de la casa se descendia por otra escalera á un inmenso jardin poblado ya de añosos arboles, y lleno de jardineros que aguardaban las órdenes ds M. Anselmo.

Despues de haberlo recorrido todo, comenzaron Genoveva y Leon á emitir sus pareceres.

Quedó decidido que el salon de recibir seria oro y blanco, y que habria además otro salon mas pequeño carmesi y oro. Pero donde dejó correr mas libremente su fantasia Genoveva, fué en el departamento de mademoselle d'Arnberg.

—¿Es rico M. d'Arnberg? preguntó.

—Muy rico, le respondió M. Anselmo.

—En ese caso, se le puede hacer gastar algun dinero para su hija.

—La idolatra, añadió M. Anselmo.

—Mejor. Entonces empecemos. La habitación de Mdlle. d'Arberng se compone de seis piezas.

—Es bastante grande.

—Pero, objetó M. Anselmo, M. d'Arnberg quiere que siga viviendo en su casa cuando se case.

—Eso es indiferente: tres de ellas son independientes; no nos ocupemos del marido. La primera pieza será un saloncito azul y oro; la segunda, la alcoba, será vestida de seda azul con muselina blanca por cima de la seda. La última pieza será la sala del baño; estará hasta una altura proporcionada revestida de mármol blanco; habrá en ella un baño de mármol también blanco y consolas semejantes.

Pero los muebles, sobre todo, es lo que yo me propongo elegir. Hay una porción de niñerías que arruinarán á su baron de V., pero que habrán de encantar á su hija.

—V. podrá, le dijo M. Anselmo, arreglarlo todo en esa parte; respecto de esto tengo poderes ilimitados; el baron paga sin titubear.

Pasaron á las habitaciones del hijo del baron. Leon dispuso su gabinete revestido enteramente de encina, con muebles de madera tallada y grandes armarios para la colocacion de los libros; una sala circundada de muelles divivanes, y una salita de armas.

Lególe su turno al jardin. Objeto fué este de graves discusiones; pero por último concluyeron por quedar de acuerdo.

Se decidieron por un vasto jardin inglés, con grandes cuadros verdes rodeados de flores.

—Será, exclamó Genoveva, idéntico á un chal de cachemira verde-emir, con bordados de palmas armoniosamente entrelzados. En el centro de uno de los cuadros tendrá un surtidor, que al caer en el recipiente desaguará por un arroyuelo que atravesará serpenteando por entre el musgo y las yerbas del jardin.

En cierta parte del plano no dejaron de tenerse bastante presentes los recuerdos de Fontainebleau, tan caro á los dos hermanos.

—¿Tiene caballos M. de Arnberg? preguntó Leon.

—Sí, y bastante buenos, que los traerá consigo; únicamente tendremos que comprar uno para su hijo.

—¡Oh! exclamó Leon, ya le compraremos un caballo gris acerado, con la crin y las patas negras.

De esta suerte había transcurrido la mayor parte del día.

Al salir de la casa vieron los Campos Eliseos llenos de carruajes y de cabalgatas. No les fué dado á ambos hermanos echar de sí cierto sentimiento de tristeza al ver aquella magnificencia, recordando todas cuantas acababan de disponer, y meditando en la medianía de su condicion.

Durante algun espacio fueron andando sin hablar. Genoveva rompió la primera el silencio, y exclamó, respondiendo al pensamiento de su hermano:

—Sin embargo, aun poseemos el sol y la dulce paz y nuestra tierna amistad.

—¡Oh! la dijo Leon, por ti es por quien desearia yo ser poderoso, por tí tan bonita y que hubieras recogido tantos triunfos en ese mundo de que nos separa nuestra pobreza.

Leon y Genoveva habian hablado en voz baja; ignoro si M. Anselmo los oiria; pero es lo cierto que se enjugó los ojos con la manga de su levita castaña.

Al bajar por los Campos Eliseos, distinguió Genoveva á un jóven vestido con limpieza suma, aun cuando sus ropas fuesen viejas y usadas. Estaba apoyado contra un árbol; algunas veces dejaba pasar diez personas seguidas sin ocuparse de ellas; en pos de estas venia una cuya fisonomia le animaba probablemente mas, y entonces se quitaba el sombrero para aquella sin hablar palabra.

Si no le producía resultado alguno semejante demostracion, aparecia desanimado y decaído en su esfuerzo, y permanecia aun algun tiempo sin pedir.

Sin embargo, se detuvo ante Anselmo, y le tendió su sombrero.

Anselmo lo miró y le dijo: Amigo mio, ¿no tiene usted trabajo, ó no le permite á usted trabajar alguna enfermedad?

—No tengo trabajo, le respondió el jóven; pero si fuese solo, querria mejor morirme de hambre que mendigar. Soy sastre: mi maestro ha tenido desgracia en cuantas obras ha hecho, y se ha marchado sin pagar á los oficiales. Tengo una infeliz mujer que comparte mis privaciones. Esta mañana me restaba un sueldo; compré un panecillo que la he dejado, y despues de haber recorrido inútilmente las casas de mis amigos, me he puesto á pedir limosna para no volver á verla sin llevarla lo que necesita. ¡Pero esto me traspasa el corazon! Media hora hace que estoy aquí, y nadie ha querido darme nada aun.

Y le preguntó M. Anselmo:

—¿Por qué se ha dirigido V. á mi mejor que á aquel hombre cargado de cadenas y de diamantés que me precedia?

El jóven balbuceó.

Anselmo reiteró su pregunta.

—Es... dijo por último; pero no me atreveré nunca á decirselo á V.

—Atrévase V.; yo por nada habré de enfadarme.

—¡Pues bien! es precisamente porque V. lleva un traje algo usado, porque no aparenta ser muy rico, y porque me he figurado que sería V. mas sensible á la desgracia que esas gentes á quienes nunca les ha faltado quizá nada.

—V. ha reflexionado perfectamente. Tome V.; vaya á buscar á su mujer, y dígame su nombre y las señas de su casa.

—Juan Keissler, calle del Petit-Hurleur, número 10.

—¿Es V. aleman?

—Sí señor.

—Está bien.

Y Anselmo le puso en la mano una moneda que á

Genoveva la pareció que era un luis. Pero cuando se lo dijo así, sostuvo que no había sido una moneda de veinte sueldos. Aun cuando Genoveva pensó que había visto bien, creyó á Anselmo sin dificultad. La vieja levita castaña no daba tampoco lugar á concebir grandes sospechas acerca de su abundancia metálica.

—Ya ven ustedes, exclamó Anselmo, cómo hay aun personas mas pobres que nosotros. ¿Han observado ustedes de la suerte que ha echado á correr ese pobre jóven, guardando mi... mi moneda de veinte sueldos apretada en la mano, sin atreverse á echársela en el bolsillo por temor de perderla, y teniendo necesidad de tocarla para persuadirse de que no sueña?

En aquel momento se detuvo bruscamente Leon; acababa de ver en el arrecife la carretela de M. de Redeuil, en la que iban M. y Mad. de Redeuil, madama de Haraldsen y Rosa Chaumier. Rodolfo de Redeuil galopaba á la portezuela; la carretela pasó tan veloz, que no pudo observar si los había reconocido Rosa.

Entonces fué cuando á pesar de todos los lugares comunes filosóficos de M. Anselmo, comprendió cuánto encerraba de triste y funesto su pobreza.

¡Rodolfo galopaba al lado de Rosa!

El no tenía, no tendría jamás un caballo, y no obstante era buen ginete, hábil y osado. Miró tambien su traje, que por su corte y uso no podía rivalizar con el de Rodolfo. Su disgusto recayó muy injustamente sobre Rosa; la culpó porque Rodolfo de Redeuil tenía un caballo y frac de la tijera de...

## XLIV.

El autor se interrumpe.—De las dificultades de escribir la historia, y de la multitud de conocimientos de que necesita el historiador.

Lléveme el diablo si sé cuál era en aquella época el sastre mas de moda.

## XLV.

Anselmo se quejaba al propio tiempo de haberse hecho un siete en su levita al recorrer la casa del baron. El disgusto que manifestaba por aquel leve accidente acaecido á una levita que estaba deseando aprovecharse del menor pretexto para romperse, desvanecía completamente la idea de la moneda de veinte francos que creyó Genoveva que le habia dado al sastre.

Genoveva habia visto á Rosa, y repasaba en su imaginación todo lo que iba separando mas y mas cada dia á la familia Chaumier del resto de la familia

Lauter; pensaba en el amor de Alberto por una mujer despreciable; no veía que la esperase la menor felicidad en lo porvenir, y sentía, no sin fundamento, que Leon perdiese muy pronto las ilusiones que hubiese podido concebir.

No hay quizá en el mundo nada tan triste como el ver irse dividiendo y dispersando una familia, de la propia suerte que las simientes de una planta.

---

Amigos míos, ¿habeis visto por acaso, en el fondo de mi jardín, cerca de la acacia, á la orilla del paseo, cierto alelí, amigos queridos, que se corona, cuando llega la primavera, de estrellas de un hermoso amarillo? Un suave perfume hace que se le perciba desde lejos: cuando llega el estío, cuando se seca el heno, pierde sus flores y sus tan gratos aromas, y su semilla se seca en sus renegridas vainas, hasta el día en que el viento, el primer viento de invierno que hace arremolinarse las hojas en el espacio, arrebatada y siembra lejos, en diversos parajes, las simientes segund cada separadas al acaso.

La una cae y florece al pié de su madre, otra sobre una roca, ó bien viene á morir y á secarse en el polvo.

En las hendiduras del muro de la iglesia gótica, pepueño incensario de oro de balsámico perfume, se la vé florecer.

Otra sobre una torre, á través de la rejá, se ba-

lancea y brilla esparciendo su perfume y diciéndole al cautivo:

Que existen también campos, flores y follaje, sol y aire, y además, en el espacio, un Dios á quien se puede orar.

## XLVI.

### Genoveva á Rosa.

«Mi querida prima: Sé que has pasado el invierno rodeada de una brillante existencia; que no has pasado día alguno sin asistir á un baile, á un concierto ó al teatro, y ayer mismo te vi volver del paseo en carruaje. Mucho me alegra que te divieras tanto, mi querida prima; pero me temo que en medio de esos placeres olvides algo á mi pobre Leon. Leon no es rico, pero es hermoso y noble, y su talento le ha adquirido una reputacion. Pero, á mas de todo esto, ¡te ama tanto!... Tú eres el único objeto de todos sus pensamientos, tú ocupas el primer lugar en todos sus proyectos, en todos sus temores, en todas sus esperanzas. Por otra parte, Rosa, tú eres su prometida; ambos os habeis ofrecido no ser sino el uno del otro, y ya ves, Rosa, que estas promesas son sagradas; hay en el cielo un ángel que las escribe. Rosa, mi querida prima, no olvides á Leon; ayer pasaste al lado nuestro; un jóven iba á tu lado, y vi cruzar una nube sombría por el semblante de mi hermano.

»Debe ser (1) una cosa horrible un amor sentido á solas: Rosa, debe ser (2) un suplicio que se experimenta todos los dias, todos los instantes; la vida no debe ofrecer (3) interés ni deseos; el corazón debe hallarse anonadado y lleno de amargo desaliento. Querida prima, te suplico que no le prolongues á Leon tan crueles sinsabores; en tu mano se halla su felicidad y su desgracia, su energía y su abatimiento; tú tienes sobre él todo el poder de la divinidad. Sé buena y constante, y tendrás en cambio, querida Rosa, toda cuanta dicha puede anhelar una mujer. Créeme: tú podrás ser, por un momento, desvanecida por el brillo, aturdida por el ruido; pero quizá eso mismo que tantos atractivos te presenta hoy, te haria echar mas tristemente de menos mas adelante la felicidad que se te presenta. De rodillas te lo pido, que no tenga que echarte nunca en cara la desgracia de Leon; ¡es tan bueno, tan generoso para conmigo! Si lo viesen, lo admirarias, lo amarias; pero me equivoco, tú le amas, no has podido dejar de amarlo: no has perdido aquellos dulces recuerdos de nuestra infancia que nunca se borran y que siembran en la vida un gérmen de felicidad ó de muerte. Lo amas y serás suya, y yo gozaré al ver vuestra felicidad. Adios, mi querida prima: ¿estaréis en vuestra casa el domingo?

GENOVEVA.»

---

(1) Antes de estas palabras «debe ser» se lee, bajo una raspadura hecha con extraordinario esmero: «es» en la carta original.

(2) Idem.

(3) Hay «no ofrece» raspado en el original.

## XLVII

El domingo siguiente comieron en casa de M. Chaumier Genoveva y su hermano; reinaba en la mesa una gran confusion; M. Chaumier se habia irritado extraordinariamente por la mañana con uno de sus criados, y lo habia arrojado por la escalera, y los demás se habian entregado sin dilacion á las dulzuras del *farniente*. Todo lo que faltaba que hacer debia de haber sido desempeñado por el ausente; la misma Modesta veia que era desconocida su autoridad; la comida se hallaba atrasada; nada se hacia. Genoveva, con su inimitable gracejo, dijo que ella se habia hecho una gran cocinera, y que iba á coadyuvar á la pronta disposicion de la comida. Rosa quiso ayudarla; ambas primas quisieron hacer trabajar á Leon, y esto dió lugar á unos breves instantes de loca alegria que recordaron los mejores tiempos de Fontainebleau.

—¡Qué lástima, dijo Rosa, que no se halle ahora aquí Alberto! . . . . .

El autor del presente libro declara que se encuentra momentáneamente muy apurado.

Hé aquí ya cabal el número de cuartillas que deben componer el primer volumen de la historia que refiere.

Pero es el caso que la poética de la novela requiere que se concluya un volumen en una situacion fuerte, culminante, que escite el interés y la curiosidad y deje suspenso, y haga que se busque con impaciencia el segundo volumen.

Desgraciadamente, en la historia sencilla y seguida, cuyo relato he comenzado, no hay peripecias dramáticas ni grandes acontecimientos. Es una historia verdadera y sin golpes teatrales. Son felicidades y miserias de todos los días, y por una lamentable casualidad ha llegado el autor á su última cuartilla, precisamente en un punto que absolutamente no ofrece ningun interés, ni suspension alguna capaz de escitar la curiosidad.

Porque hé aquí los sucesos que acontecen para concluir el volúmen ó para comenzar el siguiente:—

Modesta anuncia que está la sopa en la mesa.

O: ambas primas reparan su tocado algun tanto averiado coa los trabajos caseros.

La única suspension posible es esta:—

—¿Está la sopa muy salada ó no tiene sal?

No obstante, es preciso sujetarse á las reglas, y ligar el segundo volúmen al primero por medio de algunos eslabones que no dejen al lector en libertad de remitir á mejores tiempos, ó de descuidar la lectura del segundo tomo.

El autor cree haber hallado un procedimiento heroico, y este procedimiento... hélo aquí.. . . .

Despues de comer, una de las primeras perso-

FIN DEL TOMO PRIMERO.